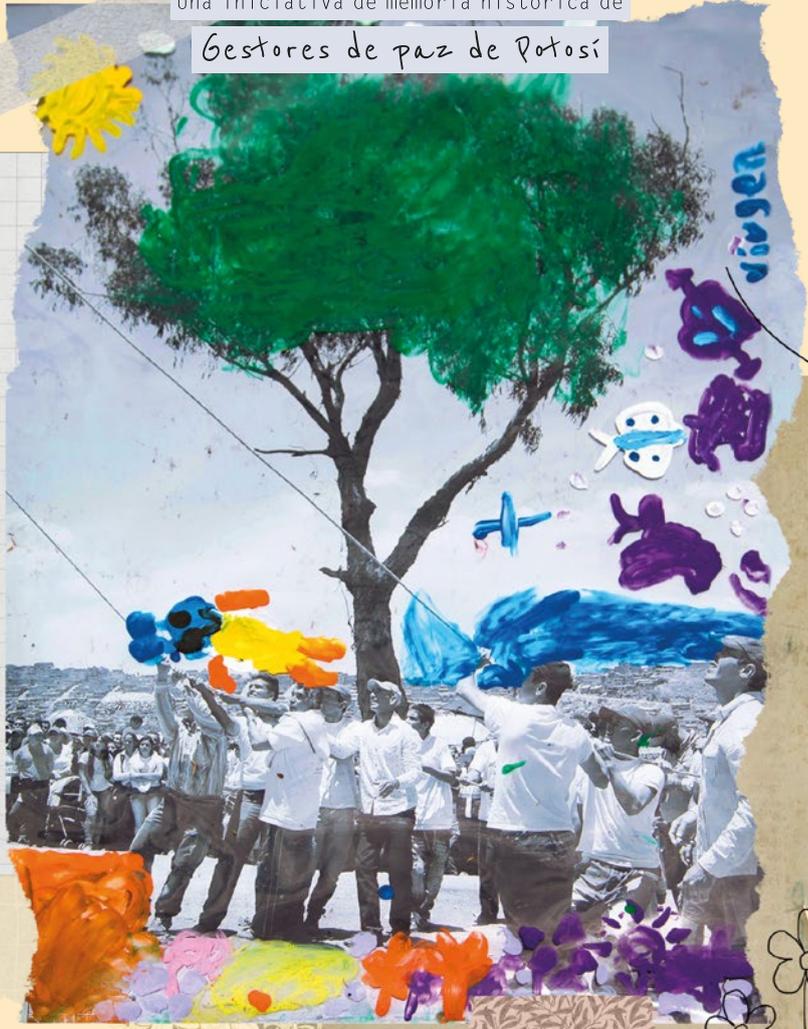


FOTOPASEO DE LA MEMORIA HISTÓRICA DE POTOSÍ, CIUDAD BOLÍVAR

Una iniciativa de memoria histórica de Gestores de paz de Potosí



FOTOPASEO DE LA MEMORIA HISTÓRICA DE POTOSÍ, CIUDAD BOLÍVAR

Una iniciativa de memoria histórica de

Gestores de paz de Potosí

Fotopaseo de la memoria histórica de Potosí, Ciudad Bolívar

Una iniciativa de:

Gestores de Paz de Potosí,
Ciudad Bolívar.

Autoras y autores

Darling Molina Ramírez
Nicoll Valencia Osorio
Juan Ortega

Colectivo Gestores de Paz de Potosí

Yhoynes Nieto Vanegas

Escuela Popular de Microfútbol Gestores de Paz

Darling Molina Ramírez
Milena Montaña

Mesa Ambiental No le saque la piedra a la montaña

Alejandra Galeano
Angie Santiago Jaimes
Lorena Cetina Mendoza

Casa Cultural Potosí

Marcela Sepúlveda
Carol D. Gómez
Julián A. Díaz

Colectivo Huerta Semillas de la Esperanza

Colaboraciones especiales

Instituto Cerros del Sur (ICES)
Festival Ojo al Sanchocho
Sala de cine comunitario Potocine
Entre Zancos y Montañas
Agrupación musical Vientos del Sur
Asociación en Defensa de la Familia
(Asodenfa)
Nedzib Sastoque Rangel
Suri Sastoque Rangel
Luisa Parra Tabares
Juan Ortega Gómez
Jeffrey Albarrán
Leidy Molina Ramírez
Valentina Torres Meño
Colectivo Pentagrama
Profesor Leónidas Ospina
Profesor Héctor Gutiérrez

Edna Higuera y Daniel Sarmiento
Fotografías

Fotos de archivo
e intervenciones fotográficas

Colectivos de Potosí participantes en IMH

© Casa Cultural Potosí
Gestores de Paz de Potosí, Ciudad
Bolívar
Carrera 40 # 79 sur - 20
Celular de Darling Molina, líder
de esta Iniciativa de Memoria
Histórica
+57 319 3276263
<https://www.facebook.com/GPotosi>
Bogotá, Colombia

Fotopaseo de la memoria histórica de Potosí, Ciudad Bolívar

Una iniciativa de:

Gestores de Paz de Potosí,
Ciudad Bolívar.

Centro Nacional de Memoria Histórica

María Gaitán Valencia
Ana María Trujillo Coronado (e)
(julio-septiembre 2022)
Rubén Darío Acevedo Carmona
(2019-julio 2022)

Dirección general

Álvaro Villarraga Sarmiento
Carlos Mario López Rojas (e)
(julio-noviembre 2022)
Alex Alberto Moreno Pérez
(enero-julio 2022)
Jenny Juliet Lopera Morales
(2020-octubre 2021)

Dirección Técnica para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH)

Yuranni Forero Clavijo
Ingrid Adriana Frías Navas
(2020-2022)
Edinso Culma Vargas
(2020-marzo 2022)

Coordinación de la Estrategia de Apoyo a Iniciativas de Memoria Histórica (IMH)

Yenny Parra Zuluaga
**Apoyo a revisión técnica
y acompañamiento editorial (DCMH)**

Estrategia de Apoyo a Iniciativas de Memoria Histórica (EIMH)

Daniel Sarmiento Gómez (2020-2022)
Camila Mojica Vélez (2020-2022)
Henry Córdoba Villanueva (2023)
Claudia Elena Restrepo Uribe (Octubre 2023)

Equipo de acompañamiento (EIMH)

Jorge Bautista Bulla
**Acompañamiento desde el enfoque
diferencial niños, niñas y adolescentes**

Javier David Ávila Echavarría
**Apoyo a la supervisión
y acompañamiento metodológico (EIMH)**

Lizeth Sanabria
Viviana Hernández
Kevin Nieto Vallejo
Diseño, diagramación e ilustración

Rafael Martínez Perdomo
Corrección de estilo

William Castaño Marulanda
Coordinación editorial

Daniel Fernando Polanía Castro
**Profesional especializado
de la Estrategia de Comunicaciones**

Fotopaseo de la memoria histórica de Potosí, Ciudad Bolívar

Una iniciativa de:

Gestores de Paz de Potosí,
Ciudad Bolívar.

ISBN impreso: 978-628-7561-82-3

ISBN digital: 978-628-7561-83-0

Número de páginas: 258

Formato: 14 x 18,5 cm

Impresión

Imprenta Nacional de Colombia
© Centro Nacional de Memoria Histórica
Carrera 7 # 32-42, piso 31, Bogotá
PBX: (601) 7965060
comunicaciones@cnmh.gov.co
www.centrodememoriahistorica.gov.co
Bogotá D. C., Colombia

Impreso en Colombia. *Printed in Colombia.*

Queda hecho el depósito legal.

Cómo citar

Centro Nacional de Memoria Histórica (2023). *Fotopaseo de la memoria histórica de Potosí, Ciudad Bolívar*. CNMH.

Esta publicación es el resultado del apoyo a una de las iniciativas de memoria histórica priorizadas por el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) y su Equipo de Apoyo a Iniciativas de Memoria Histórica cuyos contenidos fueron editados y actualizados durante 2022 y 2023.



Gestores de Paz de Potosí, Ciudad Bolívar

Fotopaseo de la memoria histórica de Potosí, Ciudad Bolívar / Una Iniciativa de Memoria Histórica de Gestores de Paz de Potosí, Ciudad Bolívar ; Darling Molina Ramírez, Nicoll Valencia Osorio [y otros nueve], textos ; Edna Higuera, Daniel Sarmiento Gómez, fotografías ; Daniel Sarmiento Gómez, Camila Mojica Vélez [y otros tres], apoyo a la investigación. -- Primera edición. -- Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica, 2023.

258 páginas : ilustraciones, un mapa en color ; 18,5 cm.
Contiene bibliografía

ISBN digital: 978-628-7561-83-0

ISBN impreso: 978-628-7561-82-3

1. Memoria histórica -- Potosí (Localidad Ciudad Bolívar, Bogotá, Colombia) 2. Memoria colectiva -- Potosí (Localidad Ciudad Bolívar, Bogotá, Colombia) 3. Construcción de paz -- Potosí (Localidad Ciudad Bolívar, Bogotá, Colombia) 4. Conflicto armado -- Potosí (Localidad Ciudad Bolívar, Bogotá, Colombia) 5. Víctimas de la violencia -- Potosí (Localidad Ciudad Bolívar, Bogotá, Colombia) I. Molina Ramírez, Darling II. Valencia Osorio, Nicoll III. Higuera, Edna IV. Sarmiento Gómez, Daniel V. Mojica Vélez, Camila VI. Título.

303.69

CDD 21



CONTENIDO

[pág.] [Capítulo]

12 • 19 Presentación

20 • 25 Introducción

26 • 59 **Cap. 01** – Contexto

- › Ciudad Bolívar (28)
- › Un país en tres montañas (31)
- › Potosí (38)
- › Entre la guerra y la resistencia (49)
- › Semillas de resistencia (55)

62 • 71 **Cap. 02** – Claves para trabajar memoria histórica con niñas, niños y jóvenes

- › Las niñas, niños y jóvenes aportamos a la paz (64)

72 • 95 **Cap. 03** – Paz en Paz (2020): Punto de partida y acción de memoria histórica

98 • 123 **Cap. 04** – Gestores de Paz, un proceso en espiral

[pág.] [Capítulo]

124 • 133

Cap. 05 – Cuento de la Casa Cultural: recuerdo perruno

134 • 149

Cap. 06 – Escuela Popular de Microfútbol: Gestores de Paz

150 • 175

Cap. 07 – Huerta Semillas de la Esperanza

178 • 197

Cap. 08 – No le saque la piedra a la montaña

198 • 239

Catálogo de las intervenciones artísticas de las niñas, niños y jóvenes participantes en la iniciativa del barrio Potosí

238 • 241

Retos y Conclusiones

242 • 253

Breves anotaciones sobre la dinámica social y el conflicto armado en Ciudad Bolívar

254 • 257

Referencias



Intervención artística foto de Cerro Seco. De fondo se vislumbra una actividad donde los niños y las niñas son los protagonistas.

La naturaleza, imponente, les abraza. Fotografía: Edna Higuera.



INTRODUCCIÓN

INTRO

UNIÓN DE
DE NIÑOS

Presentación

LAS VOCES S, NIÑAS

El siguiente libro es el resultado de la unión de las voces de niños, niñas, jóvenes, adultos, mujeres, líderes, lideresas, pe- rros, montañas y árboles, quienes desde el barrio Potosí —en la parte más alta de una de las tres montañas de la localidad de Ciudad Bolívar, al sur de la ciudad de Bogotá— nos cuentan sus experiencias de construcción de paz en un territorio que no ha sido ajeno al conflicto armado que ha atravesado el país desde hace más de setenta años. Con iniciativas artísticas, pedagógicas, deportivas, ambientales y culturales, diferen- tes colectivos y organizaciones del barrio le han apostado a la construcción de paz.

Potosí, un barrio en el que residen personas de todas las regiones del país, puede ser visto como una radiografía a esca- la de Colombia. Sus habitantes han sufrido todo tipo de hechos victimizantes: desplazamiento forzado, asesinatos selecti- vos, vinculación a bandas delincuenciales, grupos al margen de la ley o mafias de tráfico de drogas, masacres y reclutamiento infantil. Estos fenómenos han estado presentes desde la cons- trucción misma de la localidad de Ciudad Bolívar, y por ello se ha estigmatizado y marginalizado estos territorios, señalán- dolos como barrios de invasión.

La realidad es que estos son barrios pobres que durante décadas se construyeron sin tener la atención estatal, gubernamental o distrital adecuada. Generaciones completas han crecido sin acceso a una salud digna, servicios públicos ni educación. Ante los hechos victimizantes, la comunidad ha sabido responder desde el amor, el cuidado, la unión familiar, la solidaridad, la creatividad, la resistencia social, el juego y la educación. Sin embargo, los medios de comunicación se niegan a difundir estas historias de resiliencia, por lo que la sociedad colombiana las desconoce en una gran medida.

Estas narrativas invisibles están en esta cartilla, construida a partir de las voces de diferentes colectivos que han podido crear espacios culturales para las niñas y los niños de Potosí. Cada uno de estos colectivos ha aportado, desde sus lugares, a mantener viva la esperanza de un país en paz, a pesar de las carencias actuales de justicia social. Esta perspectiva reivindicadora es, precisamente, la que desean destacar y relatar los colectivos sociales y comunitarios del territorio de Potosí, Ciudad Bolívar.

Este libro es producto de una Iniciativa de Memoria Histórica denominada *Fotopaseo de la Memoria Histórica de Potosí*, presentada por el colectivo Gestores de Paz de Potosí, Ciudad Bolívar, y apoyada por el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). Esta iniciativa busca relatar la memoria histórica del barrio a través de la sistematización de las experiencias de los colectivos Gestores de Paz de Potosí, Casa Cultural Potosí, Escuela Popular de Microfútbol Gestores de Paz, Huerta Semillas de la Esperanza y la Mesa Ambiental No le saque la piedra a la montaña.



Estos colectivos, con el apoyo del CNMH, relataron en esta iniciativa sus experiencias y contaron las historias de sus conformaciones. Además, sistematizaron sus archivos fotográficos, donde estaban retratadas sus primeras experiencias alrededor de acciones de memoria, cuyos frutos podemos ver hoy en día. También construyeron cuentos en pro de aportar a una memoria plural y se reunieron para la realización de un fotorrecorrido con todos los niños, niñas y jóvenes del territorio. En este fotopaseo además pudieron socializar estos procesos, con la intención de poder establecer un diálogo con las y los líderes de Potosí. Esta cartilla es una relatoría de esa experiencia intergeneracional y tiene un objetivo comunitario claro: aportar al proyecto futuro de construcción de un museo de memoria histórica para el barrio.

Este libro está compuesto por nueve capítulos escritos por participantes de la IMH, quienes son miembros de los cinco colectivos anteriormente nombrados. Cada uno de estos capítulos se presenta a través de diferentes formas narrativas trabajadas y validadas con las niñas y los niños que acompañaron cada uno de estos espacios culturales. Cabe anotar que las validaciones están lejos de ser una formalidad institucional: se hicieron a partir de lecturas en voz alta, de escuchar a las niñas y los niños, y de integrar sus voces, recomendaciones y dibujos, además de las fotografías de archivos históricos de los colectivos.

El libro constituye diferentes formas de relatar la historia. Es, en otras palabras, un producto con una amplia pluralidad de voces. Por otro lado, y en complementación, los profesionales del CNMH que acompañaron el proceso escribieron

—con la validación constante de la comunidad o a través de sus líderes y lideresas— los capítulos que narran las metodologías empleadas en el marco del acompañamiento institucional con el enfoque de niños, niñas y adolescentes, el capítulo que relata el propósito del evento Paz en Paz y el último capítulo, que es el catálogo de las intervenciones artísticas de las niñas y los niños participantes en esta IMH. Este capítulo se concibe como una acción reflexiva sobre el pasado y lo que se desea construir en el futuro. Hay algunos escritos que tienen la cooperación del CNMH, como la construcción del contexto, teniendo en cuenta las relaciones históricas que las comunidades han tenido en la localidad de Ciudad Bolívar y sus barrios fundacionales como lo son Potosí y Jerusalén. En estos se presentan varias entrevistas que revelan explícitamente cómo las personas participantes de esta IMH se relacionan con el territorio. Además, se citan fuentes institucionales, estadísticas y trabajos previos del CNMH que dan cuenta de la violencia mal nombrada como “limpieza social”.

El primer capítulo es un breve relato sobre la historia del barrio Potosí. Este se hace desde la voz del viejo árbol de eucalipto llamado por algunas voces Árbol de Vida y por otras Palo del Ahorcado. La edad del árbol supera los cien años, y es él quien nos dibuja un contexto histórico y social del barrio, desde sus inicios hasta el día de hoy, pasando por las diferentes etapas de consolidación comunitaria. A la vez, hace un breve análisis de esas etapas y de cómo el conflicto armado ha impactado la localidad de Ciudad Bolívar históricamente. Este capítulo presenta algunos de los principales hitos históricos del territorio y cómo estos se han convertido en las semillas de resistencia de las diferentes organizaciones.

El segundo capítulo expone ciertas consideraciones metodológicas que fueron las guías de trabajo de esta iniciativa. Estas consideraciones fueron tenidas en cuenta por los colectivos participantes. Se pueden leer como una serie de recomendaciones para el trabajo de memoria histórica desde el enfoque diferencial de niñas, niños y jóvenes.

El tercer capítulo cuenta sobre el que quizá fue el primer acercamiento que tuvo el colectivo Gestores de Paz de Potosí con el CNMH y el Equipo de la Estrategia de Iniciativas de Memoria Histórica (EIMH), que fue a través de una acción de memoria que el colectivo viene haciendo desde hace más de siete años. En el año 2020 se propuso un fotopaseo, lo que se traduce en una ruta en la cual, en diferentes lugares, se encontraban fotografías de “época” —tanto de archivo de los colectivos como de historias familiares—. Cada lugar escogido es considerado por la comunidad de Potosí y por los colectivos como un lugar de memoria. Estos son lugares cuya historia ha permitido la construcción y propulsión cultural, o también son espacios de resistencia de toda la comunidad. Sobre las fotografías expuestas, las niñas y los niños hicieron una serie de intervenciones artísticas modificando las imágenes. En estos archivos fotográficos se resignifican, en gran formato, los mensajes fuerza que representan las fotografías expuestas. Todas las fotografías intervenidas se pueden apreciar en el capítulo diez.

El cuarto capítulo presenta la historia del colectivo Gestores de Paz de Potosí, Ciudad Bolívar, colectivo líder de

esta IMH. En este se hacen una serie de reflexiones sobre la construcción popular de acciones de paz alternativas, bien sea a través del juego o de combatir el adultocentrismo. Con una perspectiva crítica, se ponen de manifiesto las voces de las niñas, los niños y los jóvenes del barrio, quienes han sido invisibilizados en algún momento por personas adultas o instituciones que invalidaron sus diferentes procesos autónomos. Hoy es un colectivo que cuenta con la fuerza de la participación de las niñas y los niños de la comunidad que han llegado por causa del desplazamiento forzado. El colectivo brinda un acompañamiento ejemplar desde el juego, el arte, reflexiones manifiestas, acciones de memoria, sistematización de experiencias y el día a día. Sus líderes –o mentores, como se hacen llamar– se capacitan en pro de enfrentar el reto de seguir construyendo un mejor país.

El quinto capítulo se construye desde la voz del conocido y querido perro Sarnas. Sarnas narra las experiencias e hitos de la Casa Cultural Potosí desde su inocencia perruna y como un testigo de varios procesos comunitarios de resistencia.

En el sexto capítulo se encuentran plasmadas las vivencias de juego, construcción popular de torneos y de canchas de la Escuela Popular de Microfútbol Gestores de Paz. En este capítulo se encuentran las voces de personas mayores, primeros jugadores de fútbol y armadores de canchas del colectivo y del barrio.

El séptimo capítulo presenta el proceso Huerta Semillas de la Esperanza. En este apartado quedan plasmados sus sueños y proyectos. Alrededor de la sabiduría agropecuaria y las tradi-

ciones que pasan de generación en generación, ofrecen una ayuda complementaria y alternativa a las ausencias medicinales y alimentarias que pueden enfrentar diferentes familias del sector.

En el capítulo ocho, desde la perspectiva de la montaña, se relatan las luchas, hazañas y esperanzas de una comunidad amigable con la naturaleza, cuyas gestas han estado encabezadas por la Mesa Ambiental “No le saque la piedra a la montaña”.

Complementan este documento tres elementos más: un catálogo con fotografías e intervenciones producidas por participantes del barrio, con propuestas para la creación de un lugar de memoria en el barrio. Un apartado de retos y conclusiones planteado por los colectivos en relación a los procesos planteados; y por último, unas breves anotaciones en relación a la dinámica social y el conflicto armado en Ciudad Bolívar, aportado por el equipo acompañante de la IMH del CNMH.

La participación de las niñas, niños y jóvenes del territorio de Potosí fue fundamental para concretar el libro que tienen en sus manos, ya que los textos escritos, los relatos de líderes y personas mayores, y el diálogo intergeneracional, entre otras cosas, no se hubiesen podido realizar sin la participación activa de quienes con esperanza y orgullo presentan parte de las nuevas visiones que se están tejiendo en Potosí, Ciudad Bolívar.



Introducción



Nace en la falda de
la gran montaña Potosí



FOTOPASEO DE LA MEMORIA HISTÓRICA DE POTOSÍ

Esta iniciativa nace en la falda de la gran montaña de Potosí, a la sombra de un abuelo con muchos nombres, como Palo del Ahorcado o Árbol de Vida. Allí se encontraron los miembros de una gran familia compuesta por varios parches, colectivos, grupos, combos, mingas, siembras, perritos y amigos, así como lo habían hecho muchas veces y lo harían muchas más. En esta ocasión se unieron para compartir, a través de la elaboración de este libro, la memoria histórica de Potosí, un territorio que resiste y se revitaliza desde las voces de las niñas, los niños y los jóvenes, e incluso de los adultos mayores cuyo niño interior sale a la luz en medio de carcajadas.

Se llama *Fotopaseo de la Memoria Histórica de Potosí* porque tiene como objetivo presentar muchas de las memorias y procesos sociales del barrio a través del recuerdo y de una experiencia colectiva. Todas las personas que aquí participan dejan clara una cosa: para compartir esas experiencias es necesario volver a ellas una y otra vez, como “paseando” por ellas. Es necesario afianzar los aprendizajes y recordar que todo en Potosí ha sido lucha y construcción comunitaria.

Los colectivos que participan en esta iniciativa tienen algo en común: se han conformado con la participación activa de los niños, las niñas y los jóvenes del territorio. Además, han decidido contar sus historias, sus propósitos de conformación y también las dificultades que han encontrado en el camino. En estas páginas nos comparten qué paseos podemos dar para conocer la historia del territorio y qué lugares de memoria podemos visitar. También nos traen las voces invaluable de varios líderes y lideresas que, como guardianes de la memoria, brindaron sus testimonios y recuerdos más preciados. Aquí encontraremos –como si fuese un baúl de tesoros– documentos, fotografías y dibujos que nos ayudarán a comprender una pluralidad de voces en torno a la construcción de paz, el cuidado del medio ambiente, las prácticas campesinas y los conocimientos ancestrales de la agricultura, la música, el arte, la cultura y la fotografía.

Este libro expone varias fotografías de archivos familiares y de la historia de los colectivos que se prestan como escenario de imaginación para que los niños y las niñas puedan intervenirlas, darles vida, manifestar un mensaje a través de ellas y, sobre todo, para que puedan apropiarse de su historia. Con dibujos, con fotografías, con juegos, con letras sobre cartulina, las voces de los niños y las niñas nos acompañarán durante toda la lectura de este libro. Estas intervenciones, libres y artísticas, pretenden acercarnos a sus voces, desde las cuales nos cuentan de sus deseos por un mejor futuro y nos señalan qué cosas les gustaría recordar.

En respuesta a toda la construcción social que ha tenido el territorio, los colectivos que hacen parte de la elaboración

de este libro se plantean en diferentes momentos un mismo sueño: construir un museo de la memoria histórica de Potosí. Este es un proyecto a largo plazo, que tiene como objetivo contarle a la sociedad colombiana cómo los diferentes actores armados han victimizado a nuestros niños, niñas, adolescentes, jóvenes y al territorio mismo para sus propios intereses a través del reclutamiento forzado, la creación de redes de microtráfico de drogas ilícitas, los asesinatos selectivos de líderes sociales, la aberrante práctica de la mal llamada “limpieza social” y el desplazamiento, entre otros males.

A pesar de todo lo anterior, esta iniciativa está compuesta por las voces de quienes narran historias esperanzadoras sobre la conformación de colectivos sociales y las historias de resistencia de quienes le han apostado a una visión de país diferente, pese a las afectaciones que han vivido desde siempre en el territorio de Potosí y la localidad de Ciudad Bolívar. Estas voces han decidido apostarle a la construcción de paz en medio



Fotografía: Daniel Sarmiento. Este espacio está junto a la Casa Cultural de Potosí. La puerta está siempre con candado y frente a ella se hacen las ollas comunitarias con el sancochito que tanto caracteriza a este lugar.

de un contexto tormentoso y rezagado por un conflicto armado que generación tras generación ha marcado nuestra historia.

Encontraremos en la presente publicación varias reflexiones sobre el lugar conocido como “Aquí se vende cocinol” o simplemente “El Cocinol”¹. Como se evidencia en la fotografía anterior, es un inmueble aparentemente abandonado que existe desde la década de los años ochenta, época en la que llegaron sus primeros habitantes. En ese entonces la comunidad tenía que caminar kilómetros para recolectar agua de una quebrada y no podían faltar las espermas o velas para guardarse en la noche. En esa misma dinámica de convivencia, los habitantes debían hacer interminables filas para comprar allí el cocinol, un combustible derivado del petróleo que les permitía cocinar y con el cual se hacían las primeras ollas comunitarias.

Hoy dicha estructura parece un lienzo en blanco: una casa de cuatro paredes sin ventanas. O como planteó para la metodología de construcción de esta cartilla: es una cajita cuyo contenido es infinito. Pensando en el futuro, proyectamos que sea el espacio donde funcionará el museo construido por y para los niños, niñas, jóvenes y personas mayores que desean ser abrazados por

1 El cocinol es un líquido inflamable que hasta la reciente llegada del gas al territorio ocupaba un rol indispensable para la cocina de los hogares de Potosí. Anteriormente se solía utilizar para hacer sancochos justo en frente de su punto de distribución. Este punto de distribución, El Cocinol, al tratarse de una estructura que representa al barrio, es el lugar que hoy luchamos por consolidar como museo de la memoria histórica de Potosí. El Cocinol representa para los Gestores de Paz un ancestro común y cercano: ha existido desde antes que todos nosotros y se ha constituido como un lugar a partir del cual podemos construir nuestra memoria histórica gracias al papel que ha ocupado en nuestra comunidad a lo largo de muchas generaciones.

la montaña de Potosí y por su historia. Este museo se ha venido construyendo desde el deseo de los colectivos sociales del territorio de Potosí: un museo de memoria histórica donde se cuente la historia del barrio, de la conformación de sus colectivos y de sus espacios comunales, para así exaltar la lucha de cinco generaciones que han sido víctimas del conflicto armado y que llegaron a la ciudad para construir comunidad. Como lo expresaron varias personas líderes del barrio: “Eso fue desde cero”.

La memoria viva se encuentra en la espiral que dibuja una niña distraída en el parque. Está en los dibujos que alguien hace para representar los colectivos que participaron en este libro. Está en los murales de la Casa Cultural, que nos recuerdan a quienes se han ido. O en la olla comunitaria frente a la caseta del Cocinol, donde todos y todas somos bienvenidos y bienvenidas. Está en las canchas dobles o en La Bombonera, cuyas gradas se llenan llenas de espectadores que se hermanan alrededor del balón de microfútbol. Está en las huertas comunitarias en donde, con la tierra fértil, crecen alimentos que son como el diálogo de dos generaciones: una sabia y otra esperanzadora. Está en los ojos agradecidos de los perros que, si hablaran, llamarían hogar a la Casa Cultural. Está en el Parque Ecológico Cerro Seco, que es de la montaña y de todas las personas que habitan este lugar, y no de las retroexcavadoras. En fin...

La memoria nos une para resistir y construir un mejor país. En este libro depositamos nuestro granito de arena a través de las intervenciones artísticas que los niños y la niñas del territorio hicieron como representación de la memoria histórica viva del barrio.

Contexto



Las montañas no siempre fueron así,
antes mi casa era más verde



Por:

Darling
Molina
Ramírez
Jorge
Bautista
Bulla

Ese viejo árbol, de corteza silenciosa y apagada, donde los ojos escarban su ausencia, donde los periódicos levantan sus crónicas para el informativo de los recuerdos... Con su rústica corteza, curiosamente, los hijos de los hijos van a verlo: le riegan bendiciones, padrenuestros, oraciones a María y peticiones al Altísimo. En ese viejo árbol la nostalgia recorre en su silencio, tropieza imprudente con la niebla...

CIUDAD BOLÍVAR

Donde el viento sopla fuerte y frío para continuar su viaje hacia el páramo, en la cima de una montaña rodeada de lomas llenas de casas, en la parte más alta de este hermoso lugar al que su comunidad llamó Ciudad Bolívar, vivo yo: un viejo árbol de eucalipto. Las personas más viejas me dicen desde hace mucho tiempo el Palo del Ahorcado, pero ahora las más jóvenes me llaman el Árbol de Vida.

Desde que recuerdo he vivido aquí. Sin embargo, las montañas no siempre fueron así: antes mi casa era más verde y el viento llegaba más rápido. Había una quebrada que corría en medio de la montaña que está justo frente a mí y nos conectaba. Como estoy tan arriba, logro ver y escuchar muchas cosas; pero no solo por eso, sino porque mucha gente viene y me visita. Nos abrazamos, hablamos de deseos y sueños juntos, y también me cuentan las cosas que han escuchado. Así me enteré de todas las historias y cuentos que hay alrededor de mí. Unos dicen que las personas se colgaban en mí para morir; otras que no, que eso nunca se ha visto. Algunas dicen que es solo un mito para generar miedo. Y yo lo que creo es que esos cuentos que tienen de mí no son ni el poquito más poquito de todos los cuentos que yo he conocido, visto, escuchado y soñado.

Son los cuentos de la localidad de Ciudad Bolívar, ubicada al suroccidente de Bogotá. El barrio Potosí está dentro de un sector conocido como Jerusalén, donde vivo. Estos cuentos o historias de distintos parches nos hablan de la vida misma y de las formas impredecibles que toma: los sueños, las luchas, las peleas y las resistencias de las que hemos aprendido en conjunto la montaña, la comunidad y yo. Son cuentos que hablan no solo de nuestra historia y de nuestra memoria, sino de las de todo el país, porque en esta falda de casas hay personas de todas las regiones.

Siempre pensé que yo era el árbol más fuerte de toda esta gran montaña: era el único así de alto, con grandes y frondosas hojas. Creía que este viento solo un eucalipto grande y fuerte como yo podría resistirlo, hasta que me encontré con los hayuelos y con todos los árboles enanos que nacen por aquí. Ellos son tan fuertes que, a pesar de su tamaño, resisten y viven felices gracias al frío y el viento. Ellos sí nacieron acá; yo no, a mí me trajeron.

El Árbol de Vida desde un tendedero de ropa.
Fotografía: Gestores de Paz de Potosí, 2018.



Lo mismo le pasa a mucha gente que también vive aquí. Les pasa lo mismo que a mí porque no son de aquí, porque migraron, porque venían de regiones lejanas y terminaron construyendo su casa aquí. Y les pasa también a sus casas —construidas con lo que encontraban por ahí y con lo más barato que encontraban— lo mismo que a los hayuelos: aunque pequeñas y débiles, el mismo viento y altura las hizo fuertes. Y no solo a las casas, sino también a la gente.



Representación gráfica del barrio Potosí
hecha en el marco de un taller del CNMH
en la Casa Cultural. Fotografía: Daniel Sarmiento, 2020.



UN PAÍS EN TRES MONTAÑAS

Durante décadas he visto llegar, subir, bajar, vivir, soñar y resistir a niños, niñas, jóvenes, adultos, adultos mayores, mujeres, campesinos, indígenas, afrodescendientes... Cientos de personas provenientes de lugares como Antioquia, Tolima, Huila, Caldas, la costa Atlántica, Boyacá, Caquetá, Cesar, el Cauca, Cundinamarca... Mientras la montaña se poblaba, algunos lugares del país quedaban desolados.

El país vivía muchas problemáticas que provocaron violencias, y estas alimentaron el gran monstruo llamado conflicto armado. Esto hace ya más de setenta años. Aunque la guerra es casi igual de viejita que yo, ella se continúa repitiendo cada cierto tiempo en diferentes lugares. Estas tres montañas, al igual que todo el país, nunca fueron ajenas a ella. ¿De quién es la tierra? ¿Por qué me tengo que ir? ¿Es justa tanta desigualdad? Esas preguntas nos las traía el viento y venían de muchos lugares, con acentos distintos e incluso en lenguas diferentes, pero al parecer solo nosotros los árboles las escuchamos. Cada vez que vuelven a pasar parecieran ser más fuertes.

Mientras escuchaba el viento, mis raíces temblaban. Varios grupos armados se fueron conformando y fueron golpeando nues-



Cartelera hecha por las niñas y los niños de Potosí. Ejercicio de comunicación.

Fotografía: Gestores de Paz de Potosí, 2020.



tro suelo, hasta alcanzar a agrietar nuestras raíces en lo más profundo. Algunos buscaban el poder, otros sobrevivir, algunos solo dinero y otros mejores condiciones de vida. Algunos buscaban mantener la pobreza y desigualdad, otros transformarla. Aun así, todos me hicieron daño, nos hicieron daño, se hicieron daño. Y las grandes víctimas fueron personas inocentes, entre ellos niñas y niños para quienes la guerra nunca fue una opción sino una obligación. También fueron víctimas las comunidades, los ríos, las montañas, los árboles y los animales.

La guerra es mucho más complicada de lo que les cuento. Aún hoy ni siquiera ha terminado. Y, por supuesto, todos tienen su

versión de cómo, dónde y por qué inició. Sin embargo, nosotros los árboles sabemos más de paz que de guerras, y lo que ha pasado en Ciudad Bolívar habla de cómo tres montañas se volvieron hogares de aquellos que, huyendo del conflicto armado, se cargaron sus vidas —sus animales, sus guacales y sus hijos— en la espalda. Este pueblo colombiano ha sido desplazado y ha tenido que enfrentarse a la muerte. Llegaron a Ciudad Bolívar: unas montañas sin servicios públicos, pero con muchos sueños de libertad. Aquí lograron rehacer sus sueños, construir casas y un legado de resistencia. Hoy, hijos e hijas de la montaña se reúnen y se fortalecen para impedir, con arte y creatividad, que la guerra se acomode en la localidad.

Por estos senderos transitaban casi todos los grupos armados, pero las personas que aprendieron a enfrentar la guerra



Intervención artística sobre fotografía de archivo del colectivo Gestores de Paz de Potosí, 2020.

lograron mantener vivo este lugar. Es un espacio donde el campo y la ciudad se encuentran en un tejido de raíces profundas, dando forma a un territorio que es el hogar de todo un país que huye de sus territorios nativos, escapando a la guerra, al hambre, a la falta de oportunidades y al mayor daño que la guerra nos ha dejado —el cual ha afectado esta ciudad más que a cualquier otra del país—: el desplazamiento forzado.

En Colombia, el desplazamiento forzado —delito de lesa humanidad— es un fenómeno masivo, sistemático, de larga duración y vinculado en gran medida al control de territorios estratégicos. Esta última característica evidencia que, más allá de la confrontación entre actores armados, existen intereses económicos y políticos que presionan el desalojo de la población civil de sus tierras y territorios. Sucede así con el narcotráfico y sus estructuras de financiación, que han sido definitivos en la sostenibilidad y agudización de la violencia sociopolítica en diferentes regiones del país. Por supuesto, no se pueden dejar de lado intereses provenientes de sectores empresariales que también han contribuido a propiciar el desalojo y apropiación de importantes territorios. (CNMH, 2013, p. 71)

Durante años he sentido los pasos de cientos de personas que han ido llegando a estas montañas en busca de una mejor vida, con el peso de sus casas, fincas, chozas y tulpas a las espaldas. Llegaron porque la tierra comenzó a ser vendida muy barata y porque era más lindo tener la montaña cerca y sentirse como en casa. Aún hoy, luego de más de cuarenta años de crecimiento de

la ciudad —en donde se le han añadido toneladas de cemento—, más de la mitad de estas montañas con las que se conecta Cerro Seco, mi casa, están llenas de naturaleza y campo.

En algunos lugares se han ido, poco a poco, loteando las montañas. En otros, las personas se han ido asentando sin permiso de la montaña misma, haciendo de ella un lugar para vivir felices. En todos los casos, estas montañas siempre han sido una oportunidad para rehacer la vida, los sueños y la esperanza, aunque aquí también deben coexistir con las desigualdades y las violencias.

Desde esta montaña he sido testigo directo de cómo la guerra se ha instaurado mucho más en los campos y zonas rurales. Tanto aquí como en las localidades hermanas de Usme y Sumapaz, donde



Representación gráfica del barrio y del ICES
(Instituto Cerros del Sur). Fotografía: Daniel Sarmiento, 2020.

también hay mucha naturaleza y campo, la guerra se vivió más que en el resto de la ciudad. Fue así como estas montañas se han transformado en el lugar más afectada por la guerra. El desplazamiento forzado ha sido el daño que más han sufrido el país y los habitantes de Ciudad Bolívar.

De acuerdo con el Registro Único de Víctimas (RUV), en el periodo comprendido entre 1984-2018 en Bogotá D. C. se recibieron 876.863 declaraciones incluidas en el RUV. Esto equivale al 8,2 % de las declaraciones presentadas en el país (Un total de 10.671.174 en Colombia) siendo Bogotá, la ciudad con mayor número de declaraciones de declaraciones de víctimas del conflicto armado, lo que evidencia su amplia capacidad de recepción de esta población. (Observatorio Distrital de Víctimas del Conflicto Armado, 2020, p. 17)

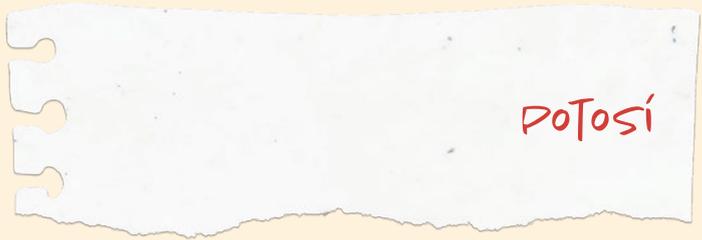


76% de las declaraciones recibidas en Bogotá, históricamente, responden al hecho victimizante de desplazamiento forzado (666.712 declaraciones) (Observatorio Distrital de Víctimas del Conflicto Armado, 2020, p. 18)

[Entre] las localidades que más concentran víctimas residentes en Bogotá [está] Ciudad Bolívar, con 38.859 víctimas (16,2%). (Observatorio Distrital de Víctimas del Conflicto Armado, 2020, p. 32)

Ciudad Bolívar tiene 51 víctimas por cada 1.000 habitantes. (Observatorio Distrital de Víctimas del Conflicto Armado, 2020, p. 33)





Estos vientos que soplan mis hojas son testigos de cómo estas montañas han sido construidas por manos provenientes de todo el país. También a mis pies he visto crecer un barrio muy significativo para Ciudad Bolívar, cuya historia —hoy más que nunca— es importante contar. Y así la cuenta un gran amigo mío, uno de los primeros maestros que conoció el pedacito de montaña que hoy llamamos Potosí:

La población que habita Potosí ha sido producto de los distintos momentos de desplazamiento que han vivido las personas y familias que han venido de distintas partes del país. En el territorio encontramos colonias paisas, tolimenses, huilenses, de Caquetá y la costa. Esa riqueza de diversidad cultural de esas personas que han tenido su propia historia y experiencias en sus regiones ha incentivado que no se pierdan las costumbres, necesidades y liderazgos. (Ospina, L., 2020, entrevista en el marco del evento Paz en Paz)

Y así es: en este barrio hay gente de todo el país. Cuando comenzaron a llegar acá, a la cima de la montaña, escuché a algunas abuelas que —provocadas por el movimiento oscilante de alguna

hoja que les revolvía los recuerdos— contaban historias sobre las fincas, los cafetales, los costureros, la siembra o los remedios caseros; pero también de los ranchos aquellos que abandonaron, y los que con paroy², madera, metal y hasta plástico, muchas familias comenzaron a construir hace más de treinta y cinco años.

Los habitantes de Potosí llegaron acá, con todas las dificultades que existían, porque ellos no podían pagar arriendo en otra parte de la ciudad, ya que el dinero no les alcanzaba. La gente conseguía una licuadora y un televisor para intercambiarlos por un lote, con el fin de vivir aquí en Jerusalén de manera más cómoda. (Ospina, L., 2020, entrevista en el marco del evento Paz en Paz)

Yo, siendo un árbol de eucalipto, no solo he sido testigo de la construcción de la localidad, sino que he podido hacerme uno con la comunidad, defendiendo sus derechos, como también los míos y los de toda la montaña. Aquí conviven el campo y la ciudad, las casas, el ambiente y la gente, lo que ha creado una identidad basada en la exigencia de los derechos a la educación, la salud, el arte, el deporte, el empleo y el transporte, entre otros, como elementos esenciales de la vida digna. Estas montañas para los años ochenta aún no contaban con servicios públicos ni, de manera general, con garantías de vivienda y vida digna. Es decir, cerca de dos generaciones crecieron en el rebusque del agua, la falta de luz en la noche y la preparación artesanal de alimentos.

2 Material de construcción que funciona como impermeabilizante de techos, paredes y planchas. Se ha utilizado históricamente en la construcción de vivienda informal.



Niñas y niños de Potosí participantes del evento
Paz en Paz con la mentora y líder de esta IMH,
Darling Molina de Gestores de Paz de Potosí.
Fotografía: Daniel Sarmiento, 2020.

En este ir y venir —sobre todo venir— de personas a mi montaña, me he hecho amigo de diferentes habitantes del territorio. Con mucho cariño recuerdo al maestro Evaristo Bernate, quien llegó en compañía de otros maestros que también se han convertido en amigos, entre ellos el profe Héctor y el profe Leónidas. Ellos han vivido y contado muchas de las historias que alimentan mis raíces. Me gusta retomar sus voces para contar la historia de nuestro barrio.

Mi amigo y vecino Héctor Gutiérrez les cuenta a los jóvenes del territorio cómo eran las condiciones en los años ochenta, cuando empezaron a subir a la montaña para vivir aquí:

Viacrucis, año 2017.

Fotografía: Gestores de
Paz de Potosí, 2017.

Al sector llegamos en el año de 1983. En aquella época más o menos había veinte casitas en madera y paroy. Allí vimos las necesidades que tenía la comunidad y armamos un paquete de trabajo social con los habitantes de aquel sector. Buscamos que este fuera transversal a la educación y no descuidara el trabajo cultural. Gracias a esto, el Instituto Cerros del Sur se fundó en febrero o marzo del año 1984 con la creación de primaria.

El principal gestor de esta iniciativa fue Evaristo. Él nos hizo la propuesta a varios compañeros, quienes entramos al barrio a desarrollar las clases de manera común y corriente. Cuando llegamos, vimos la necesidad de mejorar las condiciones de vida de los habitantes, ya que no había agua, servicios públicos, educación ni salud. Por ejemplo, en cuanto a las vías, no había absolutamente nada. Para llegar al barrio teníamos que transportarnos a pie desde la parte baja. Si yo caminaba rápido, llegaba en veinte minutos; si lo hacía despacio, me demoraba una hora. (Gutiérrez, H., 2020, entrevistado por Mojica, C. en el marco del evento Paz en Paz, Bogotá)



Él menciona siempre con mucho amor el proyecto que los trajo al barrio. Desde ese momento, ese lugar empezó a ser uno de mis lugares favoritos: justo en la montaña del frente, el colegio azul, sin puertas, lugar de muchos encuentros que han determinado el ahora y el futuro del barrio. El profe Héctor, que ha estado ahí desde que se erigió la primera casa prefabricada, se ha dado cuenta de muchas cosas que tienen que ver con el barrio:



Intervención artística sobre fotografía
de archivo de estudiantes antiguos del ICES.
Fotografía: Gestores de Paz de Potosí, 2020.

A partir del trabajo con la escuela se comenzó a reforzar la salud, la educación y el mejoramiento de vivienda, porque algo que nos causaba un poco de inquietud era ver cómo las personas podían sobrevivir en un ranchito de 4 por 4 metros con cocina, baño, patio y perros. Por eso debíamos mejorar las condiciones de vida. (Gutiérrez, H., 2020, entrevista-do por Mojica, C. en el marco del evento Paz en Paz, Bogotá)

Para mí, para ellos y para toda la comunidad, el ICES ha sido un proceso de alegría y esperanza que evidencia que es posible la construcción de una sociedad distinta. He conocido gente maravillosa – niños, niñas, maestros, padres de familia, líderes, jóvenes, indígenas, mujeres–, una red de amigos que han sido solidarios y siempre nos han tenido al colegio y a mí como referencia, sin esperar nada a cambio, solo el poder compartir sueños. Esa ha sido la apuesta de construir el territorio: hacer un lugar donde cada joven, niño y niña pueda hacer realidad sus sueños. Si el ICES pudiera hablar, seguro también manifestaría su aprecio hacia mí, hacia Evaristo Bernate y hacia las montañas donde nacimos.

Desde los años ochenta hasta principios de los noventa trabajamos muy fuerte con toda esta red, donde también han tenido y tienen un lugar muy importante las mujeres. Cuando empezaron a construir los primeros ranchos, yo notaba cómo las mujeres eran las que permanentemente le daban vida no solo a sus hogares remendados, sino al barrio mismo, a la montaña e incluso a mí. La mayoría de los hombres debían salir del territorio buscando recursos para sobrevivir, y las mujeres resistían montaña arriba, cuidando a sus hijos, lavando la ropa en quebradas y resguardando sus casitas de paroy.



Juego en ronda,
patio central del ICES.

Fotografía: Daniel Sarmiento, 2020.

Las hijas de mi amiga Luz Dary Ayala (Adriana y Edith) tienen relatos que heredaron de su madre y de los recuerdos de su niñez. Ellas me cuentan a veces sobre las imágenes que se les vienen a la memoria:

Tengo la imagen de ir a la quebrada a recoger agua y a lavar. Tengo la imagen de las mujeres allá en la piedra para poder lavar, la imagen de las señoras tendiendo encima de las ramas, los chinos metiéndose en el chorro y en el agua. También de mi mamá cargando los galones de agua, las lonas con la ropa mojada ya después de lavarla, y nosotras detrás de ella. Esas dificultades que se tuvieron que vivir por las circunstancias en las que estaba el barrio en el momento: no tener agua, que era lo más indispensable, lo más básico. (Gutiérrez, A. y Gutiérrez, E., 2020, septiembre, entrevista a profesoras de la corporación comunitaria Asodenfa, realizada por Sarmiento, D., Bogotá)

Y por mi memoria de árbol pasan las imágenes de mujeres organizándose para cuidar y proteger a sus hijos e hijas y para

evitar que siguieran muriendo quemados niños y niñas en los ranchitos a causa del cocinol, que era el combustible usado para cocinar. Y vienen a mí también imágenes del encierro de algunos de esos niños, cuyas familias no tenían más opción que salir a trabajar y dejarlos en la casa. Atesoro las imágenes de las primeras madres comunitarias que bajaban juntas la montaña para hacer tomas y protestas contra el Gobierno, reclamando por el cuidado y la educación de los niños y las niñas de Potosí.

Y esas mismas imágenes las tienen Edith y Adriana, quienes continúan trabajando y contando cómo las mujeres construyeron el primer jardín en el territorio y encabezaron otras iniciativas culturales y políticas. Cada persona que pasó por el jardín es un pedazo dentro de una gran colcha de retazos: generaciones unidas por el cuidado de estas mujeres bondadosas.

Aunque [sus miembros] venían organizadas desde antes, [Asodenfa] se construye ya legalmente en el año 1986. Asodenfa siempre, desde el comienzo, tuvo una prioridad y es que los niños no se atienden en las casas, los niños se atienden en unos espacios adecuados, unos espacios que sean un poco más dignos para que ellos puedan desarrollarse. Y es cuando la Junta de Acción Comunal, encabezada por Evaristo Bernate, le cede el espacio donde posteriormente está el jardín La Alegría de Vivir, que es el primer jardín en el territorio. La Junta de Acción Comunal nos da ese espacio. (Gutiérrez, A. y Gutiérrez, E., 2020, septiembre, entrevista a profesoras de la corporación comunitaria Asodenfa, realizada por Sarmiento, D., Bogotá)



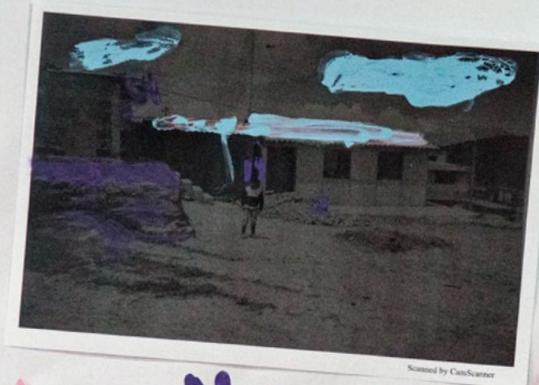
Intervención artística sobre fotografía de archivo del colectivo Gestores de Raz de Potosí, 2020.

Evaristo fue muy importante para todos los procesos que se venían haciendo en el barrio. Sin embargo, en 1991 se puso muy pesada la cosa, según me cuentan Héctor y Leónidas, quienes vivieron mucho más de cerca ese tiempo. Ellos cuentan que unas personas los amenazaron. Nunca creyeron que iba a pasar nada, a pesar de que la situación era compleja. Lo que pasaba era que el trabajo social del ICES estaba afectando los intereses de personas que estaban negociando con la tierra. Pero el 11 de mayo del año 1991 nos asesinaron a Evaristo, creyendo que si lo mataban iba a desaparecer el proyecto social de Potosí.

Después de que lo asesinaron, nosotros decidimos tranquilamente no continuar. Pensábamos que si estábamos haciendo las cosas bien y nos iban a borrar del camino por eso, era mejor irse y hacer las actividades en otro lado. Sin embargo, tras haberlo pensado con los compañeros, algunos se fueron y otros decidimos quedarnos, continuando con las labores. Evaristo seguía trabajando con nosotros, porque nos acompañaba aunque se hubiese ido. La memoria de él, su legado y amistad no se deben olvidar. (Ospina, L., 2020, entrevista en el marco del evento Paz en Paz)

Estos espacios construidos y luchados por amigos y amigas en este lugar que es mi casa; son la semilla de conocimientos que hacen de Ciudad Bolívar y Potosí una fuente de riquezas y de organización que nos juntan para hacer de este un lugar mejor, con una vida digna para todos y todas.

Intervención artística
sobre fotografía de archivo del colectivo
Gestores de Paz de Potosí, 2020



J.I
Alegria
de
vivir.
Consultar lo

MILAN
Y
VID
❤️

MAY
Y
JOAN
NIKOL

Escultura del rostro del Profesor Evaristo
Bernate Castellanos, fundador del ICES. Memorial
ubicado en ICES y construido en el año 1991.

Fotografía: Daniel Sarmiento, 2020.



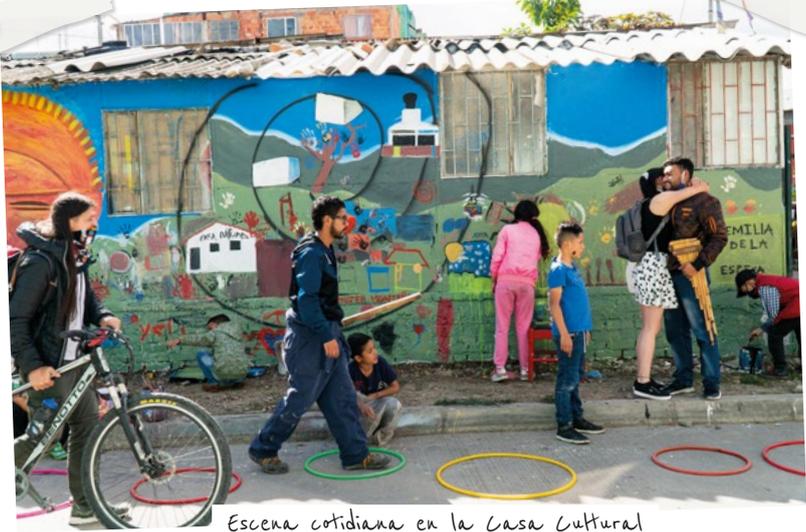


ENTRE LA GUERRA Y LA RESISTENCIA

En estas montañas fueron construyendo sus proyectos de vida miles de personas y familias afectadas por la guerra: una guerra que nunca ha parado, pero frente a la cual aprendimos a juntarnos y afrontarla. A veces la retamos, otras solo la soportamos, pero nunca le hemos entregado nuestros sueños. Y no lo voy a negar, acá se fueron repitiendo muchas violencias que continuaban dejando a las personas en condiciones muy difíciles de desempleo, pobreza, estigmatización y revictimización, pero con mucha creatividad nos supimos organizar para seguir perviviendo.

Estos sueños de la comunidad por un mejor vivir se fueron convirtiendo en lugares y en lo que somos. Así nacen el gran colegio azul –que está frente a mí– y el primer hogar de madres comunitarias. Desde mi posición alcanzo a ver la histórica rueda del parque en la que he visto dar vueltas a cientos de niños y niñas del barrio, y también El Cocino1, a donde iban las familias a recoger el combustible para poder cocinar en sus ranchitos. En toda la montaña que me rodea hay lugares que cuentan pedacitos de la grande y diversa historia de nuestro barrio.

Construir paz en medio de la guerra: eso es lo que ha pasado en Potosí, Ciudad Bolívar e incluso en todo el país. Mientras afue-



Escena cotidiana en la Casa Cultural de Potosí. Elaboración de mural con las niñas y los niños. Fotografía: Daniel Sarmiento, 2020.

ra la guerra continúa dañando, aquí dentro nunca se ha dejado de construir paz. La guerra se fue transformando, convirtiéndose en nuevos desplazamientos, asesinatos a líderes sociales y formas de exterminio social, impulsada por los grupos armados que abrieron caminos en montañas y barrios para transportar droga, armas e incluso personas.

La guerra y la acción de redes de delincuencia organizada han fijado sus objetivos en la juventud: recurren a la violencia armada, el dinero fácil y el supuesto prestigio, atajos viles del llamado sueño americano. He visto a muchos jóvenes que se involucraron en un negocio del que nunca es fácil salir. A otros, la droga se les llevó lo poco que tenían. También al-

gunos fueron llevados a la guerra —de manera forzosa o voluntaria—, pero a otros la guerra los buscó bajo la luz de la luna, en andenes, cuadras, esquinas y parques, y acabó con sus sueños. “¿Por qué?”, aún preguntan sus madres. “Por no ser niños buenos”, responden paredes y panfletos. Ser, pensar y juntarse de formas diferentes fue lo que llevó a cientos de jóvenes a la muerte. Dicen que quieren limpiar la localidad, pero yo sentí que mancharon y entristecieron nuestro suelo, nuestra vida.

Desde acá he alcanzado a ver barrios enteros sin luz, sin agua, sin alcantarillado. No solo hace cuarenta años, sino hoy día también. Estas condiciones provocaron dos grandes paros —el del 78 y el del 93—, donde la gente salió a protestar. Aunque, ahora que lo pienso, cada vez son más constantes las marchas, paros y campamentos, sin los cuales muy seguramente yo ya no estaría acá y la gente viviría en peores condiciones.

Ciudad Bolívar y Potosí —aunque con servicios públicos ganados gracias al paro del 93, donde las comunidades lograron que

ILES. Fotografía:
Daniel Sarmiento, 2020.



La “mal llamada limpieza social”, de este momento en adelante nombrada como exterminio, aniquilamiento o matanza social, forma parte de esas corrientes de estigmatización que cruzan con persistencia la historia de la humanidad. La brutalidad del homicidio a sangre fría de gentes definidas por una identidad social, ciertamente, encuentra un primer lugar de comprensión en esa gramática: una identidad juzgada como peligrosa la torna en depositaria del mal condenándola a la proscripción y al homicidio. El exterminio social practicado en Colombia escribe otra página del atiborrado libro de la ignominia de la humanidad.

¿Existen en Colombia las operaciones de exterminio social?
¿Acontecen en Bogotá, la ciudad que ha reducido con creces el homicidio? Para quienes habitan en un barrio popular la respuesta es sencillamente afirmativa. Allí —y en la localidad de Ciudad Bolívar con claridad— la práctica constituye un acontecimiento más de los otros tantos que componen el paisaje de la vida local. Sucede desde hace tiempo y hoy día no cesa. (CNMH, 2015, p. 17)

llegara la luz, el gas y el agua potable hasta acá arriba— continúan siendo golpeados por otras violencias. La mal llamada limpieza social, que se roba la vida de los jóvenes del territorio, y la minería a cielo abierto, que explotó mis montañas y raíces por más de veinte años, son solo algunas de las problemáticas que nos siguen dañando, si bien nunca han dejado de ser enfrentadas por la comunidad a través de sus actos de resistencia.

Cuando los jóvenes comenzaron a llamarme Árbol de Vida yo estuve algo extrañado, pues solo destrucción y desolación había a mi alrededor. Llegaron unas personas externas al territorio con



Cancha del ICES. De fondo,
el Árbol de Vida. Fotografía: Daniel Sarmiento, 2020.



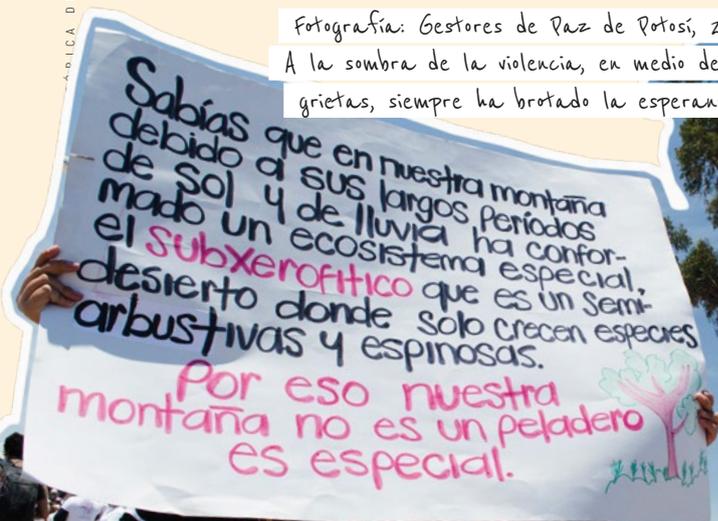
El Árbol de Vida, 2016.
Fotografía: Gestores de Paz de Potosí, 2016.

grandes máquinas que tenían unos dientes gigantes que a mordiscos iban dañándome. La capa verde que siempre me alimentaba se fue tornando gris, café, amarilla, y cada vez me visitaban menos. Ya no venían mis amigos del barrio porque unas rejas, un “Prohibido entrar” y hombres armados les impedían el paso. Tampoco venían las mismas aves ni crecían las mismas plantas. Eran cada vez menos los hilos de agua que pasaban por las quebradas que me acompañan.

Ahora vivía rodeado de canteras, de minería, de polvo y de personas que solo buscaban mi destrucción. No me abrazaban ni me contaban historias ni me protegían. Incluso, una vez me cortaron las raíces con una de esas máquinas. Ante eso entendí el significado de este otro nombre que me pusieron: **Árbol de Vida**. Me convertí en la única vida resistente en medio de la minería y la explotación de la montaña. Escuché a los jóvenes decirle a la comunidad que defenderme era defender la vida. Entendí que la resistencia de mis raíces y de los vientos que pasan por mis hojas había venido contagiando a los habitantes del territorio.

Fotografía: Gestores de Paz de Potosí, 2016.

A la sombra de la violencia, en medio de sus grietas, siempre ha brotado la esperanza.





SEMILLAS DE RESISTENCIA

Arriba, en un cerro del barrio Potosí, reposa el viejo tronco del Palo del Ahorcado. Desde allí se puede escribir la historia de una localidad que ha crecido a pesar de sus adversidades. Cuenta la leyenda que en 1938 el mismísimo demonio se fue hasta allá para llevarse a un campesino que vivía con su mujer sin haber recibido la bendición de Dios. La mujer encontró a su hombre destrozado en un zarzal y la pena la llevó a ahorcarse en las altas ramas del árbol. Por eso es emocionante encontrarse frente al Palo del Ahorcado, para desafiar al diablo y derrotarlo, como lo han hecho los hijos de Ciudad Bolívar que a diario luchan y trabajan para sacar adelante a sus familias. (Suárez, 2008)

Desde hace algunos días una pequeña ave me viene a visitar. Se llama alondra cornuda y lleva apenas dos años habitando este territorio, pero parece que pronto se irá de este planeta: está en vía de extinción. A pesar de tener muy pequeños ojos, ha podido observar a muchos jóvenes subir y bajar, defendiéndome y defendiéndola. Y acá en mis brazos, que para ella son un lugar seguro, luego de escuchar estas historias me pregunta: “¿Por qué es importante recordar?”.



Reunión comunitaria en el parque Cerro Seco.

Fotografía: Mesa Ambiental No le saque la piedra a la montaña, 2019.

FOTOPASEO DE LA MEMORIA HISTÓRICA DE POTOSÍ

A lo largo de todos estos años he aprendido a pensar antes de responder. Mirando a esta fuerte ave, me pregunto: “¿Qué tienen en común un árbol de cien años y un ave de dos?”. La respuesta es la historia y el territorio. Pero no solo eso, sino también las niñas, los niños y los y las jóvenes que en sus parches y colectivos han venido defendiéndonos. Eso tenemos en común. Y al descubrir lo que nos junta, entendí la importancia de la memoria.

Querida ave: ambos hemos llegado al mismo territorio. Yo soy un árbol viejo y cansado, mientras que tú puedes volar más rápido de lo que se mueven mis ramas y llegar más alto de lo que llegan mis hojas. Te cuento esta historia para que seas mensajera y multiplicadora no solo de esta memoria que yo he venido contando, sino también de la de las organizaciones sociales que se han juntado en esta iniciativa, las cuales han entendido que para cuidarnos y para luchar debemos transitar los caminos de la memoria —que nos habita y nos construye— y tener siempre presente la herencia de nuestro territorio.



Histórico viacrucis hacia el Árbol de Vida.
Fotografía: Gestores de Paz de Potosí, 2016.

Las herederas y los herederos de estas grandes luchas se han juntado alrededor del antiguo Cocinol para encender la llama de la esperanza. Juntas y juntos recordamos por qué nos oponemos a la guerra y cómo el camino de la construcción de paz nos ha juntado en torno al sueño de construir un lugar de memoria en Potosí. Más precisamente en el viejo Cocinol, ahora deshabitado y olvidado, a pesar de ser un lugar histórico donde empezaron a ocurrir los primeros encuentros comunitarios, donde compartimos y nos relacionamos. Fue escenario de chismes y amistades, e incluso fue el primer paradero de buses. Y fue allí donde el mismo cocinol encendió en nosotros la necesidad de la lucha por los servicios públicos.

Venimos pensando en crear en El Cocinol un espacio de diálogo intergeneracional donde podamos contar nuestras historias desde todas las voces —de perros, niñas, niños, jóvenes, viejos y montañas— y donde mostremos cómo desde las tres montañas de Ciudad Bolívar, y específicamente desde Potosí, se alcanza a contar la historia de todo un país, de la guerra que lo ha dañado y de las resistencias que lo han venido llenando de esperanza.

Invitamos entonces a leer las historias de los siguientes procesos, que todavía se siguen escribiendo:

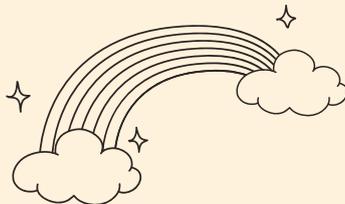
- Gestores de Paz de Potosí
- Escuela Popular de Microfútbol Gestores de Paz
- Mesa Ambiental No le saque la piedra a la montaña

- Casa Cultural Potosí
- Huerta Semillas de la Esperanza

Sin olvidar el apoyo y aporte de:

- Instituto Cerros del Sur (ICES)
- Asociación en Defensa de la Familia (Asodenfa)
- Festival Ojo al Sancocho
- Sala de cine comunitario Potocine
- Entre Zancos y Montañas
- Vientos del Sur
- Colectivo Pentagrama

Todos ellos se han juntado alrededor del sueño de convertir el viejo Cocinol en un lugar de memoria transformador y activo.







Fotografía de los niños, niñas y mentores de los grupos de multiplicación de Gestores de Paz durante un taller de Fotovoz en el colegio ICES, uno de nuestros referentes de educación popular, siempre abierto para la comunidad. Una casa azul donde, como dice la foto, compartimos juntos.



Claves para trabajar memoria histórica con niñas, niños y jóvenes

Somos herederos de las
memorias de nuestras familias
y también las construimos





Por:
Jorge
Bautista
Bulla

Este capítulo busca exponer una serie de recomendaciones y pautas metodológicas para el trabajo sobre la memoria histórica con niñas, niños y jóvenes, las cuales fueron surgiendo de la experiencia misma de los colectivos participantes de esta iniciativa y de los equipos del CNMH. En este apartado también se expone la metodología implementada en el *Fotopaseo de la Memoria Histórica de Potosí* y las reacciones de las y los habitantes del barrio frente al proyecto.

LAS NIÑAS, NIÑOS Y JÓVENES APORTAMOS A LA PAZ

Las niñas, niños y adolescentes³ nacemos y crecemos en medio de nuestras familias, escuelas, comunidades y territorios, de los que todo el tiempo estamos aprendiendo, sorprendiéndonos y transformando los espacios en los que estamos. Nuestras vivencias nos generan opiniones, preguntas, emociones y sueños que comunicamos todo el tiempo a través de nuestros juegos, actitudes, dibujos y palabras –cuando nos lo permiten–.

Podemos ser violentados constantemente, pero los daños que sufrimos no son comprendidos o conocidos porque son diferentes a los que sufren las personas adultas. Sin embargo, contamos con una enorme capacidad de afrontar todo lo que nos pasa, jugando e imaginando cómo podemos superar los daños que nos hacen, proponiendo otros mundos posibles.

3 Las ideas fuerza que se expondrán a continuación fueron construidas con base a elaboraciones conceptuales del equipo de Enfoque diferencial de niños, niñas y adolescentes del Centro Nacional de Memoria Histórica y los aportes de los diferentes colectivos que han estado trabajando en la iniciativa. Para profundizar al respecto, ver: *Memorias plurales: experiencias y lecciones aprendidas para el desarrollo de los enfoques diferenciales en el Centro Nacional de Memoria Histórica. Balance de la contribución del CNMH al esclarecimiento histórico* [CNMH, 2018].



Laura Mendoza en medio de una actividad donde las niñas y los niños realizaron un mural.

Fotografía: Edna Higuera, 2016.

En palabras de los participantes del evento Paz en Paz del año 2020: “Los niños, las niñas y adolescentes siempre estamos recordando y soñando para saber quiénes somos, dónde estamos, qué nos gusta, qué no nos gusta, para aprender de lo triste, pero también para mantener viva la alegría”. Heredamos las memorias de nuestras familias y también construimos una memoria propia, así que tenemos historias por contar. Además, podemos construir otros mundos posibles en los espacios donde crecemos: nuestra familia, nuestro barrio o nuestra escuela. Así llenamos de alegría y esperanza todos los lugares por donde pasamos.

Empecemos con algunas claves sobre nosotros las niñas, niños y adolescentes:

- Los niños, niñas y adolescentes hemos sido utilizados, reclutados y afectados de muchas formas durante generaciones, y los daños que hemos sufrido deben ser conocidos para que nunca nadie más los vuelva a vivir. Para eso, nuestras voces deben ser parte fundamental de la memoria histórica de Colombia. Además, debemos ser reparados integralmente, tanto de manera individual como colectiva.



Niñas y niños de Potosí participantes del evento
Paz en Paz con la mentora y líder de esta IMH,
Darling Molina de Gestores de Paz.
Fotografía: Daniel Sarmiento, 2020.

- Los niños, niñas y adolescentes nacemos y crecemos en familias, comunidades y territorios que a veces están llenos de dolor por las pérdidas y de ira por tantas injusticias. Este ambiente, cargado de tristeza, miedo y desconfianza, nos afecta. Tenemos derecho a transformar estos espacios y por eso nuestras opiniones, ideas y sueños deben ser escuchados y tomados como aportes válidos para construir la paz.
- Los adultos tienen muchas ideas sobre nosotros (niñas, niños y adolescentes) que no son ciertas, que nos lastiman y que nos impiden participar. Por esto nos dicen todo el tiempo: “¡Cállense! Estamos hablando los adultos”, “Aquí no jueguen que para eso están los parques”, “Severa nena, va a llorar”, “Tan bobo, parece un niño chiquito”. Queremos recordarles a los adultos que sí entendemos y que tenemos derecho a crecer en un ambiente de amor, respeto y armonía. También tenemos derecho a desarrollar nuestra identidad y a participar de espacios y procesos para transformar esas ideas que todo el tiempo aparecen como palabras y hechos de violencia.
- Nuestros derechos como niñas, niños y adolescentes son responsabilidad de todos: de nuestras familias, nuestros vecinos, las escuelas y colegios en los que aprendemos, la sociedad y el Estado.



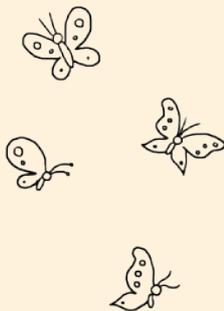
Para dialogar con nosotros

- Ten presente que no somos iguales: venimos de lugares diversos, de familias y culturas distintas, tenemos gustos, preferencias y formas de ser diferentes.
- Los niños, niñas y adolescentes tenemos intereses distintos y particulares según nuestras edades. Es importante que conozcas nuestras edades para planear y desarrollar ejercicios y espacios de diálogo.
- Debes contarnos para qué nos vamos a reunir, para nosotros poder decidir si queremos o no participar.



Jenny Gutiérrez y Laura Mendoza en medio del juego del costal en la cuadra de la Casa Cultural. Fotografía: Daniel Sarmiento, 2020.

- ▶ Ten presente que no solemos ser escuchados y que por eso a veces nos intimida hablar en público. Además:
 - > Estamos aprendiendo las palabras y sus sentidos, algo que hasta los adultos siguen haciendo. Por esto es importante que nos hablen en un lenguaje claro, concreto, sencillo y empático.
 - > Muchas veces nosotros nos comunicamos a través del juego, los lenguajes artísticos, las muecas, el baile, los balonazos, las miradas y hasta a través de un bostezo. Esperamos que nos entiendas y que te nos unas.
 - > Es grato para nosotros, como para la mayoría de las personas, cuando nos agradecen y valoran nuestras intervenciones o cuando las toman de referencia para algún ejemplo particular. De esta manera nos sentimos reconocidos.
 - > Recuerden que la memoria histórica también se expresa con silencios.





Intervención de las niñas, los niños y los jóvenes del barrio Potosí en el mural de la Casa Cultural.

Fotografía: Daniel Sarmiento, 2020.

Por último, considera que:

- Es importante contar con un espacio cómodo y seguro, que sea lo más amplio posible. Debe contar con acceso a luz, agua y baños adecuados. Debe ser un espacio en donde no se ponga en riesgo nuestra integridad por lo que podamos decir o hacer, donde nos podamos escuchar bien, movernos con facilidad y protegernos de los diferentes climas.

- Requerimos el tiempo necesario para dialogar, jugar, crear e incluso descansar, dependiendo del objetivo de la actividad.
- Necesitamos la debida hidratación y alimentación, acorde a nuestra cultura, desarrollo y bienestar nutricional.

Estas recomendaciones constituyen unos planteamientos metodológicos mínimos que son transversales en el trabajo que desarrollan las diferentes organizaciones que hacen parte de esta publicación. Son, además, el punto de partida para la metodología empleada en el Paz en Paz del año 2020. A través de ellas se busca brindar a los lectores herramientas –que puedan ser ajustadas a cualquier contexto o territorio– para el trabajo sobre memoria histórica con niños y niñas.



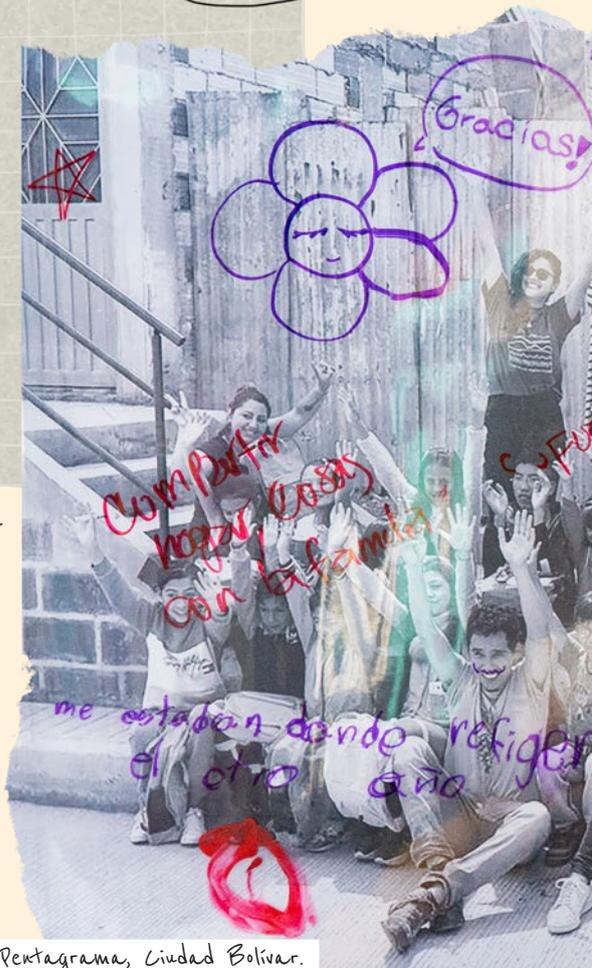


Foto de archivo Colectivo Pentagrama, Ciudad Bolívar.

Siembra Huerta Semillas de la Esperanza 2019.

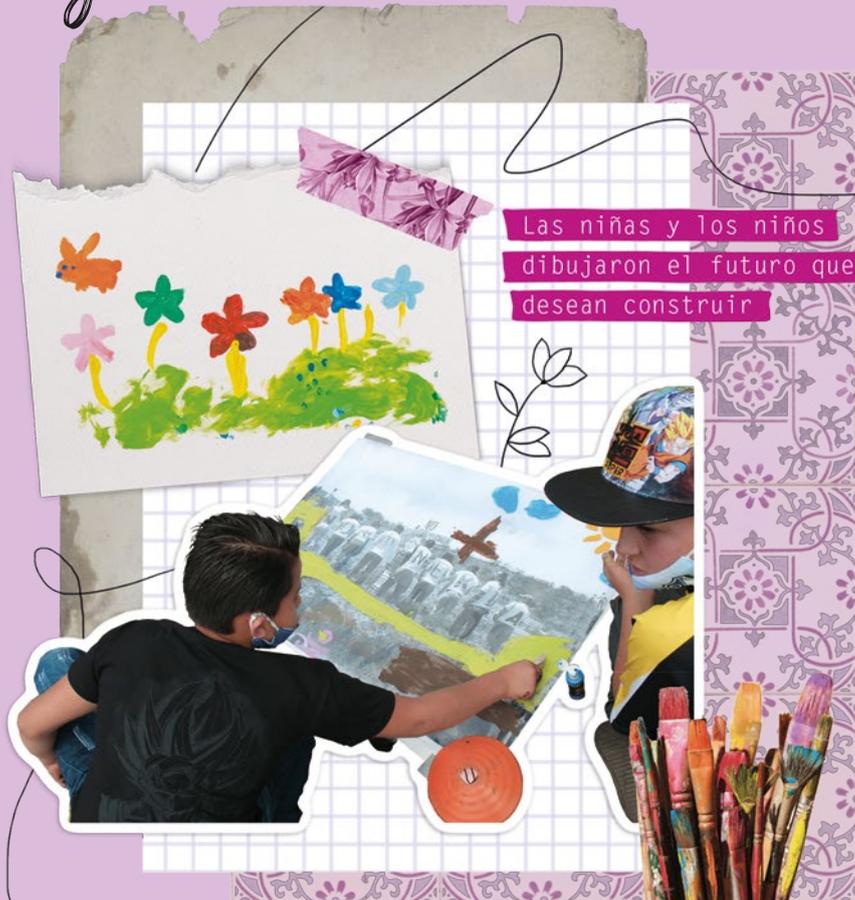
Los niños y las niñas expresan la importancia de la siembra de nuestros propios alimentos.



Paz en Paz (2020)

Punto de partida
y acción de memoria histórica

Las niñas y los niños
dibujaron el futuro que
desean construir



Por:

Daniel
Sarmiento
Gómez

Equipo de
acompañamiento
EIMH-CNMH

Por lo menos una vez al año los colectivos de Potosí, Ciudad Bolívar, se reúnen alrededor de un evento llamado Paz en Paz, donde se hacen acciones de memoria que varían año tras año. Esta tradición es una píldora para la memoria, una puerta para que las niñas, los niños y los jóvenes levanten su voz alrededor del territorio. En el año 2020, a pesar de la pandemia ocasionada por el COVID-19, ellas y ellos intervinieron artísticamente diferentes fotografías de archivo; es decir, intervinieron la memoria histórica en varios lugares de memoria del territorio de Potosí.



Representación gráfica del ICES. Intervención hecha por las niñas y los niños de Potosí en el mural de la Casa Cultural. Fotografía: Daniel Sarmiento, 2020.

Alrededor de este evento se detonan los procesos narrativos de cada colectivo participante en esta IMH. Es decir, entender el Paz en Paz es entender de una manera práctica cómo las niñas, los niños y los jóvenes del territorio de Potosí participaron de manera activa y creativa y cómo aportaron desde sus intervenciones artísticas una pluralidad de voces frente a la construcción de memoria histórica. Es también la constatación del diálogo intergeneracional y la conformación de colectivos sociales, con una serie de mensajes de resistencia en respuesta a diversos hechos victimizantes como lo son el desplazamiento forzado, el microtráfico de drogas y los asesinatos discriminados en el territorio.

El 27 de septiembre del año 2020 fue el Paz en Paz que coincidió con esta Iniciativa de Memoria Histórica. Corría un viento

helado proveniente del Parque Ecológico Cerro Seco y, al mismo tiempo, la luz solar estiraba todas las sombras de las casas coloridas. Todas las ventanas se abrían de par en par dejando volar las cortinas, mientras los perros sobre los tejados ladraban a todo pulmón. Las calles olían a los tamales que se exhiben sin miedo al COVID-19 frente a “las dobles” (canchas de fútbol famosas en Potosí). Alrededor de una olla encendida, varias personas desayunaban y lanzaban comida a los perros callejeros.

De un momento a otro empezaron a llegar, desde diferentes lados, niñas y niños con los jóvenes líderes de los colectivos participantes de esta IMH. Las gradas se llenaron y empezó una gran ronda de juegos mientras las demás personas participantes iban llegando. Un vecino, adulto mayor, expresó en voz alta: “¡Desde que empezó la pandemia no se veía la cancha así!”. Así empezó a crecer la expectativa de la comunidad de Potosí.

La noche anterior, las personas que lideran los colectivos sociales habían trasnochado hasta las dos de la mañana prepa-

Actividad de socialización de las niñas y los niños de Potosí en las canchas dobles. Fotografía: Daniel Sarmiento, 2020.



rando toda la logística de la exposición fotográfica para el Paz en Paz y confirmando los grupos de las niñas y los niños participantes. Para cumplir con los protocolos de bioseguridad se planteó que los recorridos por el barrio iban a ser en grupos de diez niños y niñas, siempre al aire libre, cuidando que no se fueran a cruzar o reunir los grupos. La exposición fotográfica estaba compuesta de imágenes de archivo sobre la construcción del tejido social del barrio y los hitos históricos de los relatos de cada colectivo. Cada imagen tenía el tamaño de un pliego. Los colectivos habían elegido siete fotografías y siete lugares para exponer, con el fin de establecer una serie de reflexiones y mensajes en torno a la memoria histórica y social del barrio.

Esta actividad fue producto de un proceso curatorial donde los espacios fueron reconocidos como lugares de memoria. Esto



Intervención artística de las niñas y los niños de Potosí en la Potocine. Fotografía: Daniel Sarmiento, 2020.

fue determinante para la intervención artística de las niñas y los niños, la cual se realizaba después de un diálogo intergeneracional con las y los líderes más antiguos del barrio. El diálogo consistió en complementar el sentido narrativo de esas fotografías; es decir, la relación de cada imagen con la historia del espacio expositivo, los esfuerzos comunitarios representados en esa imagen, además de las generaciones que están detrás de lo que hoy pueden gozar las niñas y los niños del barrio.

Desde estas voces líderes se narró la historia de lugares como el ICES, las canchas dobles (de las primeras canchas de fútbol del barrio), el muro del parque de La Bombonera, la Casa Cultural, las huertas comunitarias, la Potocine (primera sala de cine comunitario en Bogotá) y la calle de los históricos viacrucis alrededor del Árbol de Vida —por donde también han pasado las marchas pacíficas con posición crítica, en protesta ante la injusticia que afecta a la población habitante de este territorio—. Cada uno de estos escenarios se aborda con mayor profundidad en los relatos de los colectivos que se presentan en esta publicación.

¿Cómo llegamos a estos lugares y a estas fotografías?

El criterio de la selección fotográfica abarca los diferentes ejes temáticos que desarrolla cada colectivo desde una perspectiva histórica y crítica. Cabe anotar que cada colectivo adscrito a esta IMH elaboró de manera participativa y colectiva el relato de su origen.



Intervención artística de las niñas y los niños de Potosí en el ICES. Fotografía: Julián Villegas, 2020.

En el proceso se implementó la metodología de sistematización de experiencias que sugiere el autor de *La educación popular latinoamericana*, Oscar Jara Holliday (2020), la cual propone desarrollar procesos de historizar y sistematizar, es decir, la recolección de archivos (prensa, impresiones, fotografías, documentos formales, etcétera) y de testimonios individuales de una misma experiencia y ponerlos en contraste unos con otros. Así mismo, clasificarlos según criterios validados colectivamente, tales como el impacto comunitario de los eventos, el antes y el después de la experiencia, y la pertinencia de dar a conocer estos hitos históricos.

El resultado fue una larga lista de eventos (por ejemplo, marchas, protestas, actividades artísticas u ollas comunitarias). A partir de este resultado, se debatió abiertamente la idea de construir un museo de memoria histórica, un evento pedagógico con las niñas y niños o un campamento, entre otras opciones. A través de un diálogo reflexivo sobre los hallazgos de las sistematizaciones, encontramos que al hablar del pasado aparecen puntos en tensión, yuxtapuestos y a veces dialécticos, interpretaciones que se encuentran alrededor de los significados de la experiencia y las evidencias que la sustentan. De estos diálogos se consolida una serie de mensajes fuerza que son como una gran concertación colectiva.



Selección de las fotografías para la exposición.

Fotografía: Julián Villegas, 2020.

Los colectivos desarrollaron líneas de tiempo para contar su historia, su origen y las motivaciones que tuvo la construcción de cada uno de ellos. Estas líneas visibilizan los momentos y lugares que son hitos en la conformación de los colectivos y que posibilitaron relatos en consenso. Es aquí donde aparecen los lugares de memoria (por los cuales pasaron los niños y niñas en el Paz y Paz) y las y los líderes comunitarios del barrio (aquellas personas que han guiado y apoyado durante generaciones las conformaciones de colectivos sociales). A través de los testimonios de estas personas líderes se construyó el contexto histórico de esta cartilla.

Las fotografías también fueron seleccionadas desde un sentido narrativo y en algunas ocasiones desde la propuesta estética



Intervención artística de las niñas y los niños de Potosí en las canchas dobles. Fotografía: Julián Villegas, 2020.

de las fotografías y los fotógrafos del territorio. Más allá de ser un documento o un material de archivo que rinde cuenta de un proceso social, fue ante todo un lienzo en blanco, dispuesto a la intervención de las manos llenas de pintura de las niñas y los niños, quienes dibujaron sobre este el futuro que desean construir en estos espacios.

Al llegar las niñas y los niños a los lugares de memoria se les explicó cómo era la vida allí antes de que estos lugares existieran. Por ejemplo, se les narró el caso del espacio denominado: “Se vende Cocinol” en los años ochenta, los barrios no contaban con recursos y servicios públicos establecidos, y llegaban camiones cargados de este combustible, el cual se repartía por familias para que pudieran cocinar durante toda la semana.



Fábrica en desuso del combustible cocinol.

Fotografía: Julián Villegas, 2020.

Así lo recuerdan las dos hijas de Luz Dary Ayala, una madre comunitaria que creó el primer jardín en Potosí, y quien, en 2018, se retiró después de una larga trayectoria de formación y acompañamiento a muchas generaciones de niños. Adriana y Edith, hijas de Luz Dary y también profesoras, en su diálogo intergeneracional les recordaron a los niños y a las niñas cómo se creó Asodenfa (Asociación en Defensa de la Familia), que era la agrupación de varios jardines.

Hoy ese lugar donde otrora se repartía el cocinol reúne el sueño de varias personas y colectivos de Potosí: la adecuación de un museo de memoria histórica del barrio, un espacio de construcción social y permanente actividad cultural, donde estén expuestas la historia del barrio —con sus procesos sociales y de resistencia— y las manifestaciones artísticas comunitarias y participativas. Todo esto en torno a la memoria viva, que es la memoria de las comunidades más allá de las instituciones.

Reacciones de las niñas y los niños sobre la construcción de un museo de memoria del barrio y para el barrio

Se presentan las reacciones de las niñas y los niños al fotopaseo realizado en el Paz en Paz 2020, cuyos recorridos durante todo el día, fueron propiciadores de diferentes narraciones de vida por parte de participantes líderes del barrio.

Hubo un diálogo largo e intimista sobre cómo fueron las primeras clases en el ICES:

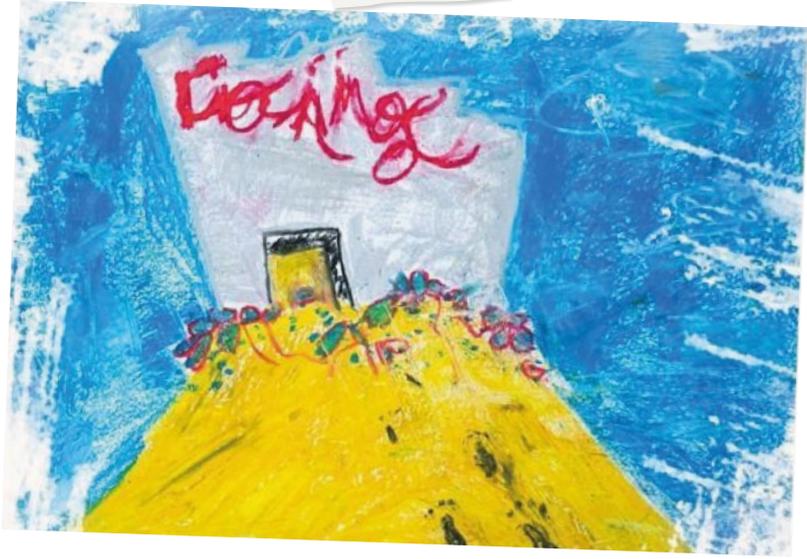


Corredor de aulas en el ICES, dibujo del Árbol de Vida.

Fotografía: Daniel Sarmiento.

“Las primeras clases se hacían mientras los estudiantes recogían agua de la quebrada para llevar a sus casas, que en ese entonces eran de bahareque y paroy. Esto mientras las y los profesores hablábamos de física, de ecuaciones y de la importancia de aprender matemáticas para la vida, porque a los pelados no les gustaba”. (Ospina, L., 2020, entrevista en el marco del evento Paz en Paz)

En un aula del ICES, los docentes dejaron un video con mensajes clave sobre la construcción de la institución, para que las niñas y los niños supieran la historia de lucha de la comunidad de Potosí por tener una institución educativa propia.



Dibujo representativo de la fábrica de cocinol.

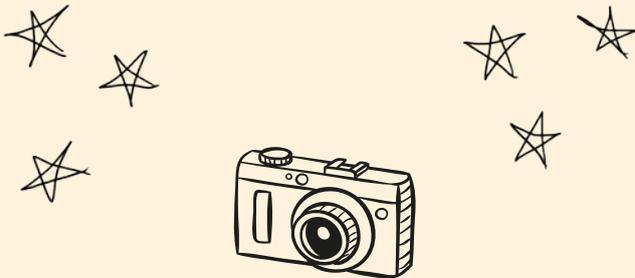
Fotografía: Daniel Sarmiento, 2020.

Alrededor de la Casa Cultural y en los jardines aledaños se habló de las primeras madres comunitarias y de cómo sin ellas el barrio jamás hubiera podido progresar, ya que el cuidado de las niñas y los niños era fundamental para el bienestar de la comunidad. También se habló de cómo el Parque Ecológico Cerro Seco fue abrazado por diferentes generaciones de la comunidad de Potosí, evitando, a través de la protesta pacífica y el campamento comunitario, más daños ambientales a causa de la minería legal e ilegal. Se habló de la necesidad de conformar huertas comunitarias en el barrio, ya que de ahí se pueden sacar muchos remedios y alimentos para suplir las necesidades de sus habitantes. Además, son un lugar para la conservación de una agricultura tradicional campesina que no puede desaparecer. En

general, hubo muchos espacios que representaron la lucha comunitaria para poder tener parques y canchas de fútbol, como lo son La Bombonera y las canchas dobles.

Al final de jornada —y en compañía de una inclemente lluvia—, la líder Darling Molina, del colectivo Gestores de Paz, hizo una retroalimentación a las niñas y a los niños que asistieron, en aras de rescatar lo que más les llamó la atención de los relatos. Cabe anotar que en muchas ocasiones hasta ahora estaban conociendo el barrio y descubriéndolo como su nuevo hogar. Se sentaron a dibujar, a hablar con personas que ejercían liderazgos y nos contaron como se imaginaban el museo de memoria histórica de Potosí.

Nota: Los créditos de los dibujos son nombres ficticios, en pro de cubrir la identidad de las niñas y los niños participantes.





Alicia

"El museo debe tener más de un jardín, porque uno ve muchos niños jugando en una sola rueda y esa está que se cae. Entonces, que haya más jardines, pero abiertos, porque uno a veces quiere jugar con otros niños".



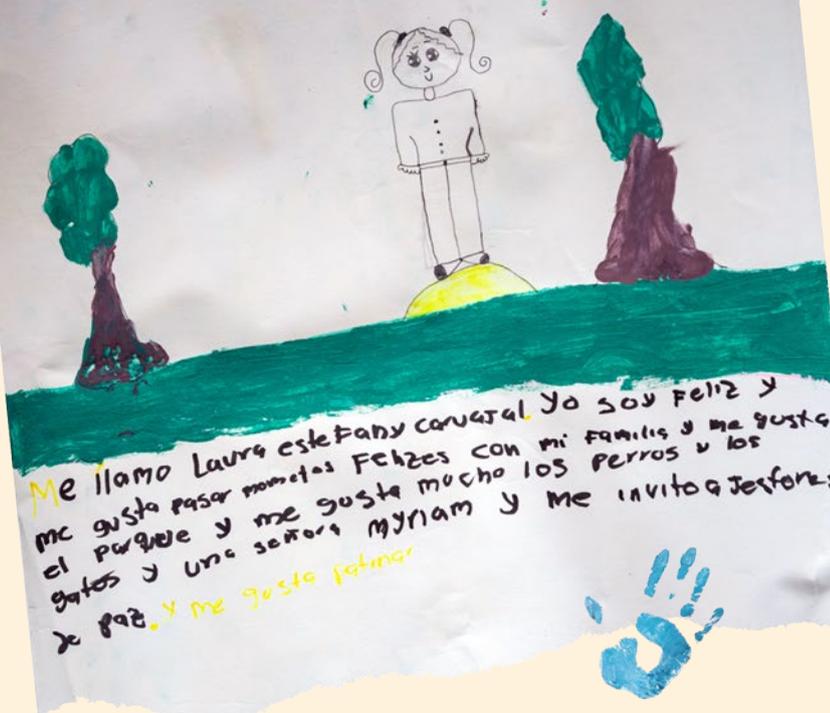
Mauricio

"Uno se imagina que los profesores deben ser bravos y regañarlo a uno, pero con la profe Miriam una vez con tteres dio la clase y le extendimos. ¿Cierto, David?."



Duván

"Es importante que haya eso, lo de la memoria, porque uno les ayuda a las abuelas a recordar sus remedios, sus cosas...".



Laura

"Yo quiero ser como el profesor Leónidas que después de tantos años sigue acá ayudando a la gente, a los niños... Pero en un museo, con los juegos y los torneos de fútbol".



Yuli

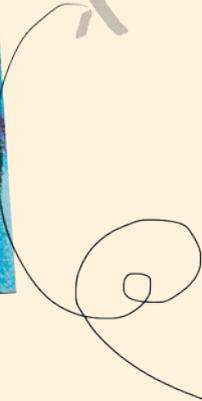
"El museo tiene que tener una cancha de fútbol, porque en la cancha nosotros pintamos, jugamos y allá van a recogernos nuestros papas".



Leidy

"Yo dibujé mucho pasto y árboles porque la montaña está toda solita. Entonces, si hacemos un museo y nos vienen a visitar, tiene que haber árboles para que se vea todo bonito".

Todas las niñas y los niños que participaron en esta IMH (Iniciativa de Memoria Histórica) las y los invitan a ver el primer catálogo de piezas artísticas que va a tener el museo de la memoria histórica de Potosí, Ciudad Bolívar.







Somos hijas de
La montaña, Construyendo
Paz con
Justicia Social

Somos memoria

Somos

Empetusa

Somos amor

PAZ EN PAZ (2020): PUNTO DE HISTORIA



Esta fotografía capturó uno de los momentos en una minga que realizaron en conjunto varios de los procesos que disfrutaron los espacios de la Casita Cultural en febrero de 2020. Al fondo aparece el Cocinol, uno de nuestros ancestros más antiguos, al igual que el Árbol de Vida. El Cocinol: espacio que nos inspira la escritura de esta cartilla, lugar de memoria histórica, fueguito de nuestras luchas.



Gestores de paz, Un proceso en espiral



Recordando y soñando
para saber quiénes somos



Por:

Darling
Molina
Ramírez
Nicoll
Valencia
Osorio

Los Gestores de Paz de Potosí somos niños, niñas y jóvenes que caminamos juntos y juntas por la construcción de paz en nuestro territorio: Potosí. A través de la participación en escenarios de diálogo, juego y aprendizaje reconocemos la importancia de nuestras ideas, propuestas y acciones para la transformación de nuestras realidades en todos los aspectos que las componen: la familia, la escuela y el barrio. Esto es lo que llamamos multiplicación, que es la forma que hemos encontrado para construir paz. Por esto, hemos decidido llamar a nuestros espacios colectivos Grupos de Multiplicación.

En estos espacios nos encontramos y trabajamos todos los sábados alrededor de temas como la paz, el medio ambiente, nuestros derechos, el territorio, la memoria y muchas otras cosas que sabemos que son importantes para lograr que el mundo sea distinto. Por medio de estos talleres multiplicamos todo lo aprendido, pensado y creado en los demás espacios que habitamos y que compartimos con nuestra familia, amigos, amigas y comunidad.

Anny es gestora de paz. Es una niña de tez morena —la cual heredó de su mamá, la señora Nidia— y de cabello largo y negro. Tiene doce años y nos acompaña en los caminos de la construcción

de paz desde hace mucho tiempo. Con relación a su experiencia, ella nos cuenta: “Gracias a los talleres, que me enseñan varias cosas que no sé, yo también enseñé a otras personas. Yo les enseñé a mis sobrinos o a mi prima de qué se trató el taller. Les cuento cómo fue la experiencia de ese día”.

Para Gestores de Paz, la memoria histórica tiene un lugar tan importante en nuestros procesos como la misma construcción de paz. Nicoll Valencia, gestora de paz desde hace dos años y medio, de cabello crespo, gafas redondas, sonrisa contagiosa y voz muy tranquila, nos cuenta cómo se relacionan la memoria histórica y la construcción de paz:



Histórica reunión de Gestores de Paz
de Potosí en la Casa Cultural.

Fotografía: Gestores de Paz de Potosí, 2015.



Fotografía de ronda de juegos

en el parque Cerro Seco.

Fotografía: Gestores de

Paz de Potosí, 2017.

La memoria no es solamente el conjunto de recuerdos que yo tengo sobre una situación, sobre un hecho, o el conjunto de relatos dolorosos, felices o tristes. Creo que ese es el primer paso para construir memoria, pero que eso como tal no es memoria. Creo que memoria es la herramienta, es el medio por el cual se llega a la construcción de paz, por medio del cual se desea romper las estructuras sociopolíticas que han transversalizado la historia de Colombia en términos de violencia, de dolor, de desplazamientos, de vulneración, en términos de desigualdad...

Esta reconstrucción y percepción de la idea de memoria histórica se ha alcanzado a través de los talleres de multiplicación, a partir del reconocimiento de la noción de paz. Con relación a esto, Juan Ortega, un joven alto y moreno de veintidós años que nunca se quita su boina ni sus gafas cuadradas, mentor de Gestores de Paz desde hace tres años, nos cuenta que: “Dentro de Gestores de Paz concebimos la paz no como una meta, no como



Esta imagen es una de tantas que sucede
cotidianamente en Potosí, alrededor de actividades
que hace Gestores de Paz de Potosí,
Ciudad Bolívar. Fotografía: Daniel Sarmiento.

algo hacia el final del camino —como esa meta que está en las carreras—, sino que es como todo un camino que viene construido de diversidad, de colores, de sabores, de emociones, de personas, de territorios, con la naturaleza”.

La forma en que multiplicamos lo aprendido, pensado y creado es a partir de encuentros previos en los que los mentores y mentoras⁴ planeamos las actividades, juegos y metodologías para trabajar los temas que creemos importantes para la construcción de paz. Entre estos están la participación, la defensa del territorio, la memoria, el ambiente y nuestra identidad como gestores de paz, entre otros.

En nuestros encuentros sabatinos, talleres de multiplicación, un ejemplo de taller podría ser el siguiente: quienes se desempeñan como mentores empezaban su día muy temprano pasando por las casas de diferentes sectores del barrio recogiendo a los niños y las niñas. Una vez reunidos y reunidas, nos dirigimos a la Casa Cultural, donde nos encontramos con más niños y niñas. Allí formamos un gran círculo y hacemos el saludo de gestores, en el que cantamos: “¿Cómo están los gestores

4 Para Gestores de Paz de Potosí el mentoreo es el proceso de enseñar y aprender de manera conjunta entre niños, niñas y jóvenes sobre la diversidad de procesos que contribuyen a la transformación. De esta manera, el mentor o mentora es el niño, la niña o el joven que al pasar por un proceso de formación al interior de Gestores de Paz ha llegado a identificarse con el movimiento y desarrollado sus capacidades de comunicación, convocatoria, liderazgo y empatía para asumir un rol de planeación, creación y ejecución de metodologías y juegos que ayuden al proceso de multiplicación. Adicionalmente, el mentor o mentora ocupa un papel horizontal en la vida de quienes participan en los procesos: asume un lugar de acompañamiento, guía y amistad que no se limita únicamente a los escenarios de formación y multiplicación.

de paz? Bien, bien, bien. Súper, súper, superbien. Requete, requete, requetebien”, mientras bailamos para sentirnos un poquito más cerquita los unos de los otros.

Luego jugamos “atrapa la bandera”, para activarnos antes de empezar a tratar el tema central del taller planeado previamente por los mentores (en este caso: una minga de recuperación de El Cocino1). El tema central se articula con otros procesos y se plantea una división de tareas en la que cada quien elige la que más le guste. Al final de la jornada nos reunimos para compartir entre todos y todas una de nuestras partes favoritas: el refrigerio. Luego, los mentores y las mentoras vuelven a hacer el recorrido por los diferentes sectores del barrio para dejar a los niños y niñas en sus casas.

Juan Ortega reflexiona sobre el papel de mentor o mentora de la siguiente manera: “Es el rol que se les asigna a los profesores y profesoras. No se ven como en el rol de la escuela tradicional de profesor-estudiante, sino de mentores, de guías. Este rol es importante para la construcción de paz porque digamos que no son personas que lo sepan todo, pero sí tienen como unas guías básicas de algunos temas como la educación para la paz, los derechos humanos y las problemáticas ambientales”.



Juan Ortega.
Fotografía: Daniel
Sarmiento, 2020.

Laura Gómez y Dilan Rodríguez, de nueve y diez años respectivamente, son hermanos. Tienen la misma estatura, piel blanca, cabello claro, un timbre de voz alegre y dulzón. Llevan dos años en Gestores de Paz y a continuación, relatan algunas de las cosas que hacemos como parte de este proceso.

- ▶ **Laura:** “Gestores de Paz es donde vamos a ir a conocer sitios. Yo me divierto en Gestores de Paz cuando vamos a la laguna, cuando nos divertimos con nuestros compañeritos. ¿Sí te acuerdas, Dilan, cuando fuimos a la laguna?”
- ▶ **Dilan:** “Y cuando siempre vamos a jugar, conocer animales y árboles, frutas, vegetales... Y vamos a comer por allá onces compartidas.”

El concepto de multiplicación se evidencia en los talleres cuando compartimos nuestros conocimientos y experimentamos con herramientas diversas en distintos lugares del territorio. Estas pueden ser estrategias para la resolución de conflictos, la defensa de los derechos de los niños y las niñas o la solidaridad entre vecinos, entre otras. Nuestro trabajo se hace evidente por fuera de los talleres cuando desde nuestro lugar de niños, niñas y jóvenes nos volvemos parte activa de las actividades sociopolíticas del entorno. Esto sucede, por ejemplo, en los momentos en los que en la casa, el colegio y los demás contextos que habitamos desarrollamos la capacidad de reconocer la vulneración de derechos y participamos activamente en la defensa de estos, practicando lo aprendido en los espacios de multiplicación a través del ejemplo y la acción.

Cuando hablamos de hacernos presentes y activos en las actividades sociopolíticas de nuestro entorno, creemos importante remitirnos al impacto del conflicto armado en el territorio. Para esto tomamos prestada la voz de Darling Molina, mentora de Gestores de Paz desde hace diez años. Darling tiene veintidós años, su cabello es corto y café, el mismo color de sus ojos grandes y redondos. Sobre el papel del conflicto armado en la realidad de los gestores, Darling nos cuenta que:

Hay unas lecturas del contexto que nos llevan a reconocer dinámicas. Por ejemplo, Ciudad Bolívar se ha configurado por el desplazamiento forzado y por eso somos una localidad tan diversa. Nuestras ancestras y ancestros vienen de otras



Senderismo en el parque Cerro Seco.

Fotografía: Gestores de Paz de Potosí, 2016.

regiones, y la mayoría han salido directa o indirectamente por razones que tienen que ver con el conflicto armado. Y han venido a la ciudad también a tener unos lugares marginales que también son violentos. Es de reconocer la necesidad de construcción de paz en el escenario concreto de una realidad que tiene que ser transformada.

Vivenciamos también los conceptos de multiplicación y construcción de paz cuando reconocemos la forma en la que los gestores de paz hacemos parte de la elaboración y accionar de otros procesos comunitarios como lo son la Escuela Popular de Microfútbol Gestores de Paz, un escenario de participación y aprendizaje



Actividad de elaboración de mural
con las niñas y los niños de Potosí
en la Casa Cultural. Fotografía:

Daniel Sarmiento, 2020.



Mentora Darling Molina.

Fotografía: Gestores de Paz de Potosí, 2016.

alrededor del fútbol, y el cineclub Cine Montaña, el cual trabaja por la defensa del territorio recurriendo al cineclubismo⁵.

Cuando los gestores de paz miramos nuestro territorio, en particular a nuestra montaña, apreciamos la forma en que hemos construido lazos con otros esfuerzos que se adelantan en el barrio.

Estos lazos se extienden como brazos deseosos de abrazar y las articulaciones que hemos conformado con otros procesos de Poto-

5 Desde Gestores de Paz nos hemos acercado al cineclubismo desde la experiencia: nos encontramos a ver películas que nos permiten reflexionar sobre los temas que trabajamos en nuestros espacios de multiplicación. Descubrimos que a partir de ellas podemos generar actividades, juegos, diálogos y propuestas que aportan al proceso y al barrio. De esta forma, empezamos a hacer parte (desde su fundación) del cineclub Cine Montaña, un espacio dedicado al aprendizaje y creado para juntarnos por la defensa de la montaña a través de las películas y los efectos que estas pueden generar. Allí hablamos sobre nuestro territorio y también sobre los sueños, la familia, el autorreconocimiento y demás aspectos que nos motivan a juntarnos cada sábado en la noche a proyectar películas en una de las entradas del Parque Ecológico Cerro Seco.

sí han abarcado luchas largas, bonitas, colectivas y populares, como la de la consolidación del Parque Ecológico Cerro Seco, una de las colaboraciones más significativas que hemos adelantado hasta el momento. Sofía Rodríguez, una niña de trece años, alta, de tez morena, ojos cafés y voz fuerte, que participa en Gestores de Paz desde hace aproximadamente cuatro años, nos cuenta: “Es importante luchar por Cerro Seco, ya que esta montaña representa una parte muy importante cultural de Ciudad Bolívar”.

Así como abrazamos otras luchas y procesos de nuestro barrio y localidad, también abrazamos a los gestores de otras ciudades del país. Y es que Gestores de Paz no está solamente en Potosí, sino también en más de diez ciudades de Colombia, conformando el Movimiento Nacional de Niños, Niñas y Jóvenes Gestores de Paz. Trabajamos desde hace catorce años en Potosí, cuando el movimiento llegó al barrio a través de una Organización no gubernamental (ONG) llamada World Vision. De esta forma, en los inicios de Gestores de Paz en Potosí nuestras formas de trabajo fueron orientadas por los profesionales que hacían parte de esta organización.

La convocatoria, los temas, las actividades y metodologías estaban mediadas por la organización. Por esto, la mayoría de las personas de la comunidad reconocían y nombraban a los Gestores de Paz como parte de World Vision. También los recursos, lugares y relaciones dependían del trabajo y presencia de la organización.

Por medio de su acompañamiento, los Gestores de Paz de Potosí que hacen parte de nuestro equipo desde el inicio hicieron parte de un gran proceso de participación, aprendizaje y cons-



Manifestación cultural de la Escuela Popular de Microfútbol Gestores de Paz, Potosí.

Fotografía: Gestores de Paz de Potosí, 2016.



Actividad de realización de carteleras.

Fotografía: Gestores de Paz de Potosí, 2015.



trucción de liderazgos. No obstante, dicho proceso estuvo atravesado por ciertas visiones institucionales, adultocentristas y verticales. En el 2015, por diferentes dinámicas y cambios en la institución, la forma en la que nos acompañaba fue cambiando y durante varios años se ausentó del territorio. Fue entonces que, pese a vernos solos, decidimos asumir el liderazgo de nuestro proceso y continuar trabajando por la construcción de paz en nuestro territorio.

Al identificarnos como Gestores de Paz —y desde nuestra experiencia como habitantes del territorio—, para nosotros sigue siendo evidente la necesidad de la construcción de paz en el barrio. Nuestra realidad está continuamente atravesada por diferentes violencias que se ven en el día a día por medio de la vulneración de nuestros derechos por dinámicas como el microtráfico



Actividad de realización de carteleras.
Fotografía: Gestores de Paz de Potosí, 2015.

y violencias tanto barriales como familiares e interpersonales. Dichas violencias responden a la injusticia y desigualdad que se deriva de la inexistencia de condiciones de vida digna y de la ausencia de escenarios que busquen garantizar la participación y protagonismo de nosotros los niños, las niñas y los jóvenes.

La señora Nidia, mamá de Anny, una mujer empoderada que está siempre dispuesta a acompañarnos en nuestros caminos, lo reconoce cuando nos dice:

“Y la paz acá en nuestras comunidades, en nuestra Ciudad Bolívar... en todo lugar yo creería [que] la paz está muy muy mal. Da es tristeza. Empezando por la justicia: los policías, en vez de enseñarnos nuestros derechos, valorarlos y



Actividad de realización de carteleras.
Fotografía: Gestores de Paz de Potosí, 2015.

todo, nos los vulneran. Y, la verdad, cada día la paz está por debajo de verdad de lograrla. Pero si seguimos con los líderes y lideresas, toca luchar para que no sigan acabando con ellos y ellas”.

Con este proceso de independencia vino la reafirmación de ese sueño de paz. Desde la necesidad de trabajar por ella en nuestro territorio, ampliamos el lema del movimiento nacional: “Por un hoy y un mañana diferentes”, para trabajar desde la bandera propia de: “Por un hoy y un mañana diferentes. Creemos en una paz con justicia social, ambiental e incluyente”.

Sneider Mora es parte de Gestores de Paz desde hace tiempo. Tiene once años y le encanta hablar. Cuida a los animales y los busca en todas partes con sus ojos grandes y redondos. Sneider nos cuenta que “es importante construir la paz, ya que nos lleva a un futuro mejor”. Jade Rodríguez, de doce años de edad, morena, de cabello crespo y café y portadora de unas gafas que enmarcan su mirada, coincide con Sneider, pues considera que “la paz es importante, ya que con esta podemos evitar las guerras y podemos vivir en paz”.

Si bien la ausencia de World Vision representó una situación crítica, terminó dando paso a una experiencia significativa que nos permitió descubrir cómo trabajar sin la orientación de adultos. Pudimos cambiar muchas cosas y crear otras que nos han permitido llegar hasta donde estamos, lo que seguramente nos ayudará a seguir avanzando mucho más.



Hoy en día, cuando pensamos en esta separación, miramos a los niños y a las niñas, nos miramos a nosotros y miramos lo que hemos construido todos y todas, y así llegamos a unas reflexiones importantes:

Cuando ponemos la mirada en nuestros talleres y en cómo los conformamos, se hace evidente que la ruptura entre Gestores de Paz y World Vision implicó cuestionamientos y tambaleos que nos permitieron identificar nuestra capacidad de creación y acción, pues construimos los espacios, los objetivos y las estructuras de nuestros talleres desde la horizontalidad. Creemos que es fundamental y esencial velar por que se amplíen nuestras visiones y formas de trabajo teniendo en cuenta la importancia que tenemos los niños y las niñas, quienes hemos sido históricamente excluidos, para así asumir formas más cercanas a los objetivos, acciones y sentimientos de nuestros espacios de encuentro.



Mural realizado colectivamente con las niñas y los niños de Gestores de Paz de Potosí.

Fotografía: Gestores de Paz de Potosí, 2015.

Al reconocernos a nosotros mismos como mentores y mentoras de Gestores de Paz de Potosí, apreciamos la forma en que esta experiencia habla también de nuestra superación de la institucionalización y el adultocentrismo, pues a partir de la separación de World Vision hemos asumido un papel más activo desde nuestro lugar como niños, niñas y jóvenes.

Para ejemplificar esto podemos hablar de las dificultades que tuvimos en un principio en términos de convocatoria y credibilidad por parte de las familias del barrio cuando Gestores de Paz se independizó. En su mayoría, la comunidad nos veía a los niños, niñas y jóvenes como seres incompletos, irresponsables e inmaduros. Sin embargo, nos sobrepusimos a estas situaciones reconociéndonos y dándonos a conocer por todo lo contrario: como responsables, completos, comprometidos y con un amplio sentido



Mural realizado colectivamente con las niñas y los niños de Gestores de Paz de Potosí.
Fotografía: Daniel Sarmiento, 2020.



Evento Paz en Paz. Intervención artística de las niñas y los niños de Potosí.
Fotografía: Julián Villegas, 2020.

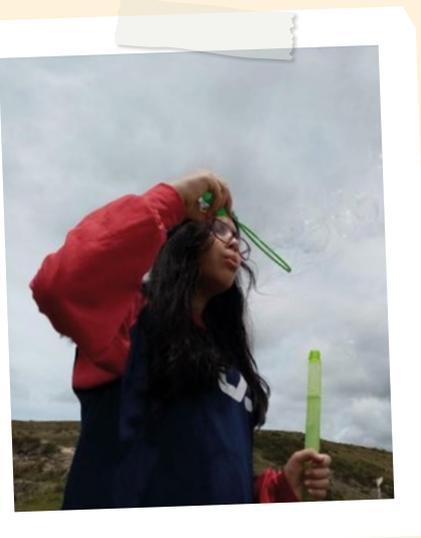
de lo comunitario, colectivo y popular. De esta manera combatimos eficazmente el adultocentrismo.

Suri Sastoque es mentora de Gestores de Paz, tiene catorce años, le encanta dibujar y abrazar, y siempre tiene una gran sonrisa adornándole el rostro. Suri nos explica el adultocentrismo:

“Es la visión de los adultos hacia el mundo, que es completamente diferente. Tipo cómo los adultos piensan sobre el mundo, cómo lo miran, cómo viven en él y cómo piensan. Y sus acciones. Ver como un adulto el mundo, tratar a los demás como si uno fuera un adulto (...) La visión de que los jóvenes son rebeldes o los jóvenes son irresponsables, que toca darles correa para educarlos. Y uno, pues, no piensa así”.



Lisa Medina tiene treinta años y es mentora de Gestores de Paz desde hace cinco años y medio. También es profesional de desarrollo de World Vision. Tiene el cabello corto, crespo, naranja y lleno de vida, y con sus ojos verdes siempre nos mira bonito. Al reflexionar sobre la articulación que hoy en día tenemos con World Vision, Lisa nos cuenta: “Por una decisión política y también un poco personal se decide no entrar (al territorio) a seguir representando esa figura adultocéntrica que era la organización para el movimiento. En ese sentido, se decide establecer una relación mucho más de pares, mucho más de asocio”.



Otra de nuestras reflexiones tiene lugar cuando observamos a las niñas, los niños y los jóvenes que nos acompañan durante el taller, y es que parte de ese reconocimiento comunitario —como proceso independiente— pasa por la identificación arraigada que se ha venido construyendo de una manera más sólida que antes. Dicha identificación, ahora arraigada, significa para nosotros el amor por

los espacios, además de la emoción y la fuerte entrega en los encuentros. Esto es lo que hace que Gestores de Paz sea asumido por nosotros y por los demás como un lugar cercano al que se va por iniciativa propia para aprender, para disfrutar y para hacer. Gestores de Paz se convirtió, después de la ruptura con World Vision, en un espacio que va más allá de la participación

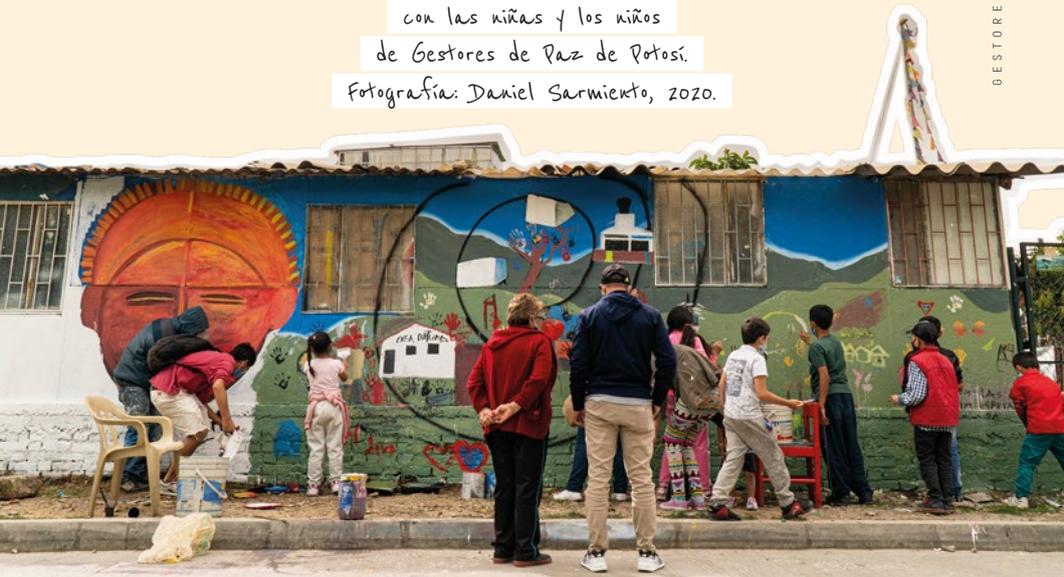
condicionada por el material que se daba cuando esa institución orientaba los procesos.

Ahora Gestores de Paz es producto de todo lo que hemos sido, aprendido y construido. Somos sobre todo amor, sueños y un montón de significados que logran atravesarnos la vida, así como la cotidianidad y realidad de nuestro proceso y nuestro barrio.

La señora Nidia identifica a los Gestores de Paz como:

“unas personas que a diario se desgastan enseñándoles a nuestros niños y niñas, enseñándoles que ellos deben tener su propia equidad y su propia justicia, valorarse por sí mismos y defender sus derechos. Y a siempre, siempre estar atento a lo que se puede a la comunidad ayudar, colaborar. Y [aportan] muchos valores a nuestros niños y niñas”.

Mural realizado colectivamente
con las niñas y los niños
de Gestores de Paz de Potosí.
Fotografía: Daniel Sarmiento, 2020.



Luisa Tabares, a quien conocemos como “Lucha”, es Gestora de Paz desde hace un año y medio. Tiene veintiún años, es morena y de estatura baja. Ama reírse y hacernos reír. Luisa describe a Gestores de Paz diciendo:

No hay mejor manera de describir lo que es Gestores de Paz que con imágenes, ya que se refleja todo lo que trae a la vida de los que lo conocemos. Gestores es vida, es amor, es sancochito. Y no son solo niños jugando, es muchísimo más que eso. Es familia, es aprendizaje. Es ese pedacito de vida que uno nunca quiere que se le escape. Es trabajo en equipo. A veces también es enojo. Pero siempre, siempre es la forma más bonita de recordarle a uno que está vivo y que es querido.

Nedzib Sastoque es mentor de Gestores de Paz desde hace trece años. Tiene veinticinco años, es alto y su cabello crespo le llega hasta los hombros. Es muy tranquilo, pero tiene una mente y unas manos muy creativas. “Ned”, como le decimos de cariño, entiende Gestores de Paz como:





Líder comunitaria Nidya Ruiz.
Fotografía: Gestores de Paz de Potosí, 2015.

“algo que va más allá de ser un niño o joven que se reúne para planear cosas. Pues, eso hacemos, pero el hecho de que lo estemos haciendo es transformador porque estamos cambiando la imagen del joven, la imagen del niño (...) Estamos visibilizando ese tipo de transformaciones y volviendo a los niños, niñas y jóvenes protagonistas del cambio social”.

Y para Valentina Torres, mentora de quince años, de cabello frondoso, cachetes rojos, con gafas que enmarcan un par de ojos que le gusta pintar con delineador, de sonrisa y carácter fuerte, Gestores de Paz es:

“un parche de jóvenes apropiándose de su territorio en forma de lucha para crear una sociedad más equitativa, con igualdad de género, con justicia y justicia ambiental. Siento que esos son nuestros principios, basándonos en todo lo que



Mentores del colectivo Gestores de Paz de Potosí. De izquierda a derecha: Nedzib Sastoque, Luisa Tabares y Suri Sastoque.

Fotografía: Gestores de Paz de Potosí, 2015.

nosotros queremos para un futuro, para que niños, niñas y jóvenes tengan un mejor futuro y puedan prosperar en este país tan complicado”. También lo describe como “un lugar de apoyo y conocimiento”.

De esta manera concluimos este capítulo en que les hemos contado un poco sobre cómo nuestros ojos nos invitan a pensar cuando los posamos sobre alguien o sobre algo. Nuestro proceso es una espiral en la que, viéndola desde afuera hacia adentro, reconocemos los talleres, la montaña y a los niños, niñas, jóvenes y mentores como algunas de las bases que en este momento nos posibilitan recrear en nuestra memoria un retrato de Gestores de Paz: un proceso verde como Cerro Seco, cerquita a las estrellas como nuestro territorio, lleno de colores como nuestros talleres y siempre acompañado por las sonrisas amplias de los niños y las niñas de Potosí.



Nedzib Sastoque.

Fotografía: Gestores
de Paz de Potosí, 2015.



Valentina Torres.

Fotografía: Gestores
de Paz de Potosí, 2014.



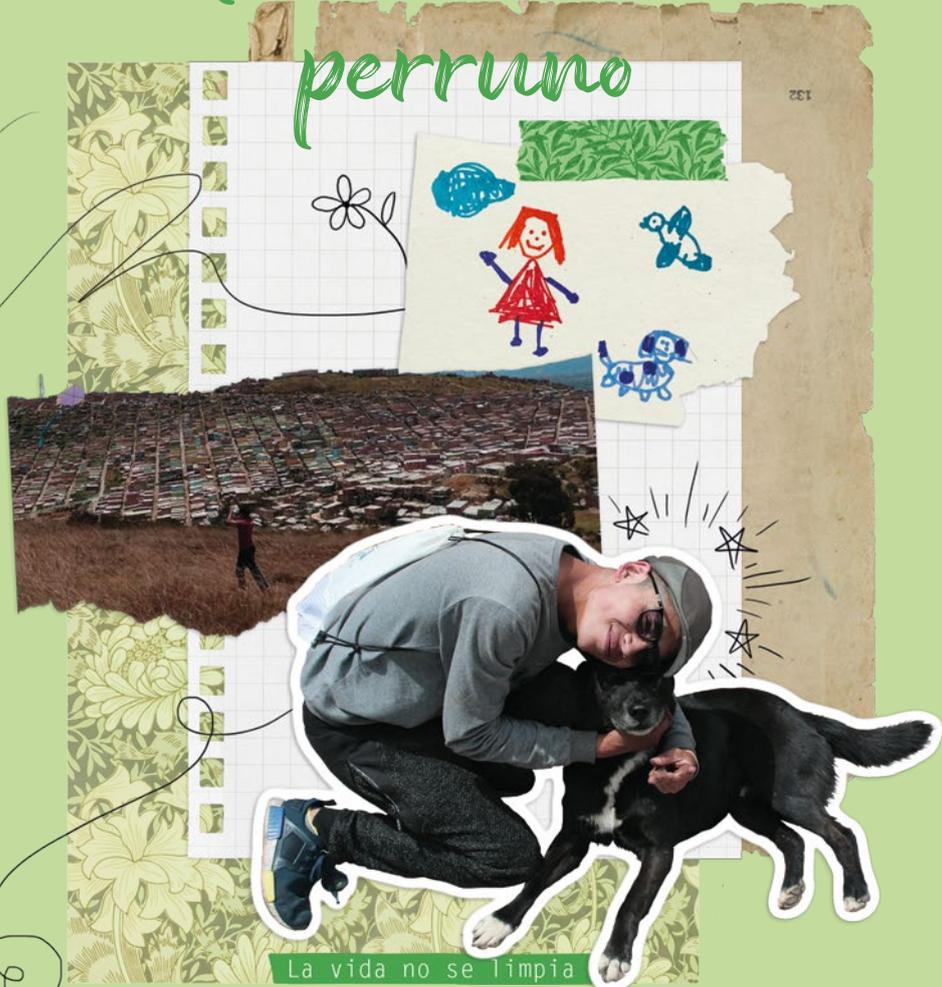
Foto de cierre del evento Fotovoz 2019.

Fotografía: Gestores de Paz de Potosí, 2019.

Cuento de la casa cultural: recuerdo

perruno

132



La vida no se limpia
de la tierra

Autoras:

Alejandra
Galeano

Angie
Santiago
Jaimes

Esta es la historia de un perro negro con una mancha blanca en el pecho y ojos café caramelo: Sarnas (como esos bichitos que dan rasquiña y molestan en la piel). Él es gordo y pesado, y vive en una montaña café verdoso junto a personas llenas de valentía que vienen de todas las regiones del país. Esta es una montaña que abraza miles de casas, personas y vidas de todas las formas. Cuando la montaña abraza solo se ven muchos colores. Pero no siempre ha sido así. En el barrio donde crecieron estas personas (y también Sarnas, el perro) ha habido días y noches de mucha maldad por el raro ego de los humanos. Por la avaricia loca que causan el dinero y el poder, al final quedan rodeados de dolor, soledad y muerte.

Hoy, cuando paso al lado de la gente, siento cómo se me quedan mirando. Ya no soy el de antes. Cada día que pasa me siento más débil. Mi vista y mi olfato se nublan mientras mis pasos se hacen cada vez más lentos. A pesar de haber vivido muy poco, son cientos los recuerdos que vienen a mi cabeza. Recuerdo verme cachorro, huyendo de un incendio con la piel intacta. Había mucho humo y un olor intenso a monte quemado. Sentí miedo, hasta que me di cuenta de que no se trataba de una hoguera gigante: era el calor de unos



"Sarnas" Foto: archivo de los colectivos de Potosí.

cuantos jóvenes encontrándose alrededor del fuego, compartiendo los días y alegrándose la vida. Por un momento me sentí seguro y calmado a su lado. No me espantaron de allí como sucede en casi todos los lugares con los perros callejeros. A partir de entonces seguiría sintiendo ese mismo calor, el cual abrazaría y cuidaría por mucho tiempo.

Por las mismas calles por las que encontré a esos jóvenes también recuerdo ver a los hombres turbios y extraños que ennegrecían la montaña. Estos eran hombres que hedían a maldad y todo lo dañaban a su paso. Vienen a mi mente las veces en las que, cuando ellos veían a mis amigos juntarse en los parques, los oí decir: "¡Qué jóvenes tan desobedientes a las reglas del sistema y la sociedad! ¡Los pobres no deberían tener hijos que tengan sueños y corazones latentes de libertad! ¡Deberían ahogarse, no deberían vivir más!". Eso reclamaban los insensatos.

Siempre que llegaban estos extraños hombres a decir ese tipo de cosas, las personas entraban a sus casas, las calles se desolaban y yo olfateaba el temor. Ya sabía que luego de estas repentinas visitas llegarían motos en la noche y camionetas negras como parcas, parando por los parques y las esquinas. Ya sabía que al día siguiente escucharía a las madres de los jóvenes llorando por las calles porque una tal "limpieza social" había acabado con los sueños y el la-

tir fuerte del corazón de sus hijos. No necesitábamos esas tales limpiezas, la vida no se limpia de la tierra.

A muchos de los muchachos los conocí en La Cloaka, un lugar famoso entre los parches de por acá. Siempre nos encontrábamos cuando llovía fuerte y necesitábamos de un techo que soportara los vientos sureños. Todos comíamos pan y nos acompañábamos en largas noches de frío y soledad. Cuando estos hombres de los que les hablaba iban al barrio, algunos de mis amigos no volvían a despertar jamás: luego de algunos ruidos ensordecedores, los dejaban en un sueño profundo y pesado. Me entristecía que no despertaran porque cada vez éramos menos y el calor también era menos. Había algo que yo no entendía: estos hombres de camionetas lujosas que ponían en peligro a las personas del barrio eran los mismos que les vendían a estos muchachos pequeños paquetes que los volvían un poco locos. Aun así, ellos nunca me hicieron daño. De cualquier forma, no entendí esos tratos tan crueles de los humanos. Durante esos tiempos, las noticias en la radio y la TV anunciaban, con títulos intimidantes: **“ICIUDAD BOLÍVAR, TERRITORIO PELIGROSO!**

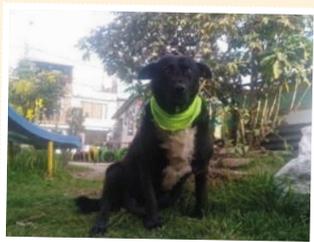
Según estadísticas de mortandad del Distrito Capital, el consumo de drogas y los robos en aumento, llevan a la clasificación de los barrios periféricos del sur de la Localidad 19 como “Zona Roja” (Alcaldía de Bogotá; 2019).

Así fue como la montaña de colores en la que vivo y los seres nobles que la caminamos empezamos a ser señalados y estigmatizados. Ya nadie quería venir aquí, ni siquiera el Es-

tado, que nos dejaba morir uno a uno sin mayor importancia. Pronto empezó a faltar la comida, la educación y el trabajo. Pasamos tiempos difíciles, pero nunca nos rendimos. “Zona Roja”, decían. A pesar del rojo que cubría algunas calles, yo veo aquí puro verde en los cerros, un azul vivo en el cielo y la multiplicidad de colores que existen en las fachadas de las casitas que parecen estar una sobre otra, como adornos en la falda de la montaña.

Hace algún tiempo me enfermé. Al igual que el lugar donde vivía y toda la naturaleza en él, yo iba muriendo de a pocos. También agonizaba el viejo árbol que diferenciaba este cerro de los otros que había en el sur —el Palo del Ahorcado, le llamaban los vecinos—. Juntos nos vimos crecer y ahora juntos estábamos a punto de morir.

El recuerdo más bello que me dieron estas calles ocurrió un día cuando, cansado de divagar por el barrio sin saber a dónde ir, llegué de nuevo al lugar en el que los jóvenes solían reunirse. Llegué agotado, me sentí desfallecer y se entrecerraron mis ojos. De repente, unas manos tocaron mi cuerpo. Sentí miedo, pero ya no me importaba lo que podía pasar: me quedé en un sueño profundo. Para mi suerte, volví a despertar, no como tantos amigos perrunos que no lo hicieron en ese mismo sitio. Mis heridas parecían haber sanado y los pocos jóvenes que aún habitaban el barrio me rodeaban y me daban su cuida-



do. Luego de un tiempo, me recuperé. Mi amigo, el Palo del Ahorcado, también se recuperó, y la montaña pareció volver a respirar. En ese momento, los jóvenes a los que un día la montaña resguardó devolvieron a la tierra el mismo cuidado.



"Plaxtón comunitario" Foto: archivo de los colectivos de Potosí.

Otro día, caminando por Potosí — que es el nombre de nuestro barrio y significa riqueza— me encontré con la comunidad que, cansada de los peligros causados por la minería que explota la montaña, se juntó por el fallecimiento de Doña Jineth, una vecina del lugar que

murió arrollada por una volqueta de dieciocho toneladas. En ese momento entendí que no podía seguir siendo indiferente a lo que estos hombres turbios querían hacer con nuestras vidas. Nos dimos cuenta de que si no hubiese sido Doña Jineth, habría sido algún amigo nuestro o hasta nosotros mismos.

Sin importar que mi pelaje fuera negro, el de algunos de color rosa, el de otros café o blanco, y sin importar que habláramos o pensáramos distinto, junto a mis amigos rompimos toda frontera invisible y nos reunimos para alzar nuestras voces y ladridos para decir: "¡BASTA!". El miedo ya no nos era permitido: se trataba del temor o la vida. Y no cualquier forma de vida, exigíamos una vida digna. Este suceso permitió que los vecinos





que se habían dejado de hablar hace años se reencontraran en el diálogo y la acción. Esta lucha nos dio lo que hoy en día es mi casa y a quienes hoy son mi familia y la de muchos jóvenes en este lugar.

El préstamo de una casita prefabricada, donde nos comenzamos a pensar la vida de otro modo, fue la excusa para dejar el miedo, la indiferencia y la violencia. Este lugar en un principio se llamó Airu Bain (gente de la selva), pero dejó ese nombre porque en ese entonces mis amigos y yo éramos más jóvenes y no entendíamos los compromisos y luchas que comprendemos ahora. ¡Seguimos y seguiremos aprendiendo y desaprendiendo! ¡Wuof, wuof! ¡Este es nuestro lugar! Aquí empezamos a tejer la vida en forma de espiral, porque el camino no es recto, circular ni cuadrado, es infinito y en su devenir aprendemos del otro y de nosotros mismos. Su segundo bautizo fue Casa Cultural Potosí. Este nombre nos sirvió de invitación para que todas las personas de este territorio, sin importar su edad o su apariencia, pudiesen llegar aquí y encontrar un espacio donde los ojos vieran diferente. No conocí antes una casa así: es pequeñita, pero en ella caben todas las ideas y todo aquel que quiera llegar.

El corazón de la casa es la olla comunitaria. Esto me lo han enseñado las comunidades, los abuelos y las abuelas. Nos reunimos a su alrededor y con la palabra de los más viejos



y los más jóvenes el lugar se ilumina: se gestan espacios políticos, sociales, ambientales, culturales, y, por medio del arte, nuestro mundo —el que decidimos crear aquí— se transforma.

Trabajar la tierra junto a los más viejos y los más chicos ha propiciado que se entablen diálogos donde se busca rescatar los saberes de aquellos que llevan más tiempo habitando nuestro territorio. También nos ha permitido invocar la memoria y luchar por procesos que decolonicen el pensamiento y la acción, que nos permitan retornar a la raíz —la tierra— y desde ella buscar la dignidad.

Ahora soy un poco viejo y obeso, pero mi corazón está hinchado de vida y osadía. Ya no como de los basureros, vivo en medio de malabares y fuego. Me acompañan conejos, gallinas, pollos, y un montón de plantas que dan alimentos y flores



Protestas pacíficas de la comunidad.



Foto: archivo de los colectivos de Potosí.

que siguen adornando nuestra montaña. Todo este recuento ha sido para que me conozcan y sepan de dónde vengo, para que

sepan que existen lugares como Potosí, donde no es fácil la cosa, pero luchamos unidos y eso es lo más sublime.

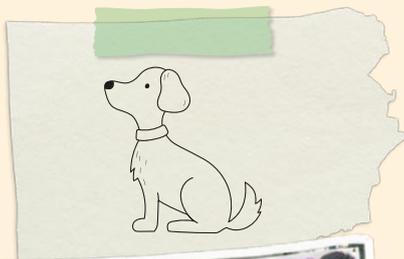
En este libro se reúnen muchas de las historias que han dejado huella en el barrio, en nosotros los perros y en los jóvenes. Algunas las presencié, otras me las contaron. Les invito a zambullirse en estos textos y a vivir por un momento, a través de ellos, en nuestro barrio.

Nosotros los jóvenes agradecemos a todos los parches, colectivos, agrupaciones, amigos, amigas, vecinos y vecinas que han aportado al crecimiento de Potosí y a todas las mujeres, niñas, hombres y niños que hacen parte de esta memoria.

¡Que las circunstancias no nos derroten nunca! ¡Que nuestros corazones sigan creciendo unidos! ¡Que nuestras voces se alcen cada vez más fuertes y nuestros sueños se hagan realidad a través del respeto, la justicia y el amor!

Este es Sarnas, esto es Potosí, este es nuestro barrio, esta es nuestra montaña... ¡esto es lo que somos!





Evento de cierre, actores y actrices del colectivo Casa Cultural,
obra teatral Sarnas -como el protagonista de este
cuento-. Fotografía: Daniel Sarmiento, 2020.





Foto de Darling Molina. Entrenamiento de nuestra Escuela Popular de Fútbol: Gestores de paz, categoría 9 a 11 años, Saray sorprende a su equipo. En el fútbol popular todos los goles son iguales, las niñas y los niños tenemos los mismos lugares, nos alentamos y reconocemos como iguales.

Escuela Popular de Microfútbol: Gestores de Paz



Inspira levantar la mirada y
observar hacia más el sur





Por:

Yhoynes
Nieto
Vanegas

Los niños y las niñas protagonistas del proceso barrial Gestores de Paz de Potosí convocan al cambio en el barrio a partir de la postulación de nuevos escenarios para ellos mismos que fomenten en sus vidas otras formas de sentir el viaje hacia la juventud. Sobre el año 2016 se desenlaza una conversación sobre crear, modificar y reevaluar las distintas acciones educativas puestas en marcha en algunos lugares del barrio. En ese momento se establece una reflexión sobre el papel que tiene el fútbol en la comunidad: es el deporte más común en Potosí y en otras zonas de la localidad. También se señala que es un juego transversal a todas las actividades que se desarrollan en los talleres de multiplicación.

A partir de estas observaciones, se imagina un escenario futbolero inmenso donde todas las personas jueguen sin parar y donde resuelvan sus conflictos a través del diálogo (y, además, que sea gratuito). De este modo, dicho escenario se puso en práctica el domingo 3 de julio de 2016 en las canchas dobles. En el primer entrenamiento se decidió consensuadamente su nombre: Escuela Popular de Microfútbol Gestores de Paz. El propósito de esta es educar para la construcción de paz a través del fútbol, y está dirigida a niños, niñas, jóvenes y adultos de nuestro territorio. Yhoynes Nieto, profe de la escuela, describe este primer encuentro:

Un domingo, a las diez de la mañana, se inició la escuela en las canchas dobles. Llegaron entre veinte y veinticinco niños y niñas, aproximadamente. Se realizó un diálogo sobre la importancia del deporte y los deportistas para nuestro barrio. Seguidamente, se escogió el sentido y nombre de la escuela. Empezamos a entrenar con un estiramiento. Luego, juegos predeportivos. Pasamos a técnica con el balón y, por último, juego por equipos de forma libre. Y desde aquel domingo quedó en las canchas dobles una esencia de ejemplo y acción que dará semillas y frutos con el pasar de los días.

Para contar y recordar nuestra historia como una sola vamos a hacerlo a través de minirrelatos, los cuales exponen las fortalezas comunitarias a través de narraciones sobre los lugares y momentos que se encuentran en las memorias cotidianas de las personas del barrio, personas decididas a no marchitar.

Pensar en lo que nos rodea diariamente cuando caminamos a la tienda, al parque o a donde un vecino nos inspira a levantar la mirada y observar hacia más al sur. De lejos vemos una montaña de color verde oscuro con ocre que sobrepasa los techos de las casas de tres pisos al borde de las canchas dobles. También podemos observar el bosque de acacias. Sin tener en cuenta el significado o función de la montaña, bajamos la mirada y volvemos al propósito de nuestro caminar por el barrio.

Pero una vez la comunidad decidió no bajar la mirada. Fue frente a un hecho que arrebató la vida de una integrante de la

comunidad. ¿El culpable? La estructura minera que llevaba décadas mutilando la parte de atrás de la montaña, aquello que no se alcanza a observar cuando se camina por el barrio.

Este suceso desencadenó una serie de acciones jurídicas y educativas en contra de la minería a cielo abierto, para contar la verdad de esta actividad que se disfrazaba como trabajo, progreso y civilización. Así, el modelo comunitario ambiental de Potosí se configuró alrededor de organizaciones sociales que luchaban y a la vez proponían alternativas amplias. De esta manera se produjo, por ejemplo, el nacimiento de la propuesta ambiental Parque Ecológico Cerro Seco, bajo un pliego de peticiones fundamentado en un ecosistema subxerofítico protegido escasamente por las instituciones pero enriquecido por los habitantes.

Nombramos también la primera actividad acompañada del aspecto ambiental, pues en el 2016 —algunos meses después del primer entrenamiento— realizamos la primera caminata para conocer nuestro territorio, dirigida a todas las personas. Aquel día salimos de las canchas dobles temprano y la ruta que tomamos fue de Potosí a las Canchas de Super Lote 10 y luego hacia San Rafael. En este punto se detuvo el grupo para tomarse una fotografía, que fue la primera huella que dejaba la escuela.

Ese mismo año la escuela vivía fines de semana repletos de alegría y celebración total, pues su asentamiento tuvo una gran acogida en el barrio, lo que reflejó unas necesidades que por fin eran tenidas en cuenta: el deporte y la educación. Además, con amor, alimentos y amistad, acompañamos a otra organización barrial: la

Escuela Ambiental de Potosí. Esta cumplía su primer año de trabajo, en el cual habían estado centrados en la soberanía alimentaria.

Al espacio asistían personas de la comunidad y de otras organizaciones, entre ellas los integrantes de algo llamado la Liga de Fútbol Popular: del Barrio a la Academia, un escenario de juego para escuelas futboleras creadas desde enfoques comunitarios. La conversación sobre participar activamente en dicha organización en un futuro cercano asumió un carácter serio, pues la decisión debía tomarse rápidamente debido a que ya se estaba activando la convocatoria interna para una tercera edición.

Unas semanas después, la Escuela Popular de Microfútbol Gestores de Paz asistió a la primera reunión que se llevó a cabo en la Casa de la Juventud del Restrepo. En ese momento se conversó sobre la experiencia de la segunda edición de la Liga de Fútbol Popular, la conformación de equipos de trabajo y posibles fechas de inauguración. Además, de manera previa a los encuentros, se generó una interesante rueda de prensa. El compromiso e in-

Primera caminata al Parque Ecológico
Cerro Seco. Fotografía: Escuela Popular
de Microfútbol Gestores de Paz, 2016.





Partido de inauguración de la segunda edición de la Liga de Fútbol Popular en Potosí, Ciudad Bolívar.

Fotografía: Escuela Popular de Microfútbol Gestores de Paz, 2016.

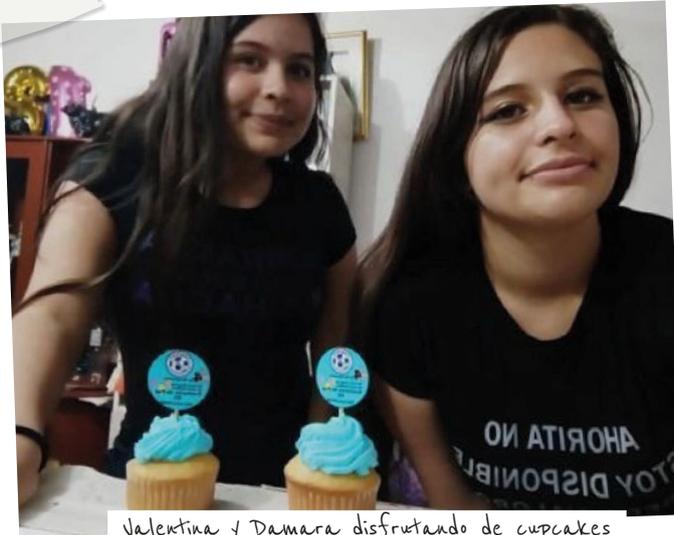
terés fue tan serio que decidimos apostarle a la Liga de Fútbol Popular porque es una iniciativa que comprende las dinámicas políticas y deportivas de un fútbol comunitario. Esta historia está acompañada por el aspecto de la articulación, pues la escuela es un reflejo de la realidad barrial y nacional. Sin embargo, cuando visitamos otros lugares identificamos problemáticas sociales similares o distintas que son abordadas con diversas herramientas pedagógicas, mostrando así otras formas para resistir y transformar.

Los cumpleaños oficiales de la Escuela Popular de Microfútbol Gestores de Paz son los 2 de julio. Esta fecha se celebra con un evento significativo para reunir experiencias, emociones y memorias vividas y disfrutadas durante todo el año. Ese día está lleno de expectativa, pues unos días antes se entregan

las invitaciones con la información del evento. Pero lo que más entusiasmo a todos es que el nombre de cada persona está en la invitación, lo que nos hace sentir importantes, felices y hasta esperados por alguien o algo.

En el segundo cumpleaños, en 2018, se realizaron tres eventos seguidos. Cada uno de estos dejó su marca tanto en aspectos importantes para la escuela como para la economía comunitaria. El primer evento fue un encuentro de tipo formal donde se entregaron reconocimientos a las familias por ser parte de la escuela. Además se proyectó un corto en donde los rostros de los y las jugadoras eran los protagonistas. El segundo evento se realizó en las canchas dobles. Como el sentido futbolero es la esencia del colectivo, se programó un torneo relámpago con escuelas vecinas. Las personas organizaron sus equipos como querían —total, era su día—: no había instrucciones, adultos o parámetros a seguir, la única regla era disfrutar del fútbol y ser parte de él. A la par se cocinaba un delicioso sancocho comunitario entregado a cualquier persona que quisiera llenarse la panza de amor y comunidad.

El tercer evento se organizó a partir de la búsqueda de financiación para la compra de todos los uniformes de la escuela. Desde esa premisa se trabajó la autofinanciación o economía comunitaria. Se realizó una fiesta de obtención de fondos en el salón comunal del barrio Potosí (previamente, cada persona del colectivo tuvo cinco boletas a su cargo para vendérselas a personas de su círculo social o familiar). Por la noche se inició la fiesta. Las personas que acudían entregaban el dinero de la boleta, ingresaban y tomaban asiento. Luego pedían algo de to-



Valentina y Damara disfrutando de cupcakes preparados por Expreso del Hielo en Potosí.

mar y se levantaban a bailar, algunos sin saber que cada paso y ritmo simbolizaban un peso más para los uniformes de la escuela de microfútbol. Posteriormente, el diseño fue elaborado en conjunto por los miembros de la escuela y los uniformes fueron entregados en un evento significativo.

A inicios del año 2019 la escuela comenzó su trabajo deportivo al mismo tiempo que se daba el ingreso de los niños a los colegios (a finales de enero o principios de febrero). Se abren convocatorias para nuevos jugadores y jugadoras, y también regresan jugadores que antes habían salido y deseaban volver a ingresar. En ese momento empieza una historia más, acompañada del eje de memoria colectiva.

A partir de la convocatoria llegaron muchos niños y niñas, entre ellos Darién Morales, un chico de once años, habitante del barrio y jugador de dos escuelas de fútbol al mismo tiempo: nuestra escuela y otra ubicada en Usme. Cuando inició sus entrenamientos, sus habilidades deportivas resaltaban entre los jugadores, pero lo más destacable era su forma sencilla, tranquila y única de responder a la vida. Asistía a los entrenamientos, caminatas y, por supuesto, a los partidos de la liga.

Un sábado se realizó el entrenamiento en las canchas sintéticas del barrio San Rafael, a quince minutos caminando de las canchas dobles. Ese día se desarrolló un sistema habitual, con nuevos aprendizajes con el balón (pues ameritaba tocar la redonda siempre). Era la segunda vez que entrenábamos en las canchas sintéticas. Estas, además de ser un escenario nuevo, son un lugar que los jugadores disfrutaban muchísimo puesto que, cuando pisan, el suelo es suave. En ellas, su vestuario se manchaba de negro. Además, cuando llegaban a sus casas y se quitaban las medias, salían a volar virutas. Para algunos jugadores, estos recuerdos son muy significativos.

Finalizado el entrenamiento se caminó en grupo hasta las canchas dobles, donde siempre se escuchan risas, juegos, palabrotas, quejas y un montón de sonidos alegres que solo saben emitir los niños. Entrando al barrio, algunos niños se despidieron, pues vivían cerca; otros se despedían más arriba y, finalmente, los últimos se separaban en las canchas dobles, entre ellos Darién Morales. Nos despedimos de mano, de guiño, de palabra... Cada uno tiene su saludo. La despedida con Darién fue de palabra: "Nos vemos el sábado".

Todo transcurría de forma habitual en la escuela hasta que el martes en la mañana recibimos una noticia fatal: nuestro compañero Darién Morales había fallecido el 4 de febrero del 2019 en un accidente en su hogar. La noticia fue un bajonazo completo para toda la escuela. Pasados unos días, asistimos a sus exequias y lo despedimos por última vez físicamente. Él se despidió portando el uniforme de la escuela hasta el último momento. Un mes después se realizó un evento por la memoria de Darién Morales y para su familia. En este evento prendimos una luz por Darién y por todos los niños y niñas que han muerto por diversas situaciones. Además, le dedicamos un minuto de aplausos y gritos, enunciamos palabras de aliento y apoyo para su familia, e hicimos la lectura de las siguientes palabras escritas en colectivo por sus compañeros:

¡Porque los sueños nunca podrán ser asesinados!

Hoy nos reunimos en nuestras canchas, con nuestro fútbol y nuestros corazones, para recordar a nuestro compañero, hijo, amigo, estudiante y jugador: Darién Morales. Su partida fue física, porque sus deseos, sueños, gambetas y sonrisas viven en cada una de nosotras y nosotros.

La Escuela Popular de Microfútbol no olvida. Caerá lluvia o hará sol, tempestad o vientos fríos, y aquí seguiremos, resistiendo momentos llenos de nervios, tristeza y dolor.

Duerme, duerme, Darién, que la escuela alumbrará tu paisaje. No hay palabras justas para estos momentos. Te prometemos que no dejaremos nuestros sueños y que tu sueño vivirá en

cada compañero y compañera. Celebramos tu vida, tus libros, tus sueños, tus altares y tu llanto. ¡Dediquemos un gol, una palabra, una sonrisa, un telar y una vida!

(Un minuto de aplausos, con velas alzadas y encendidas).

*Mi voz, la que está gritando.
Mi sueño, el que sigue entero.
Y sepan que solo muerdo
si ustedes van aflojando.
Porque el que murió peleando
vive en cada compañero.
Por nuestros muertos,
ni un minuto de silencio,
toda una vida de combate.
¿Hasta cuándo? Hasta siempre.
¿Hasta dónde? Hasta la victoria.
Y si es preciso, hasta la muerte.*



Se terminó la noche con una llovizna leve. Quedamos con el compromiso de avivar la memoria de Darién y dedicarle cada partido, cada gol y cada domingo. En memoria suya, su nombre está en nuestros uniformes y en una categoría de la liga, y su rostro en nuestra bandera de lucha.

Después de atravesar muchas historias, llegamos a una reciente que contamos con mucha pasión futbolera y bajo el eje de igualdad de género. Empezamos con un principio establecido en la Liga de Fútbol Popular que incita a que las escuelas de fútbol popular construyan estrategias desde el fútbol para incluir



Celebración del primer puesto de la Liga de Fútbol Popular en el parque Illimani, categoría 9 a 11 años, que lleva el nombre "Darién Morales".

seriamente a las mujeres dentro de todos sus procesos (no solo el deportivo). Así se inició un escenario de fútbol distinto, donde las mujeres se organizan y toman acciones sobre las problemáticas de una forma efectiva, sincera y radical. De estos encuentros nació la Liga de Fútbol Popular Femenina como una apuesta para reivindicar el papel de las mujeres dentro de los espacios futboleros.

De este modo, nuestra escuela estableció un espacio dirigido únicamente para mujeres a partir de los trece años (las mujeres de edades menores se vinculan libremente). Los entrenamientos se realizaban dos días entre semana, en las noches, entrenando durante dos horas. Luego se inscribió la escuela a la Liga de Fútbol Popular Femenina en dos categorías: de trece a diecisiete años y de dieciocho o más años. Ganamos, empatamos y perdimos partidos con escuelas de distintos lugares de Bogotá. Tantos días de entrenamiento y de partidos fueron recompensados con la victoria de las chicas en los partidos finales de la Liga Fe-

menina. Hasbleidy Rojas, o cariñosamente “Jazz”, jugadora del equipo femenino más dieciocho, nos cuenta:

Nuestra experiencia en el equipo femenino Gestores de Paz fue altamente gratificante. Fue una experiencia que nos ayudó a nosotras como mujeres a hacernos sentir dentro de una cultura, en un espacio y en un deporte en el que tal vez no tenemos tanto espacio o tanta disponibilidad para que nos vean o para que nos tengan en cuenta. En la escuela fue algo que nos inculcaron mucho: siempre exigir nuestro espacio, siempre hacernos notar, siempre demostrar que somos mujeres. Y aunque tal vez el deporte como el fútbol o el microfútbol o el futsal cinco no siempre está disponible para las mujeres, nosotras también podemos poner nuestro granito de arena participando: no solamente jugando, sino también apoyando, también organizando. Digamos que la experiencia más que gratificante fue una enseñanza, la cual nos ayuda a nosotras como mujeres a demostrar nuestro espacio y a siempre exigir ese espacio, sea el lugar que sea, sea la situación que sea. Sabemos, claro está, que la sociedad se torna machista, pero digamos que a nosotras la experiencia que nos dejaron fue de siempre hablar, comunicarnos, siempre expresarnos de la mejor manera posible. Y disfrutar el fútbol. Tal vez no estábamos acostumbradas a jugar con niños o éramos muy delicadas, pero poco a poco nos enseñaron y mostraron que, aunque seamos mujeres, no siempre es la delicadeza la que nos mueve: podemos tener muchas otras actitudes, las cuales nos pueden llevar a forjar grandes cosas. No solamente nos ayudó a crecer y fortalecernos en los ámbitos cultural o deportivo, sino también a nivel personal, nos ayudó a ser mujeres.

Quizás estos minirrelatos sean solo una pequeña gota de agua entre una laguna encantada. Sin embargo, son memorias que surgieron de construir sueños colectivos que nos llenan la vida con más ternura en tiempos de competencia, individualidad y jerarquías. Podemos afirmar que la escuela, dentro de un barrio con historia, ha sumado más historias —enlazadas con una pisca de fútbol y deporte— para contar a futuras generaciones. Gracias a esta experiencia, ahora somos personas que decidimos lo que queremos y necesitamos, que dialogamos de lo desconocido y censurado, que gritamos un gol por la justicia social y que recordamos cada domingo por qué el barrio y el mundo necesitan una transformación social.



Finales de la Liga
de Fútbol Popular
Femenina en el 2019
en el barrio Potosí.

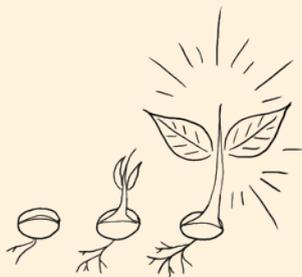


Dedicado a quienes con sus palabras, jugadas y diferencias hacen el mundo más tierno y organizado. Este apartado es para todos aquellos que hicieron parte de nuestra escuela, pues nos dejaron ideas, sentimientos y goles que crecen día a día entre nosotros y nosotras. Seguimos construyendo, dibujando y anhelando la paz dentro y fuera de las canchas.





Registro fotográfico Casa Cultural Potosí,
Minga de trabajo en la huerta de la Casa Cultural
Potosí, Daniel Piracon y Pedro Arias apoyando la jornada.



Huerta Semillas de la Esperanza

Establecer diálogos
en torno a una actividad
ancestral de siembra



Por:

Carol D. Gómez

Julián A. Díaz

Colectivo
Pentagrama –
Fundación
Territorio Abago

POTOSÍ

Potosí se puede definir como un territorio ubicado en las periferias de Bogotá originado a partir de un proceso de urbanización desorganizado. Este es el territorio en el que la Huerta Semillas de la Esperanza tiene un lugar y contexto y donde desarrolla su acción e investigación.

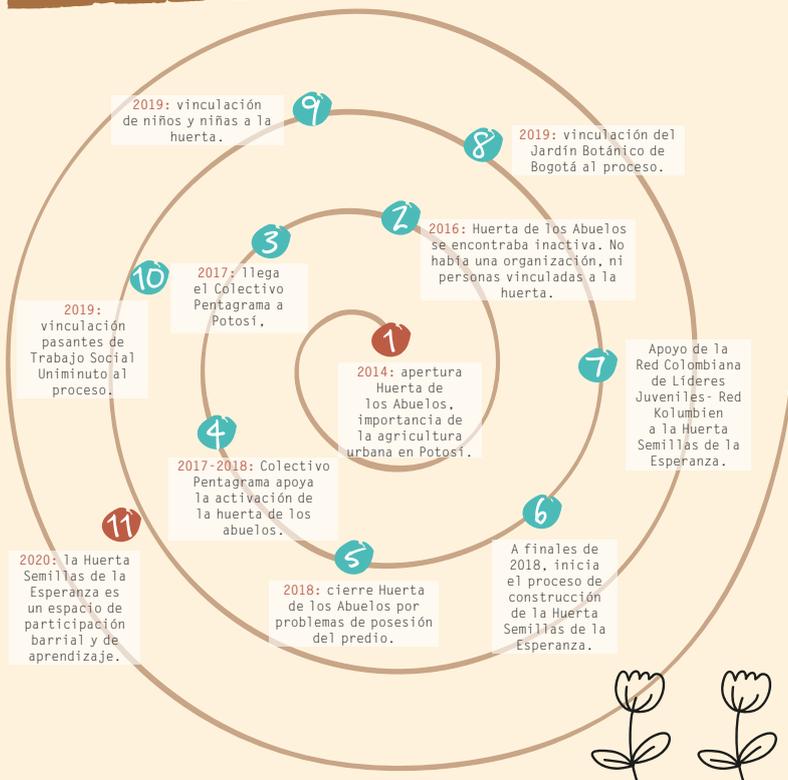
Este proceso no planeado ha llevado al surgimiento de asentamientos informales de viviendas de construcción autónoma, compuestos mayoritariamente por habitantes de zonas rurales que emigran a la ciudad en busca de oportunidades. Esto ha provocado el aumento de la población en zonas urbanas y en asentamientos precarios. Sumado a esto, Potosí, como otras zonas de Bogotá, es un asentamiento que se encuentra ubicado en zonas de alto riesgo ambiental, tanto por sus condiciones orográficas como por su cercanía a una cantera a cielo abierto.

Los riesgos se exacerbaban al ser un territorio abandonado estatalmente, con condiciones que generan una situación de marginalidad en sus habitantes y prolongan una situación de pobreza, vulnerabilidad y violencia, cuyas víctimas son los mismos habitantes del territorio. Por esto, los conflictos y la violencia se vuelven parte de la cotidianidad (situación que se replica en territorios similares a lo largo y ancho de Colombia).

Huerta Semillas de la Esperanza

154

FOTOPASEO DE LA MEMORIA HISTÓRICA DE POTOSÍ. (CIUDAD BOLIVAR)



Sin embargo, frente al abandono estatal, los riesgos ambientales y las vulnerabilidades sociales enunciadas, las comunidades de Potosí y de los barrios aledaños se han caracterizado históricamente por responder desde la informalidad con diversas iniciativas que, a través de la adopción de una meta común

por el bien de los habitantes, han generado un aumento en el sentido de pertenencia, han fortalecido el tejido social y han traído beneficios para toda la población del barrio.

Esto se refleja en las múltiples iniciativas sociales que han convergido en Potosí desde su fundación (algunas veces con una organización más formal que otras), a través de liderazgos comunitarios o individuales articulados entre sí. Se reconocen históricamente procesos como la creación del Instituto Cerros del Sur, la Mesa Ambiental No le saque la piedra a la montaña, Gestores de Paz y la lucha por la formalización del barrio, entre otras.

Dentro del barrio existen diversos espacios comunitarios activos y no activos. Uno de estos fue la Huerta de los Abuelos, un espacio que se había adecuado con apoyo del Acueducto de Bogotá y que contaba con invernadero, lombricultivo, tres camas de siembra, herramientas y un árbol de tabaco. No obstante, no había una organización ni personas del territorio que estuvieran vinculadas al proceso de la huerta.



Huerta comunitaria Potosí.

La Huerta de los Abuelos empezó hace como unos seis años, cuando se ganaron unos trabajos, unas mesas de trabajo y se hicieron las obras del sendero peatonal del zanjón del ahorcado y el sendero peatonal de la muralla en el parque que faltaba. De ahí nacieron dos iniciativas. De ese trabajo con el Acueducto nació la Escuela Ambiental, que cuando se inició se creó para ser un centro de propagación, el cual no se pudo hacer. Bueno, después, con el segundo contrato que tuvimos con el Acueducto —cuando yo trabajé como promotora social del Acueducto— buscamos otro espacio para reactivar lo de las huertas y se escogió el lote del adulto mayor. Entonces, ahí trabajamos. Se llevaron las máquinas del contratista, se empezó a trabajar en la huerta, se hicieron unos talleres. Estuvieron los adultos mayores, estuvieron niños, algunas universidades que nos estaban apoyando (como Uniminuto), el profe Fernando de Inti Tekoa —él me mandaba estudiantes para que me ayudaran en la huerta—, y así.

*Nidia Cardozo, presidenta de la Junta de Acción Comunal,
colaboradora de la Huerta Semillas de la Esperanza.*

Yo llegué hace veinticuatro años, y la huerta inició hace como ocho o diez años. Estuvieron los del Acueducto pavimentando y empedrando toda esa parte de vallado, y ellos tenían que hacer algo —no sé qué— social con un ingeniero agrónomo que nos enseñó a cultivar en tarritos, en botellitas de gaseosa. Y ellos dieron las plántulas. Y donde queda la Huerta de los Abuelos —que parece que se robaron—, ahí quedan los tanques del agua de cuando comenzó el barrio, que el agua la echaban de una cañada. Y ya había acueducto,

entonces sacaron eso y dejaron ese espacio para la Huerta de los Abuelos. Y ahí comenzó. El que puso las primeras semillas, la tierra y eso fue el Acueducto. Y la capacitación.

Nos enseñaron a hacer lombricultivos, a sacar compostaje sin lombrices. También a cultivar orgánico, a hacer caldos de cultivo para fumigar y para las babosas. Incluso nos enseñaron que con los rabos de las botellas, los enterráramos al pie de las matas y les echáramos cerveza, brindándoles un poquito de cerveza a las babosas. Ahí nos dimos cuenta que el vicio y la perdición no solamente persiguen a los humanos sino a todo mundo. Efectivamente, al otro día amanecían jinchas las babosas, ahogadas en las penas y en el licor.

*Luz Dary Sánchez, mujer rural
de Ciudad Bolívar, sabia montañera.*

El Colectivo Pentagrama llega a sumarse a esta iniciativa en noviembre del año 2017, a través del llamado de Nidia Cardozo, presidenta de la Junta de Acción Comunal (JAC), quien se encontraba en la búsqueda de algún grupo que la apoyara para seguir el proceso de activación de la huerta comunitaria Huerta de los Abuelos.

Cuando Pentagrama llegó, yo me acuerdo que me mostraron un trabajo, una presentación y [me dijeron] que querían trabajar. Y a mí me pareció bien, los invité a hacer parte de la Huerta del Adulto Mayor.

*Nidia Cardozo, presidenta de la Junta de Acción Comunal,
colaboradora de la Huerta Semillas de la Esperanza.*

En ese entonces, los miembros del Colectivo Pentagrama éramos Alejandra García, Carol Gómez, Juan José Trujillo, Julián Díaz y Carolina Fiallo (quien nos acompañó a través de la virtualidad). Al iniciar este acercamiento, planteamos y presentamos un plan de trabajo al barrio, dando a conocer diferentes objetivos, metas y alcances enmarcados en el proceso de implementación y/o reactivación de huertas agroecológicas urbanas, sin haber tenido un punto de referencia o un acercamiento con el territorio. Poco a poco entendimos que sin empaparnos del lugar, sus dinámicas y su gente no era posible llevar un plan de acción como el que trazamos. Nos dimos cuenta de que no íbamos a ser nosotros quienes planeáramos todo desde afuera, sino que los planes iban a ser conjuntos con la comunidad. Desde la empatía se inició con la construcción de un proceso.

Las huertas son importantes para nuestra comunidad. Son lugares adecuados e importantes, evitan que estos lugares sean invadidos por personas ajenas al barrio. También nos permiten preparar la tierra para sembrar nuestras plantas orgánicas. Nos beneficiamos de saberes y aprendemos de sus culturas. También usamos las aguas lluvias y evitamos que haya erosiones.

*Nidia Ruiz, lideresa del proceso
Huerta Semillas de la Esperanza.*

Las huertas agroecológicas son importantes para Potosí porque siempre han hecho parte de nuestra historia, no solamente como barrio sino también como localidad. En Ciudad Bolívar, la mayoría de gente vive en las montañas, vive en

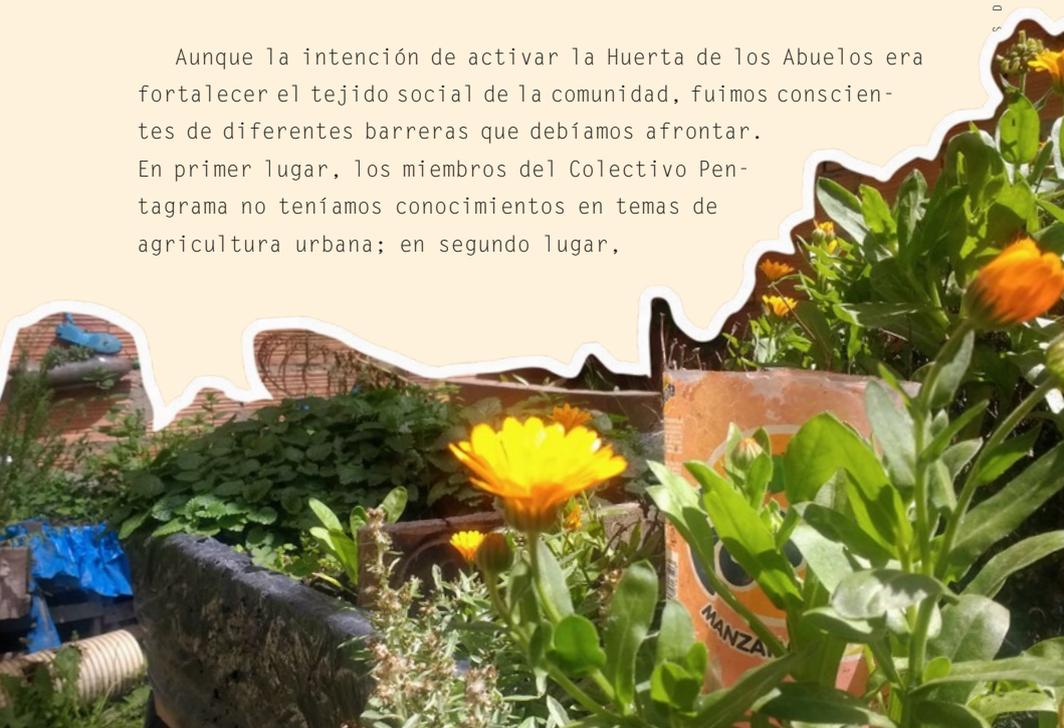
La zona alta, y es gente con orígenes campesinos que siempre tratan de tener sus cultivos y sus siembras. Por eso me parece a mí que son tan comunes e importantes.

*David Ramírez, líder juvenil
de la Huerta Semillas de la Esperanza.*

Las huertas y los espacios comunales siempre son importantes porque son un punto de encuentro de los sabios y de los que quieren aprender. Es la fusión de todas las generaciones con un mismo ideal: sembrar, aprender y construir.

*Marcela Sepúlveda, lideresa del proceso
Huerta Semillas de la Esperanza.*

Aunque la intención de activar la Huerta de los Abuelos era fortalecer el tejido social de la comunidad, fuimos conscientes de diferentes barreras que debíamos afrontar. En primer lugar, los miembros del Colectivo Pentagrama no teníamos conocimientos en temas de agricultura urbana; en segundo lugar,



no conocíamos el territorio ni sus dinámicas, y tampoco había tanto compromiso por parte de nosotros en las visitas a Potosí.

Teniendo en cuenta las barreras mencionadas, decidimos que la activación del espacio debía realizarse bajo la estrategia de investigación y acción participativa como modelo de pensamiento y/o instrumento generador de tejido social. De esta forma, propusimos que el acompañamiento por parte del colectivo iniciaría mediante la observación participativa en su primera etapa, la cual se realizaba cada ocho o quince días, de acuerdo con las posibilidades de tiempos para ir al territorio.

De esta forma se fueron dando encuentros, algunos más frecuentes que otros, con diferentes habitantes del barrio: líderes sabedores ancestrales, técnicos y culturales. Empezaron las jornadas de siembra de hortalizas, aromáticas y algunas plantas ornamentales, la adecuación de un sendero dentro de la huerta, la construcción de camas para un pequeño cultivo de fresa y la



adaptación de un espacio para la implementación de un tanque de almacenamiento de agua. Estas actividades generaron trueques internos entre la gente. El trabajo realizado en la huerta empezaba a dar frutos con las primeras cosechas de hortalizas, y por esto se empezaron a generar encuentros externos entre la gente para la preparación de los alimentos cosechados.

Ese día fue cuando llevamos las piedras para arreglar el piso. Ese día yo me reuní con doña Luz Dary y ella dijo: “Vamos a ver cómo va el piso de la huerta, a ver cómo está de bonito, y de paso me traigo unas acelgas para el almuerzo de mi hijo”. Entonces yo le dije: “Llamemos a don Mardoqueo a ver si está por ahí para que nos acompañe y, de paso, pasa él por el radio y miramos qué hacemos todos”. Y claro, como había hartas acelgas —y unas que ya se estaban dañando, pero todo estaba rebonito—, entonces ese día cogimos varias. Y doña Luz Dary le preguntó a don Mardoqueo que si tenía algo urgente que hacer y Mardoqueo le dijo que no, entonces acordamos hacer entre todos el almuerzo en la casa de doña Luz Dary. Y ese día comimos acelgas.



En el momento en que aumentaron las jornadas de trabajo los fines de semana y el espacio estaba comenzando a ser acogido por la comunidad, la huerta fue clausurada por problemas entre vecinos por la posesión del predio. Esto sucedió debido a que este tipo de barrios de origen informal tienen este tipo de problemas internos por la posesión de los terrenos. Por consiguiente, la activación de la huerta tuvo efectos positivos y negativos. Aunque la huerta fue cerrada, esta situación llevó al colectivo a crear la iniciativa Red de Huertas de Potosí, buscando unir todos los proyectos que antes estaban aislados y generar alianzas entre organizaciones sociales que podían tener una misma meta.

La Red de Huertas empezó a ser una herramienta para el encuentro de diferentes actores sociales con un fin común. Es un espacio público donde el encuentro urbano tiene la capacidad de establecer diálogos en torno a una actividad ancestral de siembra y también es una propuesta de planeación desde el paisaje participativo. Sin embargo, al desconocer las dinámicas del territorio, esta iniciativa no cumplió con las expectativas del Colectivo Pentagrama y tampoco de las personas del barrio. No se logró una participación activa de la comunidad, por ende se convirtió en un proyecto secundario al surgir otro espacio de reactivación que posteriormente sería llamado Huerta Semillas de la Esperanza. Este último es un espacio comunitario nuevo puesto a disposición por Nidia Cardozo y por la Junta de Acción Comunal del barrio.

Quando apareció la señora Carmen declarándose dueña del lote del Adulto Mayor y cerrándose el espacio, yo le dije a Pentagrama: “Tranquilos, no nos vamos a quedar quietos.

Hay otro lote que está al pie de Pintando Caminos, que lo hemos estado trabajando en la comunidad para huertas también”. Ese espacio duró trabajándose como un año, esporádicamente, con los niños del Colegio Sierra Morena Sede D. Ellos dejaron quieto ese espacio a raíz de que robaron o casi atracan a una profesora. Bueno, entonces ahí llegamos nosotros. Yo hablé con la señora de enseguida y le pedí las llaves —porque la profesora no quería entregar las llaves—. Y, bueno, cambiamos el candado y empezamos a trabajar con la uñas, prácticamente.

*Nidia Cardozo, presidenta de la Junta de Acción Comunal,
colaboradora de la Huerta Semillas de la Esperanza.*

Los habitantes del territorio que participaron en la activación de la Huerta de los Abuelos fueron David Ramírez, Mardoqueo Beltrán, Luz Dary Sánchez y James. Al pasar a la Huerta Semillas de la Esperanza, James dejó de asistir y Mardoqueo y Luz Dary comenzaron a participar con menor asiduidad. Sin embargo, nosotros comenzamos a hacer presencia cada ocho días entendiendo que nuestro compromiso iba a generar sentido de pertenencia por parte de la comunidad. Esta decisión fue clave en la activación del espacio.

Semillas de la Esperanza inicia su proceso de construcción en noviembre de 2018. Inicialmente presentamos la propuesta del proyecto a la Red Colombiana de Líderes Juveniles - Red Kolumbien con el fin de obtener los materiales necesarios para ejecutar las diferentes actividades requeridas en los procesos de agricultura urbana. Dicha propuesta fue aceptada, de tal forma que se realiza la inauguración del espacio con actividades de



trabajo colectivo —como la limpieza general del espacio— entre las personas del barrio y los representantes de la Red Kolombien.

Una vez descapotado el terreno, decidimos realizar un levantamiento topográfico con el fin de tener las medidas y realizar un diseño colaborativo del espacio. Para ello invitamos a un habitante del territorio, el señor Daza, un líder que es de los primeros habitantes del barrio, apasionado por contar historias y por la topografía. Es un hombre noble con muchos conocimientos, muchas ganas de aprender y de compartir sus ideas. Vive al lado de la Huerta Semillas de la Esperanza y ha aportado mucho a la creación del espacio. Tiene conocimientos en levantamientos y estuvo dispuesto a colaborararnos. Este tipo de trabajo conjunto es parte de la idea de apropiación del espacio que se fomenta desde el Colectivo Pentagrama.

La construcción colectiva se basa en una metodología donde se plantean ideas de diseño de acuerdo con las experiencias,

vivencias y conocimientos de las personas que participan en el proceso. Es por eso que, al iniciar el trabajo, se planteó un diseño participativo del espacio en donde se buscó definir el uso y las metas a corto y largo plazo, las cuales incluían la construcción de un baño, una bodega, una cocina y una habitación para una pequeña casa.

A partir de ese momento comenzó el proceso de planear desde cero el espacio entre el colectivo y los habitantes del barrio Potosí. Vale la pena recordar que la visión del colectivo es usar la huerta como un espacio generador de tejido social, procesos comunitarios y liderazgos individuales, en donde las relaciones sean horizontales entre todos los participantes. Ejemplo de ello fue el nombre de la huerta, el cual fue acordado entre las personas que asistían y hace referencia a la gran cantidad de procesos que se han desarrollado en el territorio, que han dejado pequeñas semillas, y la esperanza que genera este proceso.



Entre todo el entorno, cada uno está sembrando una semillita: uno dice una idea, el otro dice otra idea. Este lote donde se ubica la Huerta Semillas de la Esperanza hace años, años, que estaba aquí, abandonado. No se había trabajado. En ese entonces, en ese momento, no se hablaba de semilleros, no se hablaba de nada, simplemente se dijo: “Este lote queda como espacio para la comunidad”.

*Señora María, habitante del barrio Potosí
y colaboradora de la Huerta Semillas de la Esperanza.*

Para mí Semillas de la Esperanza es una fuente de vida. En cada semillita hay vida. Si usted siembra una semilla, hay una esperanza de que ahí va a haber vida, de que va a haber un fruto, una planta para poderse alimentar. También es un lugar donde las personas vamos y estamos compartiendo saberes y compartimos también semillas de unas huertas a otras, y así cada día van creciendo nuestras huertas.

*Nidia Ruiz, lideresa del proceso
Huerta Semillas de la Esperanza.*

Durante los primeros meses se organizó una minga de trabajo para convocar a diferentes organizaciones de la Red de Huertas y así dar a conocer el nuevo espacio. Después se organizaron otras mingas de trabajo que contaron con buena convocatoria y comenzaron a visibilizar el espacio entre los vecinos. Mardoqueo Beltrán fue la persona que lideró la construcción de las camas de siembra y varias actividades de adecuación para ini-

ciar la huerta. Él es un habitante del barrio apasionado por la agricultura y un gran conocedor en temas de construcción.

El trabajo fue avanzando poco a poco. Inicialmente nos reuníamos todos los domingos a trabajar en la huerta, pero la decisión colectiva final fue asistir los sábados. Realizamos las jornadas de limpieza general, deshierbe, construcción de cuatro camas para siembra, adecuación de un sendero peatonal con llantas, una cama para compostaje, siembras en semilleros y jornadas de siembra con los habitantes del barrio. Pentagrama donó una caneca azul que posteriormente fue usada y adecuada para la recolección de aguas lluvias.

Se contactó a profesionales del Jardín Botánico de Bogotá (JBB) para que pudieran impartir talleres de control de plagas con fungicidas orgánicos y naturales, talleres de compostaje y de lom-





Cosecha de papas de la
huerta comunitaria.

bricultura, y también para tener una asesoría general del trabajo realizado en la huerta. Así se inicia la construcción del lombricultivo, una de las técnicas de compostaje para la transformación de residuos orgánicos. También, gracias al acompañamiento y asesoría de la Fundación Sistemarte, se inicia con la construcción de pacas digestoras para la huerta (otra tecnología ecológica para transformar residuos).

Gracias a la donación de semillas de maíz, frijol, quinua, chí, lechuga y tomate de diferentes organizaciones y fundaciones, se inicia otro ciclo de siembra en la huerta donde se realizó el apadrinamiento de semilleros con la comunidad. La idea era que cada persona se llevara su semillero a la casa para cuidar de él y, posteriormente, trasplantar las plántulas a las camas de siembra.

El trabajo en la huerta era realizado inicialmente por adultos y adultos mayores. No se había contemplado el trabajo con

niños y niñas, entendiendo que era una gran responsabilidad. Sin embargo, gracias a Marcela Sepúlveda conocimos el maravilloso mundo de trabajar con los niños. Entonces, comenzamos a realizar actividades y talleres acordes a sus gustos, al mismo tiempo concientizándolos de la importancia de generar ese equilibrio entre el ser humano y el sistema natural.

Se realizaron actividades como el taller de mobiliario con plantas para la huerta, jornadas de siembra y apadrinamiento de semilleros, un mural, talleres de faroles con materiales reutilizados, trabajo con la tierra, manejo de residuos sólidos, caminatas ecológicas al Parque Ecológico Cerro Seco, taller de malabares, taller de género, taller de tejido de atrapasueños y una visita al Jardín Botánico de Bogotá, entre otras. La visita al JBB fue coordinada por Marcela Sepúlveda y para esta se gestionó tanto el transporte como el ingreso de los niños y las niñas.

La llegada de los niños y las niñas también trajo consigo el acompañamiento de pasantes de Trabajo Social de la Uniminuto, quienes también han apoyado el proceso.



Pentagrama ha sido una bendición tanto para el barrio como para los niños porque, aparte de venir a hacer la obra con la huerta, se han integrado más en lo social. Pasa como pasó con la Uniminuto de la 80. Son dos grupos que vinieron y se quedaron en nuestra comunidad ayudándonos, a pesar de que, por ejemplo, vienen a hacer su pasantía o unas horas de Trabajo Social. Sin embargo, hay personas de esas que se quedaron y llevan más de cinco años aquí en el barrio, trabajando con nosotros hombro a hombro, al lado de los pobladores del barrio. Y así ha pasado con Pentagrama. ¿Ya llevamos cuántos años trabajando? Y pues ha sido un trabajo muy rico que yo, por el cargo que tengo ahorita, no he podido acompañar tanto como lo hacía en un principio o como me gustaría hacerlo. Pero, bueno, el otro año será que me tendrán más ahí.

*Nidia Cardozo, presidenta de la Junta de Acción Comunal,
colaboradora de la Huerta Semillas de la Esperanza.*

Yo llego a la Huerta Semillas de la Esperanza un sábado, porque días antes conocí a Julián Díaz y él me había hecho la invitación de llegar a la huerta. Yo conocía el nombre de la huerta, mas no había ido al espacio como tal. Yo conocí la huerta porque yo estaba con Lina, una chica que trabajaba en el Jardín Botánico de Bogotá. Con ella hicimos un acercamiento y toda esa vaina. Yo le pedí tierra a Lina y Lina lo que me dijo fue: “Consigue el transporte y desde el JBB te regalamos la tierra”. Para esa ocasión yo hablé con Cristian Robayo, el edil, y le dije que necesitaba un carro para traer tierra para la huerta (en ese entonces íbamos a



otra huerta con los niños). Con Cristian se pudo gestionar una volqueta y se trajo una volquetada de tierra, la cual quedó una parte para la Escuela Ambiental, una parte para la Huerta de Inti Tekoa y otra parte para la Huerta Semillas de la Esperanza. Entonces, yo ya conocía el nombre, pero no conocía el espacio.

Yo conocí a Julián Díaz unos días antes en una actividad, no recuerdo bien cuál fue. Entonces nos presentaron y hubo una conexión. Ahí le conté que yo trabajaba mucho por los niños. Esperamos que pasara un evento en la huerta a la que asistíamos, y el sábado siguiente —siempre hemos trabajado con los niños los sábados en las horas de la mañana— yo llamé a Julián y le dije: “Prepárense que voy con una patrulla, voy con unos niños. Allá vamos”. Y llegamos a la Huerta Semillas de la Esperanza. Desde ahí hemos venido trabajando y gestionando. Han salido cosas muy lindas, han fluido unas cosas muy muy bellas con Pentagrama y obviamente con la huerta.

Se realizó un recorrido por el barrio, mirando las huertas urbanas y huertas caseras, donde el JBB se compromete a gestionar tierra, semillas y herramientas para el fortalecimiento de estas. La idea es seguir trabajando con ellos en talleres. Es importante mencionar a los adultos, a los abuelos, abuelas, papás y mamás de los niños que han ido a la huerta: a don Daza, a doña María del Carmen, a doña Tránsito, a todas esas personas que también llegan al espacio.

Marcela Sepúlveda, lideresa del proceso Huerta Semillas de la Esperanza.

¡El trabajo sigue! Huerta Semillas de la Esperanza es un espacio de participación en donde se ha activado una huerta comunitaria y donde se desarrollan diferentes actividades culturales, artísticas y ecológicas. Es un espacio que se concibe como un lugar de encuentro, donde convergen diversidad de generaciones, aprendizajes, pensamientos, historias y saberes que se han ido tejiendo mediante el trabajo comunitario, logrando mantener esa memoria ancestral de las personas y del lugar en el que habitamos. Es uno de los tantos espacios que podemos encontrar en el barrio donde las puertas siempre estarán abiertas para todas y todos.

Luego de recorrer Potosí una y otra vez, es gratificante notar que cada momento es diferente y enriquecedor para quienes caminan la montaña con el corazón en los pies. Uno de los lugares de unión, diálogo y pensarse en relación con



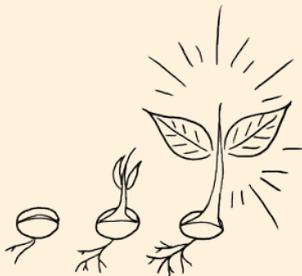
Participantes de colectivos de Potosí en actividades de encuentro e integración.

Los otros es la Huerta Semillas de la Esperanza. Y como su nombre lo dice, es la esperanza que nunca se ha perdido, ya que la esencia del barrio es luchar solidariamente. Eso es Huerta Semillas de la Esperanza. Ella no cierra las puertas, se ha convertido en ombligo del saber compartido que se materializa con las manos, sembrando; manos mayores y pequeñas, de diferentes etnias y géneros, que llevan el conocimiento propio a la espiral.

De allí que en la huerta se unen caminos de diferentes lados y pensamientos. Es como si fuese un llamado de la madre tierra para ordenar el territorio. Por ello convergen los coordinadores de cuadra del barrio que entregan su seguridad a todos; se encuentran varios compañeros y compañeras

de la colectividad, niños de Sembrando Vida, algunos de los integrantes del colectivo de Investigadores Populares de Potosí, parte del consejo comunal, estudiantes de Trabajo Social de Uniminuto, en algunos momentos tejemos con el Colectivo Mayaelo, y no falta Pentagrama, que con su compromiso se ha sabido ganar el afecto de los habitantes. Es por ello que la huerta es una familia consciente, desde la memoria, en la siembra, y sus resultados de liberación están en los hijos que ahora hacemos parte del mismo territorio, ya que la mayoría lleva en su sangre saberes campesinos y ancestrales que se han despertado desde la palabra y el compartir en la huerta.

*Gladys Márquez, fundadora Investigadores Populares,
líderesa del proceso Huerta Semillas de la Esperanza.*





Colectivo Pentagrama - Fundación Territorio Abago.

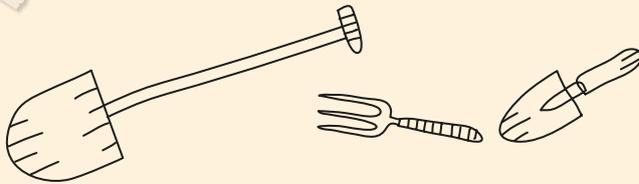




Foto de la celebración del día de los disfraces en Gestores de Paz Potosí. Los niños, niñas y jóvenes nos tomamos la calle para resignificar su uso, así estuvimos participando en las carreras de obstáculos mientras nos pintábamos la cara.



NO LE SAQUE LA PIEDRA A LA MONTAÑA

No le saque la piedra a la montaña



Dejar mi ropa verde por una
más oscura y sucia fue
mi forma de pedir ayuda



Por:

Darling
Molina
Ramírez
Milena
Montaña

POTOSÍ



Fotografía panorámica de la loma donde se encuentra el territorio de Potosí. Fotografía: Daniel Sarmiento, 2014.

Potosí es un barrio que he visto crecer y formarse por las manos de hombres y mujeres que llegaron de otros lugares del país. Estas personas habitaban otras montañas, algunas de ellas más altas o bajas, con muchos más árboles y frutos, lejanas como yo de los ruidos de la ciudad; esa ciudad que nos sacaba para darle paso a otras formas de vida en las que no cabemos.

En este lugar tan diverso, yo, una montaña más bien seca y sin árboles, tuve la posibilidad de seguir viva, albergando a un único árbol (que me sirve de vigilante, ya que alcanza a ver

el mundo desde más arriba que yo), a la alondra (que nos canta en las mañanas y que aun siendo tan pequeña logra hacerse escuchar) y al hayuelo (un arbusto más bien pequeño que se distingue por su verde —diferente del mío, un poco más alegre— y por sus flores rosas que cuando se secan se vuelven moradas y me regalan otras vidas y nueva compañía).

Desde esta altura —muy fría en las noches, pero más calurosa en el día— esperaba a las personas que venían a visitarme, sobre todo los fines de semana, quienes corrían y comían por todo mi cuerpo y de paso me alimentaban, no solo con comida o agua, sino también con la alegría de sus sonrisas contagiosas, su tranquilidad y la forma como me hacían sentir parte de todos ellos. Por eso me vestía a veces de verde fuerte y en otras de un amarillo lleno de flores, siempre agradeciéndoles tanto amor.



Caminata al Parque Ecológico Cerro Seco.

Fotografía: Edna Higuera, archivo Gestores de Paz de Potosí, 2016.

Pero todo esto cambió cuando hace veinte años personas ambiciosas y egoístas, de lugares lejanos, quisieron acabarme con máquinas y explosiones. Esto hizo que parte de mi cuerpo fuera cambiando, por lo que dejé de ser alta y perdí mi verdor en ciertas partes. Ahora incluso las personas podían ver mi interior desde partes más bajas, lo que hacía que todo mi cuerpo pareciera cansado. Cambiar mi ropa verde o amarilla por una más oscura y sucia fue mi forma de pedir ayuda a aquellos que me habían hecho parte de su vida y de sus costumbres.

Así me lo cuenta Gladys Márquez, una de las mujeres que vive en el barrio y que creció aquí, cerca de mí:

Quando estaba en el colegio, la profesora nos pidió que dibujáramos una montaña. Yo, que había vivido la primera parte de mi vida en un barrio de la ciudad donde existen



Huellas agresivas de retroexcavadoras.

Fotografía: Edna Higuera, archivo Gestores de Paz de Potosí, 2016.

casas y más casas, decidí dibujar la montaña que alcanzaba a ver desde la ventana del salón del colegio al que me matricularon poco tiempo después de haber llegado a vivir a Ciudad Bolívar.

De la montaña se veía, por encima, una pequeña parte de color gris o verde oscuro, pero de frente se veía un gran pedazo amarillo, como si algo gigante la hubiese mordido. En mi intento de hacer la montaña lo más parecida a lo que veía, le dibujé esa parte amarilla. Luego, como el color amarillo que tenía casi no se notaba, le apliqué encima un color café. Al presentar el dibujo terminado a mi profesora, ella me dijo: “Las montañas son verdes, no son de color café”. En ese momento lo que hice fue mirar el dibujo, mirar la montaña y ver la cara algo enojada de la profesora, sin comprender claramente qué pasaba. En ese momento pensé que la profesora tenía la razón, pero no dejé de pensar y preguntarme qué le había pasado a la montaña color café.

Así, mis colores fueron cambiando: de verde y amarillo florecido a café y gris de destrucción. Me sentía rota y dañada. La minería no trajo solo eso, también llegaron otras personas a las que no les interesaba cuidarme sino encerrarme. Estos individuos impedían el paso de mis amigos del barrio diciendo ser mis dueños y nombrándome como propiedad privada, atacando y queriendo acabar con las costumbres de las personas que siempre habían subido a llenarme de vida.

Sin embargo, empecé a sentir que me escuchaban en el año 2013 cuando veía a un grupo de jóvenes y adultos del colegio azul (el



Huellas agresivas de retroexcavadoras (2).

Fotografía: Edna Higuera, archivo Gestores de Paz de Potosí, 2016.

Instituto Cerros del Sur) que venían a verme y observaban cuidadosamente mi cuerpo, intentando identificar cada uno de mis cambios. Luego se iban a otro lugar a hablar, jugar y proponer. Y yo, que soy grande, ojona y orejona, lograba escuchar a algunos profesores del colegio y a otro grupo de personas adultas que se nombraban a sí mismas como el Colectivo Soberanía y Naturaleza. Ellos hablaban con los estudiantes sobre mis derechos —algo de lo que yo no entendía mucho— y también sobre los derechos de esos niños, niñas y jóvenes que los escuchaban. Empecé a entender de lo que hablaban cuando en sus reflexiones hacían la aclaración de que esos derechos de ellos no eran diferentes a los míos, más bien éramos uno solo: es una relación en la que nos necesitamos mutuamente para seguir existiendo.

También escuchaba cómo empezaron a reconocer y nombrar muchas de las cosas que viven en mí, y a contarle a cada vez más gente que soy una montaña muy especial y única porque la vida

que hay en mí es muy particular —mis plantas, animales y cuerpos de agua— y que los vientos que vienen de otras montañas me abrazan y continúan viajando hacia el páramo, haciendo de mí un hogar único para la naturaleza. Seguían convenciéndose de la necesidad de cuidarme y defenderme, no solo por mi bien o el de Potosí, sino también por el de Ciudad Bolívar y toda la ciudad. Yo me sentía escuchada y amada.

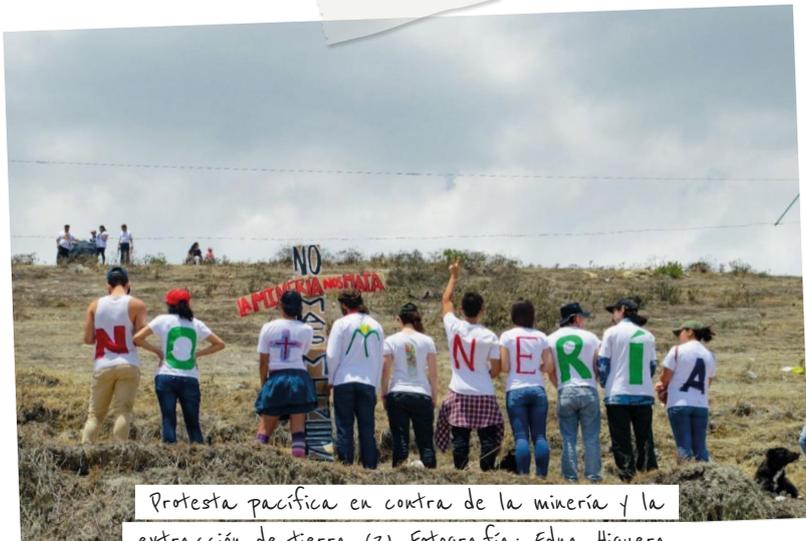
De esta forma, en el año 2014 volvió a mí la esperanza. Ya no eran solo ellos quienes se preocupaban por mí, ya que al ICES se unieron otros grupos como la organización artística Mayaelo, el colectivo ambiental y de educación popular Al Timón, el colectivo de derecho ambiental Soberanía y Naturaleza y el colectivo de Investigadores Populares de Potosí, quienes también me recorrían y pensaban en mí. Todos ellos y ellas se empezaron a reunir más seguido después de que, en enero de ese año, los estudiantes y profesores del colegio decidieron encontrarse para jugar, cantar y gritar en mi defensa en una de las entradas que se habían puesto para interrumpir el camino de quienes me visitaban.

Los dueños de las máquinas hicieron oídos sordos y decidieron encerrarme por completo. Yo sentía rabia y tristeza. Sin embargo, eso no detuvo a mis amigos. En mi honor, este grupo de mujeres y hombres se encontraron ahora bajo un solo nombre, No le saque la piedra a la montaña, una mesa ambiental en la que piensan, hablan y hacen planes para nuestro barrio y la localidad de Ciudad Bolívar. En la mesa creen que desde la educación ambiental y cultural las personas pueden transformar su entorno y por eso trabajan por que los espacios del barrio sean construidos desde la resistencia. Y como ellos me han ayudado

a resistir, tienen la gran apuesta de que en mí se consolide el Parque Ecológico Cerro Seco.

La idea de convertirme en un parque tiene como fin que la comunidad pueda seguir disfrutándome y visitándome; que seamos uno solo y sin cercas. En definitiva, que podamos seguir existiendo. También que la minería nunca más vuelva a afectarme, ni ninguna otra intención o acción de esas personas que ser mis dueñas y que quieren encerrarme y dañarme. Y, además, aportar a que mis amigos y amigas del barrio y de la ciudad vivan mejor.

Para las personas del barrio, el único árbol (grande y alto) que vive en mí es muy importante. Siempre lo han amado mucho. Cuando lo visitan en abril, clavan una cruz a su lado y dejan en



Protesta pacífica en contra de la minería y la extracción de tierra (2). Fotografía: Edna Higuera, archivo Gestores de Paz de Potosí, 2017.

él oraciones, deseos y sueños. En agosto vuelan cometas y hacen chocolate a su alrededor. Ellas saben que él es muy viejo y que conoce muchas historias de cómo todas las otras montañas se fueron llenando de casas y de las resistencias que se construyeron y se siguen construyendo en ellas. Por eso lo respetan, lo quieren y lo cuidan. Y para que sigamos fuertes y juntos, quieren que juntos seamos el Parque Ecológico Cerro Seco.

El 31 de octubre del 2014, después de haberse constituido como mesa ambiental, el colectivo No le saque la piedra a la montaña hace la primera comparsa por la defensa del territorio en un momento en que las prohibiciones para visitarme aumentaban. Buscaban convocar a los niños, niñas y familias del barrio para sensibilizarlos e informarles acerca de la problemática alrededor de las canteras y huecos que me habían abierto. Lograron llegarles de manera creativa a las personas que participaban en la celebración del Día de la Niñez, haciendo que las familias pensarán en la necesidad de defenderme a mí y al árbol que en ese entonces llamaban Palo del Ahorcado. Desde que se realizó esta actividad se les veía con más ganas por recuperarme como uno de los espacios centrales de la vida cotidiana de la comunidad.

A partir de ese momento, las fechas especiales para nuestras comunidades se convirtieron en excusas para acercar a sus realidades la importancia de la defensa tanto del territorio como del medioambiente y de toda la vida que me habita. El Día de la Niñez, al igual que el viacrucis en Semana Santa, contaron con actividades donde los jóvenes se integraron con la comunidad para dar a entender sus creencias y poner en discusión lo urgente que son para sus vidas los espacios ambientales construidos desde



el aporte de todas y todos. Estas acciones estuvieron motivadas por todas las experiencias y sonrisas que han vivido conmigo y que me han constituido como un territorio significativo.

En cada actividad que realizaban se incorporaban espacios artísticos y procesos de formación ambiental y nuevos integrantes se unían a la mesa. Esto llevó a que las diferencias con la minería fueran cada vez mayores: prohibían cada vez más que me visitaran e impedían que vinieran a volar cometas, a hacer chokolatadas y a disfrutar del tiempo libre en familia.

Todos los desacuerdos que se generaron con las empresas mineras por las actividades extractivas que realizaban llevaron a que en el año 2015 se realizara el Campamento por la Defensa del Territorio y la Vida. En este se buscaba evidenciar la indignación de la comunidad por la muerte de doña Gineth Herrera, atropellada en el sector de La Glorieta por una volqueta que bajaba material de las minas. Este campamento permitió hacer más públicas todas las denuncias que la población venía haciendo sobre el peligro que representaba para la vida diaria la explotación descontrolada que hacían de mí para sacar materiales de construcción.

De esta manera cuentan ese hecho los integrantes del Colectivo de Investigadores Populares de Potosí: “Una volqueta que trabajaba para la zona minera en la cantera La Esmeralda —ubicada cerca y casi sobre el barrio— causa la muerte de una habitante del sector, motivo por el cual sus habitantes se movilizan en defensa del territorio y la vida”.

Uno de los habitantes indignados por el fallecimiento de la señora Gineth expresó: “Ya se había dicho que algo podía pasar. Las volquetas bajan sin tener cuidado, llevan mucho peso y además no tienen por qué cruzar por acá, esto es una zona donde la gente vive pasando a cada rato”.

En el campamento que hicieron por mi defensa, los jóvenes nunca estuvieron solos. Este se llevó a cabo por la voluntad de la comunidad, lo que permitió que se tejieran relaciones entre vecinos y vecinas que, aunque vivían muy cerca, no se conocían. Además, los acercó a los diferentes procesos organizativos que hacían parte del espacio, como la Mesa Ambiental, la Casa Cultural, entre otros, lo que además de fortalecerlos también los orientó. Esto permitió generar presencia en los medios de comunicación tanto masivos como alternativos y la llegada de nuevas organizaciones al proceso de No le saque la piedra a la montaña, particularmente Gestores de Paz y Libertaria. También se articularon con las Juntas de Acción Comunal de otros barrios que también me rodean, como La Glorieta, Súper Lote Diez y Potosí.

Del campamento quedaron muchas victorias, como el sellamiento de las canteras y el cierre del paso de volquetas que desde hace años venían saqueándome y haciéndome daño. Esto me alegró mucho porque, además, abrió la posibilidad para que la comunidad pudiera recorrerme con mucha más tranquilidad, pero sobre todo demostró que era posible defenderme y que las personas que viven en el barrio podían juntarse a partir de intereses comunes para alcanzar metas en las que se priorizaran la vida, la alegría y la comunidad.



Ese año 2015, en el mes de diciembre, lanzaron el documental *Árbol de Vida*, que realizaron de manera articulada con el Colectivo Audiovisual Caja de Espejos, junto con la estrategia Armemos Parche. Este documental expuso a la ciudad la problemática ambiental en el territorio, así como un poco del proceso de memoria histórica construido con la gente alrededor del Palo del Ahorcado.

En el documental se destacan los procesos de resistencia, organizativos, culturales y comunitarios que han construido la memoria histórica del árbol emblema de la localidad, que además me ha hecho compañía durante muchísimos años. En él también mostraron mucho de mí y de lo importante que ha sido para ellas defenderme. Su proyección se ha convertido en una forma de divulgación en toda la ciudad, pues los circuitos de exhibiciones en universidades, colegios, centros culturales, espacios académicos y festivales de documentales en Bogotá y otras ciudades permitieron presentar su propuesta de defensa del territorio. Cabe anotar que el documental se ha convertido en una estrategia que busca la patrimonialización del Palo del Ahorcado como otra forma de defensa del territorio que se basa en reconocer la historia como una proyección hacia el futuro y en que en todos los lugares nos reconozcan, cuiden y defiendan, como lo hace la Mesa Ambiental.

En el año 2017, luego de una asamblea en la que estuvieron compartiendo conmigo, visitándome y alimentándome con sonrisas y vida, iniciaron con una consigna que recogía todo lo hecho desde antes: **“Parque Ecológico Cerro Seco: ilo queremos!, ilo necesitamos!”**. Desde ese momento, todo el trabajo de la mesa

estuvo orientando hacia la propuesta de convertirme en parque. Comenzaron a pensar que la investigación podía llegar a ser un espacio clave para la construcción de futuros posibles desde la planeación participativa.

Lo primero que hicieron en su búsqueda por consolidarme como Parque Ecológico Cerro Seco fue avanzar con una campaña comunicativa, la cual consistió en que cada una de las colectividades de la Mesa Ambiental No le saque la piedra a la montaña hicieran divulgación en sus actividades posicionando el nombre y el espacio como Parque Ecológico. Así, cada vez que me visitan, recuerdan, investigan o construyen ideas alrededor de mí, lo cuentan y publican en muchos lugares haciendo uso de la consigna mencionada anteriormente. Esto en articulación con procesos locales de participación y planeación entre nosotros y las personas que hacen política en la ciudad. Luchamos por mi protección y reconocimiento, porque yo, Cerro Seco, soy una muestra especial de resistencia que permite demostrar que la extracción de los recursos naturales en el sur de la ciudad de Bogotá va en contravía de la vida digna y de la construcción de una ciudad equitativa, no solo para las personas, sino para las aves, animales, plantas y montañas.

Ese sueño por defenderme es también un proceso de construcción de mundos posibles que ha hecho realidad espacios de formación con niños, niñas y jóvenes en los barrios. Los y las integrantes de la mesa —a través del cine, el fútbol, los festivales, las huertas, la recuperación de espacios para la reproducción de la vida y la naturaleza, y en espacios de arti-



Protesta pacífica en contra de la minería y la extracción de tierra (2). Fotografía: Edna Higuera, archivo Gestores de Paz de Potosí, 2017.

culación con movilizaciones ciudadanas más grandes como la del primero de mayo o el Paro desde el Sur que se realizó a finales de 2017— han hecho de la resistencia una constante en su cotidianidad y en la mía.

Edna Higuera es una mujer fuerte y soñadora que ama caminar y tomarme fotos. La resistencia ha atravesado muchos aspectos de su vida. Así nos lo cuenta:

La mesa construye resistencias desde lo más individual de cada una de nosotras al abrirnos los ojos y no permitirnos que en nuestra vida diaria pasen cosas. Si bien hay un sistema y hay un montón de cosas que nos están diciendo: “El mundo debe funcionar así”, nosotras, desde nuestras casas, estamos haciendo una ruptura con eso. Y el hecho de creer

que lo podemos cambiar ya es un avance. Una de las cosas que ha hecho la mesa es que nos formemos y que digamos: “No. Así no debe ser el mundo”.

En estos espacios, contruidos alrededor de mi defensa y del sueño de ser oficialmente reconocida como Parque Ecológico Cerro Seco, esa idea y ese amor son lo que ha logrado materializar la resistencia cotidiana. Cada sábado mi falda es un punto de encuentro en Potosí: mi gente camina con sillas, un pendón y un *video beam* para, en compañía de los niños y las niñas, dar vida a la Cine Montaña —que tiene como sede la esquina de La Glorietta, el mismo sector donde murió doña Gineth y que es además una de mis entradas—.



Fotografía: Edna Higuera, 2018. Evento de la Cine Montaña, archivo particular Gestores de Paz de Potosí.

Cine Montaña fue el nombre que entre todos y todas le dieron al cineclub que fueron construyendo integrantes de la mesa. Al reconocer el potencial pedagógico que tiene el cine, fueron pensando y creando actividades, juegos y diálogos alrededor de películas infantiles que generen aprendizajes ecológicos y propuestas alrededor del territorio, de su cuidado y su defensa. Así se lo he escuchado decir a Milena Montaña, una joven exalumna del ICES con ojos grandes en los que brilla y se nota su amor por mí y su compromiso por defenderme:

Creo que una de las formas como la mesa ha intentado construir resistencias desde lo cotidiano ha sido en la manera de incidir en las cosas tan normalizadas. Como el ejercicio de Cine Montaña, donde la película dejó de ser un elemento distractor y pasó a ser una forma de entender una problemática que viven los niños y niñas en sus casa, pero que también hizo que la gente que vive alrededor fuera solidaria y se preocupara por el espacio. Y eso se veía cuando evitaban hacer bulla cerca al lugar de la película o cuando los vecinos se acercaban con dulces, pan o gaseosa para compartir, o en el hecho de salir en la noche de las casas a ver la película y después entre ellos hablar sobre las reflexiones que quedaban. Son cosas que hacen que la gente —y sobre todo los niños y las niñas— sea diferente, porque alrededor de algo tan normal como ver una película se construyeron nuevas relaciones y se piensa en colectivo.

Se logran ver también las resistencias y sentir cerca y reales las transformaciones: en abril con el viacrucis, en octubre con la comparsa, en diciembre con el Festival por la Montaña.

También en cada espacio o taller de los demás parches del barrio que la mesa acompaña y en las jornadas en las que me recorren. En estos, se encuentran en mi laguna o cerca del famoso árbol, donde conocen y aprenden mientras me disfrutan, me cuidan y me aman más y más. Y en los diálogos con los niños, niñas, jóvenes y vecinos, en los que reconocen la importancia de todos los seres y la vida que me compone y acompaña.

Gracias a esto, más personas se suman y me nombran como parque, reconociendo mi importancia. Por ello continuarán movilizándose y defendiéndome, como lo cree Luisa Umaña, una mujer alta, morena, de cabello crespo en donde se enreda a diario la esperanza:

Creo yo que este escenario de la defensa de Cerro Seco no solamente se constituye como un escenario de defender para que no se profundicen esas condiciones de precariedad, sino que creo que además su defensa puede constituir —si no una restauración— una alternativa para contrarrestar esas condiciones precarias. Y creo que a largo plazo uno puede pensar este como un escenario también para garantías en cuanto a soberanías alimentarias, en cuanto a justicia hídrica, un poco pensando en lo que es Cerro Seco y en el marco de lo que es la Media Luna Sur. Y también en cuanto a constituir de pronto una alternativa para tal vez el restablecimiento del derecho. Y, finalmente, también creo que la defensa de Cerro Seco constituye una disputa muy importante en términos de entender este derecho al medio ambiente sano como una transversalidad frente a los otros derechos y como una necesidad de pensarse el modelo de ciudad.

Como lo venía diciendo, hay muchas personas que creen en mi importancia y la reconocen, que buscan llenarme de vida de nuevo y que con su esfuerzo, sus ideas y su trabajo tratan de volver a tejer cada una de esas partes que me han quitado, porque yo soy una garantía de derechos. Así lo cree Mayerly Garzón, una mujer pelirroja, de ojos color dignidad y pasos llenos de solidaridad:

Es muy importante la garantía y esa defensa, que no es algo estático sino que ha sido un proceso de creación y un proceso de transformación. Ha sido un proceso de pelea institucional, de pelea social, de cambio de valores, lo que nosotras y nosotros creemos como un cambio importante y necesario. Y ese cambio de valores nos ha permitido ver que, en efecto, el derecho ambiental hace parte del derecho a la vida y ese derecho a la vida es el derecho a que ese ecosistema permanezca, a que ese ecosistema —con cada una de sus pequeñas vidas— pueda permanecer en el territorio. Así pues, esa defensa también ha venido construyéndose como una propuesta cultural, como una propuesta educativa, como una propuesta ambiental. (...) Se le ha imprimido un escenario de la defensa de los derechos humanos, de los derechos a la dignidad de habitar un territorio y de los derechos a tener un espacio público que tenga ese carácter también ambiental.

Ahora, pues, creo que en ese sentido el avance de la defensa de Cerro Seco ha calado mucho más allá de la montaña. Ha calado en las comunidades, ha calado en los barrios, ha calado en la gente. Ha calado en tener una visión distinta de la montaña y de su importancia. Entonces, esa defensa de Cerro Seco en efecto

representa esa garantía de los derechos, pero en esencia representa también esa transformación que debe dar la ciudad.

Por esto tanto ellas como yo, el árbol, mi laguna, los huyelos y las alondras creemos que el proceso de la mesa no acaba todavía. Mi declaratoria como Parque Ecológico Cerro Seco es un sueño vigente. No estamos dispuestos a aceptar imposiciones sobre nuestras formas de vivir. Pensamos y planeamos el espacio desde abajo y desde arriba, aquí con el frío y los vientos secos. No le saque la piedra a la montaña sigue siendo un proceso de construcción de resistencias, de formas diversas, justas y dignas de vivir la ciudad de Bogotá.

Gracias a este tipo de trabajos como el de la mesa y todos los demás procesos que buscan declararme parque ecológico es que resulta más fácil para mí recobrar la esperanza y seguir soñando con y por ellas y ellos. Ya también reconozco mi importancia y me sueño vestida de nuevo de verde —un verde fuerte, lleno de dignidad— y de flores de colores que representen a cada una de esas personas que han luchado por mí. Cada día es más fácil y cercano pensarme como parque, como una apuesta diferente de ciudad a la altura y al alcance de los sueños de todos y todas las que la vivimos, porque la soledad no será una opción para mí si siguen caminándome y gritando tan fuerte como lo vienen haciendo.



Laminata ecológica por el Parque Ecológico Cerro Seco.
Fotografía: Edna Higuera, archivo Gestores de Paz de Potosí, 2019.



NO LE SAQUE LA PIEDRA A LA MONTAÑA

Catálogo

de intervenciones artísticas de las niñas, niños y jóvenes participantes en la iniciativa del barrio Potosí





Fotografía de archivo del Colectivo Pentagrama, Ciudad Bolívar. Agricultura Urbana, 2019. Los niños y las niñas expresan la importancia de aprender de nuestros mayores. Nuestra primera cosecha.⁶

6 Las fotografías del presente catálogo, provienen en su mayoría de archivos familiares y comunitarios, facilitados por los participantes. Por su parte, las intervenciones y composiciones fotográficas fueron realizadas por niñas, niños y jóvenes integrantes de los diversos colectivos vinculados también a la iniciativa de memoria histórica. En algunos casos las creaciones fueron nombradas o interpretadas por sus participantes, y en otras no.

En el Instituto Cerros del Sur el arte y la cultura han sido un pilar muy importante. Foto antigua del colegio, cuando estaba hecho todavía de casetas prefabricadas.







Fotografía de la celebración del día de los disfraces de Gestores de Paz de Potosí. Los niños, niñas y jóvenes nos tomamos la calle para resignificar su uso. Así estuvimos participando en las carreras de obstáculos mientras nos pintábamos la cara





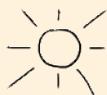
Primera excavación para la construcción
de la Casa Cultural Potosí,
en donde la participación de las
niñas y los niños fue constante.







Grupo de danza de la Casa Cultural Airu Bain en el marco de la Octava Versión del Festival La Cloaka, año 2016. Universidad Pedagógica Nacional. De fondo a la presentación, una pancarta que rescata la memoria del compañero Carlos Alberto Pedraza Salcedo.



Proceso de construcción de la
Potocine, sala de cine comunitario





Proceso de construcción
de la Potocine,
sala de cine comunitario





Proceso de construcción de la
Potocine, sala de cine comunitario





Proceso de construcción de la
Potocine, sala de cine comunitario





Fotografía tomada por Edna Higuera. No le Saque la piedra a la montaña acompaña desde hace cuatro años el viacrucis de Ciudad Bolívar, escenario que congrega a la comunidad de la localidad y que recorre el territorio. La foto intervenida por los niños y niñas del barrio refleja los sueños, colores y esperanza que significa el árbol.

Fotografía de archivo del ICES. La música andina y los vientos de nuestra montaña han sido también protagonistas del ICES. El proyecto escuela-comunidad fue el primer escenario en el que se construyeron procesos artísticos en el territorio. Este acto cultural ocurrió en el año 2012, en memoria de Evaristo Bernate Castellanos.





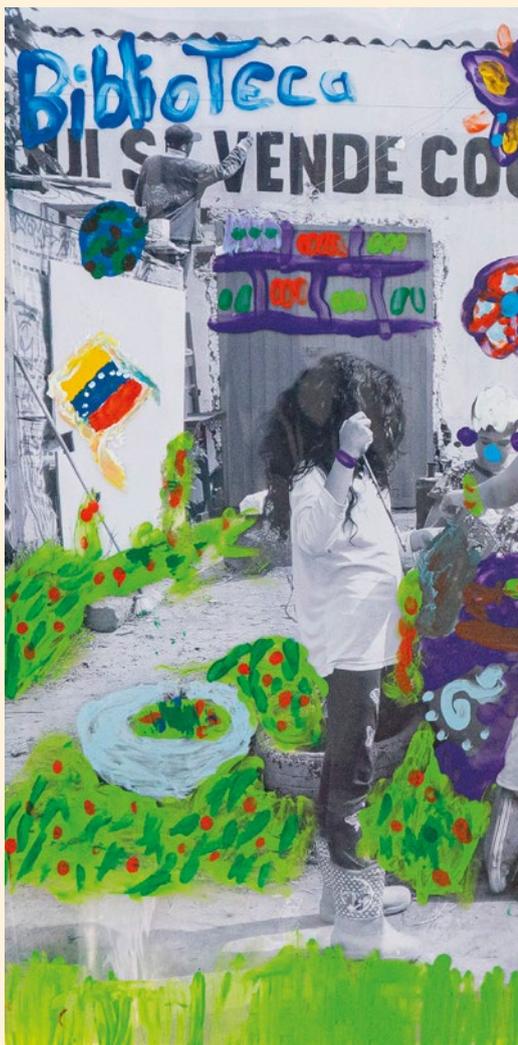
Intervenciones artísticas en fotos
de archivo, para representar la
alegría que transmite la música.



Fotografía de los niños, niñas y mentores de los Grupos de Multiplicación de Gestores de Paz durante un taller de Fotovoz en el ICES, uno de nuestros referentes de educación popular, siempre abierto para la comunidad. Es una casa azul donde, como dice la foto, compartimos juntos.



CATÁLOGO DE LAS INTERVENCIONES ARTÍSTICAS DE LAS NIÑAS, NIÑOS
Y JÓVENES PARTICIPANTES EN LA INICIATIVA DEL BARRIO POTOSÍ



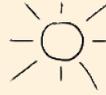
Esta fotografía capturó uno de los momentos de una minga que realizaron en conjunto varios de los procesos que disfrutaban de los espacios de la Casa Cultural, en febrero de 2020. Al fondo aparece El Cocinol, uno de nuestros ancestros más antiguos, al igual que el Árbol de Vida. El Cocinol: espacio que nos inspira a la escritura de esta cartilla, lugar de memoria histórica, fuego de nuestras luchas.





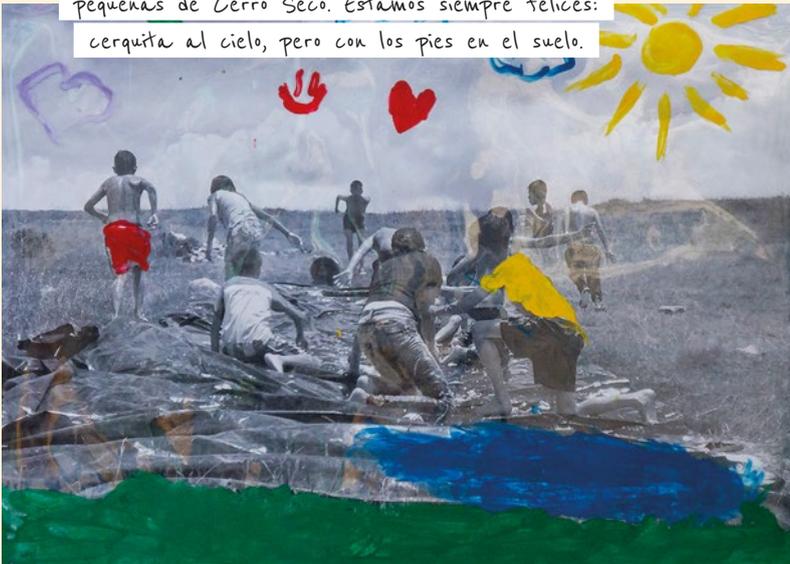


Fotografía tomada por Gestores de Paz en el año 2019, durante la minga convocada por Asodenta con el ánimo de reavivar los espacios para los niños y las niñas del sector y generar lazos entre las organizaciones.



Esta fotografía registra uno de los paseos a Cerro Seco.

Todos los niños y las niñas deslizándonos por pistas de agua que se recuestan sobre las colinas más pequeñas de Cerro Seco. Estamos siempre felices: cerquita al cielo, pero con los pies en el suelo.



Setia • • • 44

Es la primera vez que vengo a la cancha pero es muy divertido porque vivo consigo tantos amigos.

El territorio es la memoria así que la vivimos



Porque los mayores nos cuentan lo que vivieron hace años atrás.

Queremos nuestro parque es de todos.



La Bombonera, campeonatos relámpago, 2013. Porque los mayores nos cuentan lo que vivieron años atrás. El territorio tiene memoria.



La Bombonera, un lote que fue donado para ser un espacio comunitario. Es un lugar para compartir momentos felices y en familia.



Quedan los recuerdos plasmados en las fotos y historias contadas.

Las canchas son un espacio comunitario y

Que mas fundaciones o ONGs apoyen este proyecto

Abierto de todo el espacio



POGONICOS

La Bombonera, campeonatos relámpago, 2013. Porque los mayores nos cuentan lo que vivieron años atrás. El territorio tiene memoria.

Es un lugar para compartir momentos felices y en familia. Dios les bendiga.



Fotografía del archivo del ICES. Intervención por los niños y niñas: danzas y colores. En el Instituto Cerros del Sur la comunidad se encuentra para pensar en su territorio y disfrutar de los procesos artísticos que la escuela construye con sus jóvenes estudiantes.



Uno de nuestros lugares favoritos para entrenar: la Escuela Popular de Microfútbol Gestores de Paz, subiendo a Cerro Seco. Defendemos y cuidamos el territorio y la montaña desde el fútbol popular y el encuentro.



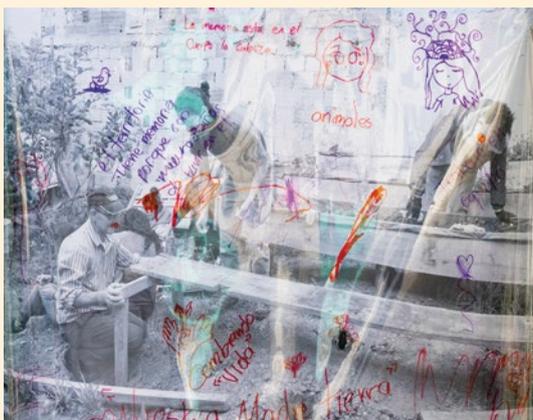
Fotografía tomada por Edna Higuera. Esta foto fue capturada en la primera ocasión que la Mesa Ambiental No le saque la piedra a la montaña participó del viacrucis de la localidad, en el que nos interesaba visibilizar el conflicto minero que atravesaba el territorio y que ponía en peligro la vida de nuestro árbol emblemático.



Fotografía tomada por Darling Molina. Se pinta sonrisas en nuestro primer entrenamiento del año 2020. No estamos todos: pintamos a Darién, que dejó de acompañarnos físicamente pero siempre está en nuestros corazones. En cada partido, gol o trofeo, él nos acompaña.



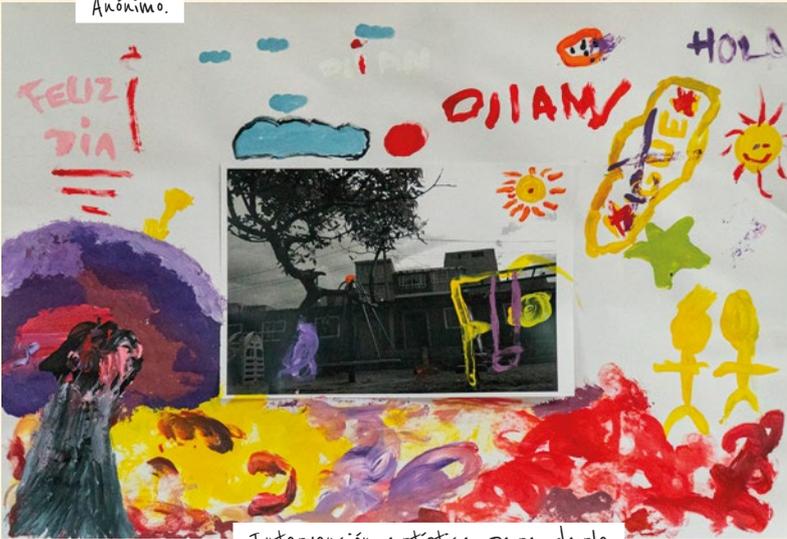
Fotografía de archivo del Colectivo Pentagrama, Ciudad Bolívar. Navida 2019. Los niños y las niñas expresaron su agradecimiento por la actividad.



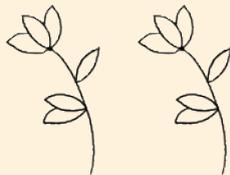
Fotografía de archivo del Colectivo Pentagrama, Ciudad Bolívar. Construcción de camas de siembra, 2019. Sembrando vida.

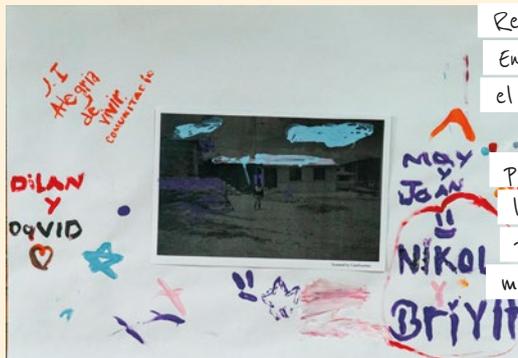


Anónimo.



Intervención artística para darle mayor vida y alegría al parque.





Registro fotográfico de Asodenta. En esta foto se puede apreciar el espacio del Jardín La Alegría de Vivir en sus inicios. Allí podemos ver los primeros baños, la antigua cocina y la casa prefabricada donada por los maestros Rita y Carlos Moreno.

Fotografía tomada por Edna Higuera.

Los hañuelos se han convertido en uno de los emblemas del ecosistema subxerofítico y más aún del Parque Ecológico Cerro Seco, por lo que retratarlos en esta fotografía era la posibilidad de demostrar la importancia ambiental del territorio.



Anónimo.



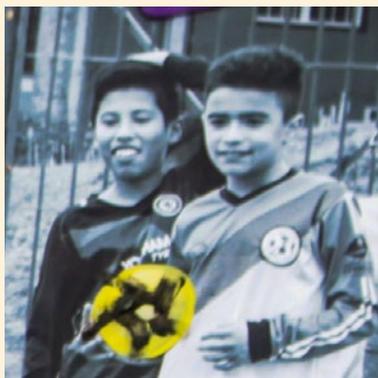
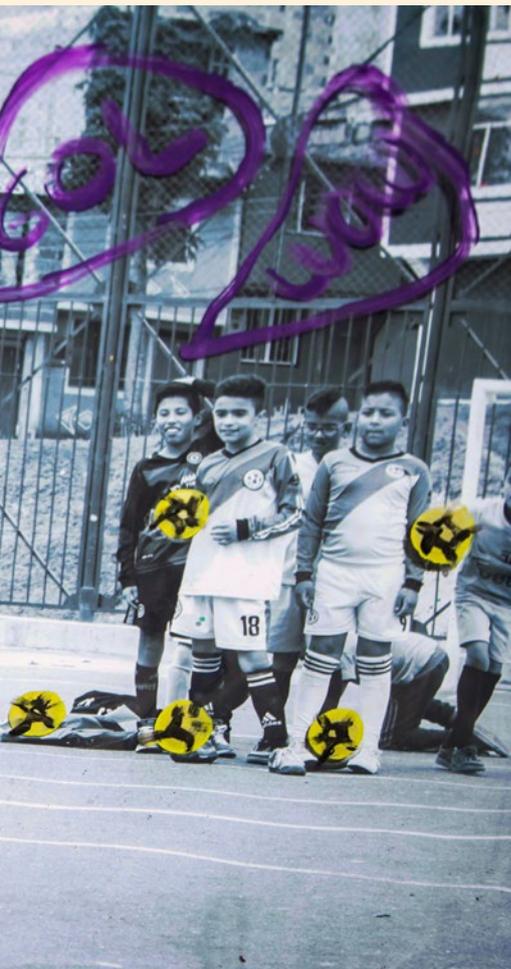
Intervención de los niños y las niñas tras escuchar la historia del ICES y todo lo que el colegio aportó a la construcción del barrio.

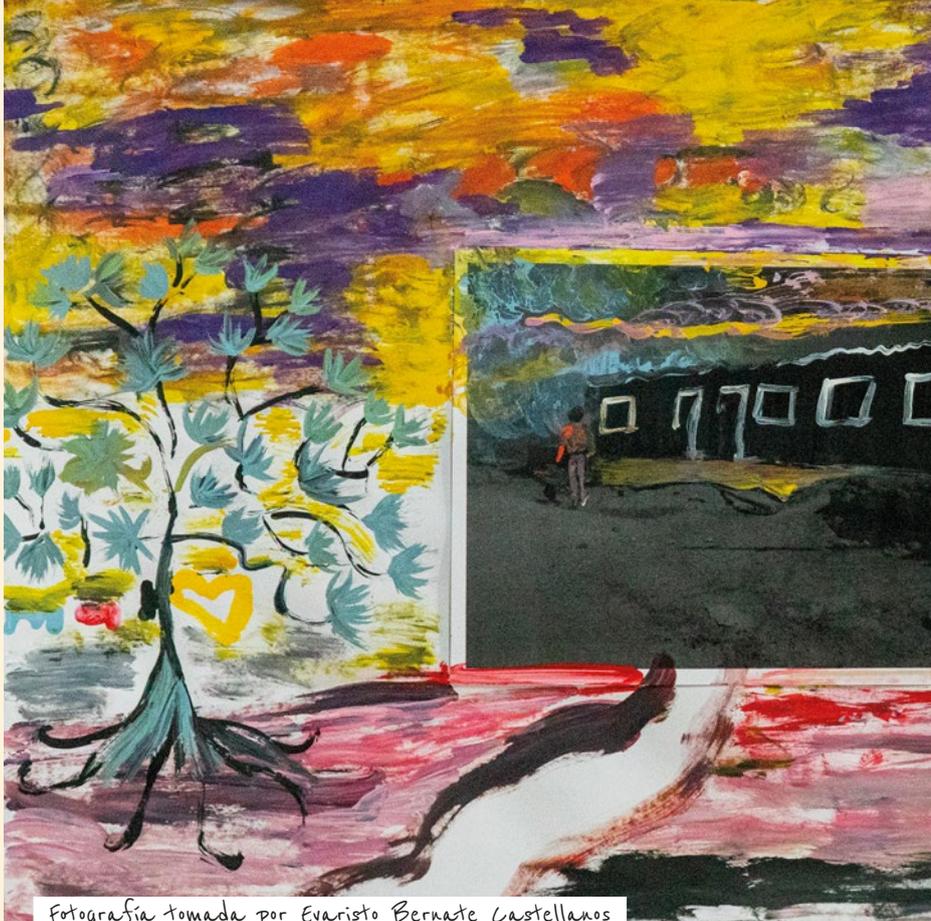
Inspiración y huellitas de colores: así comprendemos y construimos nuestra memoria territorial.



Fotografía tomada por Darling Molina. Entrenamiento de nuestra Escuela Popular de Microfútbol Gestores de Paz, categoría nueve a once años. Saray sorprende a su equipo. En el fútbol popular todos los goles son iguales. Las niñas y los niños tenemos los mismos lugares, nos alentamos y reconocemos como iguales.







Fotografía tomada por Evaristo Bernate Castellanos en el año 1988, durante la construcción de los primeros salones del Jardín La Alegría de Vivir (Asodentfa).





Registro fotográfico Casa Cultural Potosí. Minga
de trabajo en la huerta de la Casa Cultural Potosí.
Daniel Piracón y Pedro Arias apoyando la jornada



Anónimo.



Intervención artística en el parque de La Bombonera, donde se responde a la importancia de rescatar las pocas zonas verdes que le dejaron al barrio.

LA GRAN MONEDA

Retos y conclusiones

RETOS Y CONCLUSIONES

TANA POTOSÍ



Los colectivos del territorio de Potosí hoy se unen en torno a un solo sueño: construir el museo de la memoria histórica de Potosí, Ciudad Bolívar. Este proceso de sistematización fue fundamental para empezar un diálogo en torno a la importancia de la memoria histórica, conocer las luchas que ha tenido el territorio y tener un primer acercamiento conceptual a la construcción del museo.

El ejercicio de construir relatos a partir del quehacer de cada colectivo les permitió ser más conscientes de una reflexión histórica, y es que los procesos sociales nacieron como una resistencia al abandono estatal y a las afectaciones del conflicto armado.

La comunidad de Potosí fue permeada por el evento del Paz en Paz, los recorridos que hicieron las niñas y los niños con los líderes de los procesos y las conversaciones intergeneracionales que surgieron en medio del paseo en los lugares de memoria del barrio, este espacio permitió la participación de personas

VES



que no estaban vinculadas a los colectivos. Hoy nos preguntan por esta publicación para tenerla en sus casas.

Parte de los retos y apuestas de este libro es que sea una herramienta pedagógica para dar a conocer la historia del territorio, la conformación de colectivos sociales, guías metodológicas para el trabajo con NNJ (niñas, niños y jóvenes) y que el evento Paz en Paz, sea un referente de acción de memoria en la localidad de Ciudad Bolívar.

Esta publicación se aprecia de relevancia temática para la ciudad de Bogotá, dado que por su extensión se desconoce en buena parte la historia de conformaciones de barrios y de movimientos sociales en torno al espacio público, y frente a lo cual este libro pone sobre la mesa una serie de referentes y reflexiones históricas sobre la confirmación de ciudad y de derechos emergentes.

La fotografía de archivo fue intervenida y resignificada por las niñas y los niños del territorio de Potosí, cuyas imágenes cobran vida y permiten reflexionar sobre la historia pasada y los sueños para la historia que se desea construir.





CAJETA



CONCLUSIONES



REYOS

LA GRAN MON

Breves anotaciones sobre
la dinámica social
y el conflicto armado
en Ciudad Bolívar

Por:

Henry Douglas
Córdoba
Villanueva
Claudia Elena
Restrepo Uribe
Equipo de
acompañamiento
EIMH-CNMH

POTOSÍ

Como parte del acompañamiento y el desarrollo logrado con esta iniciativa de memoria, el equipo de IMH del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) elaboró este documento que se incluye en forma de anexo. Su objeto es contribuir a la mejor comprensión de las dinámicas del contexto de conflicto armado y de violencia sociopolítica que han tenido impacto en Potosí, localidad de Ciudad Bolívar, Bogotá D. C.

La historia de la localidad de Ciudad Bolívar está unida a la memoria histórica del conflicto armado en Colombia. Por un lado, desde sus orígenes ha sido uno de los lugares del país con mayor recepción de población víctima de desplazamiento forzado. Por otra parte, la presencia de expresiones directas de conflicto bélico y violencia sociopolítica en este territorio ha implicado diversas afectaciones a su población. Estos fenómenos se han presentado de manera continua hasta la actualidad.

La población vulnerable y desplazada que progresivamente ocupó esta zona protagonizó una lucha por su derechos de acceso a la tierra, a una vivienda digna, a redes de infraestructura y de servicios públicos y a la ciudad. De manera paralela, esta población desarrolló una lucha social por conseguir unas mí-

nimas condiciones de bienestar en el entorno marginal de este asentamiento conseguido, como el acceso a posibilidades laborales, comerciales o productivas, aunque fueran precarias.

Pronto en su territorio hicieron presencia formas de arbitrariedad estatal y distintos actores armados e ilegales: redes clientelistas y de funcionarios corruptos que buscaban instrumentalizarlos y esquilmarlos⁷, guerrillas que proclamaban el alzamiento armado contra el Estado, paramilitares asociados a economías ilegales, formas de violencia extrema utilizadas por la contrainsurgencia instrumentalizada del Estado y bandas de delincuencia organizada, relacionada o que alimentaba factores de conflicto armado y social.

Estas circunstancias se han relacionado con muchos hechos victimizantes contra los pobladores como coerción violenta, inseguridad, atentados, amenazas, asesinatos, reclutamiento infantil y manifestaciones de exterminio social. No obstante, estas situaciones no han logrado impedir que en esta localidad pervivan y cobren vigor expresiones de organización social y de actuación comunitaria, así como movimientos de resistencia y protesta ante gobiernos y entes del Estado en demanda de derechos y en lucha por la paz, el medioambiente y el bienestar social de la población.

Desde los años cincuenta, décadas antes de la creación formal de la localidad, con la parcelación de lo que entonces eran



terrenos que constituían haciendas aledañas a la ciudad, se conforman los primeros barrios con personas desplazadas forzadamente por la violencia bipartidista, quienes provenían de departamentos como Cundinamarca, Boyacá, Tolima y Huila. Esta primera oleada de migrantes cambiaría para siempre el paisaje de las montañas para hacerlas propias de una forma particular de asentamiento poblacional.

A partir de los años ochenta irrumpió una segunda oleada de migrantes que habían sido desplazados de manera forzada de otras partes del país a medida que se agudizaba la confrontación armada en los campos y en las ciudades. En esta década, los habitantes de la localidad no tenían servicios públicos, transporte o escuelas. Sin embargo, las familias seguían llegando, comprando lotes individualmente y construyendo sus casas, mientras el Estado hacía presencia con una notable lentitud e ineficacia. Entonces, fueron los vecinos de Potosí —así como de otras zonas de Ciudad Bolívar— quienes levantaron con sus propias manos los barrios de la localidad. Un ejemplo de liderazgo en esta gesta, que se describe en este libro, es la historia de Evaristo Bernate Castellanos, fundador del Instituto Cerros del Sur y líder comunal, quien fue asesinado en 1991.

Fue solo hasta 1983, mediante los Acuerdos 11 y 14 del Concejo de Bogotá, que se adoptó el Plan Ciudad Bolívar y se instaló la Alcaldía Menor de la localidad. Sin embargo, los retrasos y dificultades en el cumplimiento de los planes propuestos por el Distrito ocasionaron uno de los fenómenos de lucha social más recordados en Ciudad Bolívar: el Paro Cívico realizado en 1993.

A continuación, se hace referencia a varios fenómenos ligados al conflicto armado y a la violencia sociopolítica expresados en la localidad de Ciudad Bolívar:

Desplazamiento forzado

De acuerdo con datos provenientes del Observatorio de Víctimas de la Alcaldía de Bogotá, en 2019 Ciudad Bolívar tenía registradas 38.078 víctimas en el contexto o con ocasión del conflicto armado, siendo la segunda localidad con mayor número de víctimas en la ciudad, con una tasa de 50 víctimas por cada mil habitantes (Alcaldía Mayor de Bogotá, 2019, p. 5). Frente a estos datos, se debe tener en cuenta dos momentos. El primero, entre los años cincuenta y finales de los noventa, cuando la mayoría de desplazados que se asentaron provenían de la región central del país (Cundinamarca, Boyacá, Tolima y Huila). El segundo, desde los años dos mil al presente, con mayor cantidad de desplazados y agudización del desplazamiento de personas y familias provenientes de la Costa Pacífica, la Costa Atlántica y Antioquia. Es importante recordar que solo hasta 1987 fue expedida la Ley 387, marco jurídico para la atención por parte del Estado a víctimas de desplazamiento.

En la localidad de Ciudad Bolívar la población se ha vinculado a los procesos de conformación de los barrios, de consolidación de escenarios políticos y de organización social, así como de reconocimiento institucional. Resulta significativo indicar que los habitantes que allí se asentaron —huyendo del conflicto armado de otras regiones del país— han sido nuevamente afectados en décadas recientes por la presencia, accionar



y enfrentamientos entre paramilitares (Bloque Capital de las AUC), guerrilla (FARC-EP) y el Ejército Nacional (ACNUR, 2011; CEV, 2022).

Las operaciones militares de grupos armados en el territorio de Ciudad Bolívar que se realizaron de manera más visible fueron las acciones insurgentes de la guerrilla FARC-EP en los noventa y la Operación Libertad Uno del Ejército Nacional, dirigida a confrontar la insurgencia urbana de las FARC-EP. Además, las fuerzas armadas adoptaron operativos contrainsurgentes de particular impacto desde los años dos mil con el Plan Colombia y en la década posterior con el denominado Plan Patriota. Estas acciones contrainsurgente se relacionaron con la expansión del paramilitarismo que dio lugar a la presencia en la región del llamado Bloque Capital de las AUC (CEV, 2022).

El Bloque Capital estaba ligado a dinámicas paramilitares y de redes mafiosas con nexos hacia otras regiones del país como los Llanos Orientales y Tolima. Este grupo proclamó su actuación a título de erradicar la insurgencia e impedir el aprovisionamiento de material de inteligencia, campaña y guerra a los frentes de las FARC-EP que transitaban por la localidad y por localidades adyacentes. Sin embargo, el Bloque Capital centró su acción en el control del tráfico de drogas, la centralización de oficinas de cobro, el control de las bandas delincuenciales que operaban en la zona y la violencia ejercida contra los pobladores. Otras estructuras paramilitares también actuaron en varias localidades de Bogotá —incluida Ciudad Bolívar, aunque en menor grado—, con episodios de disputa violenta en varias de ellas.

En los documentos de su informe final, la Comisión de Esclarecimiento de la Verdad afirma que el Bloque Capital tuvo como propósitos salvaguardar la ruta que conecta con los Llanos Orientales, el tráfico de drogas y la movilización de redes de integrantes, de recursos y de armamento. No obstante, pone de presente la afirmación de que el objetivo y presencia de esta estructura paramilitar sería la supuesta protección de la ciudad de Bogotá ante el avance que se llegó a configurar por parte de los frentes guerrilleros en su entorno rural (CEV, 2022).

Un ejemplo de la disputa militar territorial desde los diversos propósitos que explicaban las actuaciones de la guerrilla y del paramilitarismo en confluencia con la fuerza pública y sus respectivas incursiones la revela el testimonio de un líder social de la localidad frente a la Comisión de la Verdad:

Las FARC dinamitaban casas completas, volaban casas ahí por Potosí, Cazucá, porque todo ese pedazo fue muy estratégico para las FARC. (...) Hay que precisar por qué. Sí era un corredor político para ellos, sí tenía una condición especial, por eso ellos lo pelearon hasta el último minuto. Lo que nos contaban a nosotros es que era una guerra de cuadra a cuadra. Noches en donde se tiroteaban y donde venía el Ejército a apoyar a los paracos para sacar a la guerrilla (...) Y eso también se cubrió mucho con la limpieza social. Pero eso fue una guerra y con eso lo cubrían, entonces aparecían milicianos muertos y decían “Ah, no, eso fue limpieza”. Y había una micro guerra esos años que fue dura, hasta que los barrieron. (CEV, 2022, pp.169-170)

Exterminio social

De acuerdo con una investigación del CNMH, Ciudad Bolívar es el lugar de Bogotá en donde las operaciones de exterminio, mal denominadas “limpieza social”, han tenido más impacto, con el 28 % del total de casos de la ciudad (CNMH, 2015, p. 35). Los asesinatos sistemáticos han sido una práctica común en la historia de la localidad y han ocasionado daños e impactos en jóvenes, comunidades, personas armadas y encubiertas, así como conflictos de convivencia latentes (CNMH, 2015, p. 93).

Frente a este fenómeno, el CNMH ha identificado cuatro periodos, diferenciados a partir de la presencia predominante de un victimario –presencia relativa, debido a la participación de distintos actores en los hechos–: (1) entre 1989 y 1992, denominado como “de gestión social”, marcado por la participación de los habitantes de los mismos barrios; (2) entre 1993 y 2000, “de gestión criminal”, protagonizada por bandas de residencia⁸ (como La Banda de Gary o Los Conejos); (3) entre 2000 y 2006, la etapa “de gestión paramilitar”, con el ingreso y dominio local de los frentes Capital y Casanare; y (4) un último periodo “de gestión de nuevas bandas”, a partir de 2006, encabezado nuevamente por las bandas como actor dominante a partir de estrategias provenientes de la época paramilitar (CNMH, 2015, pp. 94-95).

8 Se entiende “banda de residencia” como uno de los tipos de criminalidad que tiene presencia en los barrios de la periferia bogotana. Son, por lo general, grupos familiares que practican diversas actividades delictivas y ejercen control sobre una zona. (CNMH, 2015, p. 94).

Jerusalén, la UPZ en donde se concentra el barrio Potosí, fue uno de los lugares más afectados por el fenómeno del exterminio social en la localidad y en la ciudad. Entre 1989 y 2013, de acuerdo con el CNMH, la juventud fue el sector social más amenazado, con 75 de los 162 homicidios cometidos durante este lapso. Esta acción violenta se acentúa en casos de consumidores o de “parches” asociados con otras redes delincuenciales en disputa, en quienes se concentra el 68 % de los homicidios por aniquilamiento (CNMH, 2015, p. 95).

Aunque no hay un dato consistente con respecto a masacres cometidas en Ciudad Bolívar relacionadas con el conflicto armado, en la memoria reciente de Potosí está el recuerdo de los años de presencia paramilitar. El 20 de octubre de 2001 cinco personas fueron ejecutadas en una vivienda por un grupo paramilitar que vestía de negro, el cual irrumpió con violencia en un domicilio señalado de ser un expendio de droga (CNMH, 2015, p. 107).

Acción paramilitar

En los últimos años, entre el 2018 y 2023, periodo posterior a la firma de los Acuerdos de Paz con las FARC-EP, en Ciudad Bolívar y en Bogotá no se tienen reportes o datos que den cuenta de cifras alarmantes de reclutamiento forzado de niños, niñas y adolescentes (NNA)⁹. Sin embargo, la Defensoría del Pueblo ha emitido alertas tempranas referidas a la presencia de grupos armados en el territorio como el Clan del Golfo y grupos de autodefensas, el

9 Según información del Observatorio Colombiano de Crimen Organizado, en 2018 se presentó un caso de reclutamiento forzado en Bogotá, en 2019 tres y en 2020 uno (OCCO, 2022).



Ejército de Liberación Nacional (ELN), las llamadas disidencias o grupos armados no acogidos al acuerdo de paz de las antiguas FARC-EP y otras organizaciones delincuenciales. Esta presencia está relacionada con una reconfiguración del conflicto armado en disputas de expansión territorial.

La ciudad de Bogotá ha sido una región estratégica y de interés para los grupos armados, en especial Ciudad Bolívar, lo que obedece a su ubicación estratégica que sirve como un corredor de movilidad para estos actores. La acción paramilitar se manifestó por medio del cobro de extorsiones, amenazas de muerte, reclutamiento y utilización de niños, niñas, adolescentes y jóvenes, así como las presiones y amenazas en contra de los integrantes de las organizaciones de víctimas de desplazamiento forzado.

En general, toda la población se ha visto afectada por las acciones de los actores armados presentes en la zona. Niños, niñas, adolescentes, jóvenes, personas pertenecientes a poblaciones étnicas, adultos mayores y población LGBTI han experimentado hechos de violencia que llevaron a que muchos se desplazaran reiteradamente.

Es importante resaltar que las condiciones socioeconómicas de la mayoría de familias asentadas en Ciudad Bolívar han sido un factor clave para los actores armados para relacionar a los jóvenes con estructuras o bandas criminales locales y luego vincularlos con grupos armados organizados y de delincuencia organizada de mayor impacto. Esto implica una distinción de lo urbano frente a lo rural, ya que los actores no solo se valen de

las redes de tráfico de la ciudad, sino que vinculan a tiempo parcial a menores de edad que continúan viviendo en sus casas o asistiendo a escuelas o colegios, a lo que suman situaciones vulneratorias de derechos en parques públicos y espacios deportivos. Una vez dentro de los grupos, los menores realizan actividades ligadas al cobro de extorsiones, sicariato, vigilancia, venta de drogas y explotación sexual (OCCO, 2022, p. 6).

A modo de reflexión

Al conocer con mayor profundidad la historia de la localidad de Ciudad Bolívar, su conformación y dinámicas territoriales en el marco del conflicto armado y la violencia sociopolítica, se resalta el trabajo realizado por los colectivos que participan y conforman Gestores de Paz de Potosí, quienes a través de distintas estrategias de trabajo con niños, niñas, adolescentes y la comunidad en general han logrado no solo construir esta Iniciativa de Memoria Histórica con el acompañamiento del CNMH, sino también ofrecer opciones de vida y de bienestar a la comunidad del barrio Potosí, que hoy día es un ejemplo de resistencia, despliegue de alternativas y promoción de la construcción de paz.

Este tipo de organizaciones, proyectos y actuaciones ligadas a la población —y de forma muy especial a la juventud y la niñez— resultan ser un importante referente de inspiración para los pobladores de otras localidades de Bogotá e incluso de otros territorios de Colombia donde también las comunidades han sobrevivido a los daños e impactos ocasionados por el conflicto

armado y las violencias. Con sus originales formas de resistencia nos enseñan sobre formas de organización y de unión de esfuerzos para construir un presente y un futuro distinto para la comunidad y sus nuevas generaciones.



LA GRAN MON

Referencias

REFERENCI

Alcaldía de Bogotá - Alta Consejería para los Derechos de las Víctimas, la Paz y la Reconciliación. (2019). 19. *Ciudad Bolívar - Fichas de Información Local*. <https://observatorio.victimasbogota.gov.co/sites/default/files/documentos/19.%20Ciudad%20Bol%C3%ADvar.pdf>

Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). (2011). *Efectos del desplazamiento interno en las comunidades de zonas de recepción. Estudio de caso en Bogotá, DC Colombia, en las localidades de Suba y Ciudad Bolívar*. <https://www.acnur.org/fileadmin/Documentos/Publicaciones/2012/8470.pdf>

Caro Suárez , R. (2008). *Desde allí se ve Bogotá con todo su esplendor: Ciudad Bolívar, injustamente temida y subvalorada. Ciudad Viva*, 42, 7.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2014). *Nororiente y Magdalena Medio, Llanos Orientales, Suroccidente y Bogotá DC. Nuevos escenarios de conflicto armado y violencia. Panorama posacuerdos con AUC*. CNMH.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2015). *Limpieza social: una violencia mal nombrada*. CNMH-IEPRI.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2013). *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad*. CNMH.

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV). (2022). *Dinámicas urbanas de la guerra. Colombia adentro, relatos territoriales sobre el conflicto armado.*

Jara, O. (2020) *La Educación popular latinoamericana. Historia y claves éticas, políticas y pedagógicas*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires: El colectivo; Luján: EdUNLu, Editorial de la Universidad Nacional de Luján. 253 páginas, ISBN 978-987-47537-0-0

Observatorio Colombiano de Crimen Organizado (OCCO). (2022). *La niñez reclutada*. <https://repository.urosario.edu.co/server/api/core/bitstreams/54a773a3-8f09-4f02-92b8-c061a1408e6b/content>

Observatorio distrital de víctimas del conflicto armado. (2020). *Informe 9 de abril: Balance de la Política Pública Distrital de Asistencia, Atención y Reparación Integral a Víctimas del Conflicto Armado*. Bogotá: Alta Consejería para los Derechos de las Víctimas, la Paz y la Reconciliación.

Zibechi, R. (2008) *Donde termina el asfalto: Cerros del Sur de Bogotá*. <https://www.cetri.be/Donde-termina-el-asfalto-Cerros?lang=fr>

Referencia de entrevistas:

Gutiérrez, E., & Adriana. (Septiembre de 2020). Entrevista a profesoras de la corporación comunitaria ASODENFA (Asociación en defensa de la familia). (D. Sarmiento, Entrevistador).

Gutiérrez, H. (Agosto de 2020). Entrevista realizada en el marco del evento Paz en Paz 2020 a los profesores del ICES (Instituto Cerros del Sur). (C. Mojica, Entrevistador)

Higuera, E. (2020). Entrevista a la Mesa Ambiental No le saque la Piedra a la Montaña. (D. M. Ramírez, Entrevistador).

Montaña, M. (2020). Entrevista a la Mesa Ambiental “No le saque la Piedra a la Montaña”. (D. M. Ramírez, Entrevistador)

Ospina, L. (agosto de 2020). Entrevista en el marco del evento Paz en Paz 2020 (Mojica C., y Sarmiento, D., Entrevistadores). Bogotá.

Gutiérrez, H. (agosto de 2020). Entrevista realizada en el marco del evento Paz en Paz 2020 a los profesores del ICES (Instituto Cerros del Sur). (Mojica, C. Entrevistadora). Bogotá.

Gutiérrez, A. y Gutiérrez, E., (septiembre de 2020). Entrevista a profesoras de la corporación comunitaria Asodenfa. (Sarmiento, D., Entrevistador). Bogotá.



Fotopaseo de la memoria histórica de Potosí, Ciudad Bolívar es el resultado de una Iniciativa de Memoria Histórica (IMH) liderada por Gestores de Paz de Potosí, un colectivo que nace en el año 2013 y está integrado por jóvenes líderes que dirigen su trabajo hacia la población de niños, niñas, adolescentes y jóvenes del territorio, en articulación con organizaciones y entidades como la Casa Cultural de Potosí y el ICES (Instituto Cerros del Sur).

Con el paso de los años, las y los líderes del colectivo vieron la necesidad de documentar y sistematizar la historia de este y otros colectivos que nacieron en el territorio y que han sido complementarios a las diferentes acciones de memoria histórica promovidas por diversas agrupaciones y organizaciones sociales. Este proceso contó con el acompañamiento del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). El resultado es este fotolibro que da cuenta, entre otros, de los relatos y las acciones de memoria realizadas en el marco del evento Paz en Paz en el año 2020. Este evento tuvo la participación efectiva de más de setenta niñas, niños y jóvenes del territorio. Se desarrollaron metodologías participativas comunitarias para realizar acciones de memoria, tales como capacitaciones, manifestaciones artísticas culturales, concursos, juegos, ollas comunitarias, torneos de fútbol y la implementación del uso de la fotografía para posibilitarles a niñas, niños y jóvenes del territorio las herramientas narrativas para comunicarse con la comunidad mediante cuentos ilustrados, exposiciones o retratos.

Este documento presenta, a través de narraciones sensibles y refrescantes, esos resultados de sistematización de los procesos de diversos colectivos del barrio Potosí en Ciudad Bolívar. Es un fotolibro que registra ejercicios de memoria de la comunidad en relación con su desarrollo urbanístico y social, así como su afrontamiento de la violencia. A su vez, registra la experiencia vital de construcción del tejido de la comunidad a partir de la resistencia y esperanza de sus habitantes, especialmente las nuevas generaciones. En esta iniciativa no solo tienen voz los habitantes, sino también la naturaleza, la montaña, los animales y los diversos escenarios de Potosí, quienes nos relatan sus vivencias, interacciones y experiencias. Estas historias están acompañadas por imágenes producidas por niñas, niños y jóvenes de Potosí, además de una compilación de fotografías de archivo con ilustraciones, dibujos e intervenciones artísticas. Todo esto da cuenta de una historia enriquecida que sirve para reconstruir y consolidar la memoria histórica de los colectivos de Potosí

ISBN: 978-628-7561-82-3



9 786287 561823

ISBN impreso: 978-628-7561-82-3

ISBN digital: 978-628-7561-83-0